

Francisco Umbral

Si hubiéramos sabido
que el amor era eso



Francisco Umbral, nacido en 1936, es uno de los escritores más destacados de nuestra actual narrativa. Madrileño de adopción, sus artículos en periódicos y revistas, que giran sobre el gozne del vivir cotidiano de su querido Madrid, le han valido un lugar de excepción como cronista periodístico. Dotado de gran capacidad crítica e instinto renovador, ha rescatado del olvido la crónica y el artículo y los ha elevado a la categoría de primer género literario. Su prosa es riquísima, exuberante en imágenes, en derroche de ingenio, en poderosos recursos de evasión; su línea entronca con la de Gómez de la Serna, de quien es el más calificado heredero. El fondo de sus obras consiste en un erotismo de fuente existencial, en el que la angustia, como traducción del vértigo de libertad, se manifiesta en una búsqueda siempre insatisfecha por el terreno del sexo.

«Si hubiéramos sabido que el amor era eso» nació de la necesidad de hacer una novela de amor frente a la invasión actual de novelas de sexo. Es una puesta al día, en la sensibilidad de dos «jóvenes airados» de ese milagro eterno y fugaz del amor. Los protagonistas, tan rebeldes para el mundo entorno, se sienten abrumados por esa realidad inesperada y grandiosa que les va brotando. Esta novela, a través de la introspección amorosa nos ofrece una visión del mundo de hoy transido de la vieja magia, ya un poco olvidada, del amor.



Francisco Umbral

Si hubiéramos sabido que el amor era eso

ePub r1.0
Titivillus 12.11.15

más libros en epubgratis.org

Título original: *Si hubiéramos sabido que el amor era eso*
Francisco Umbral, 1969
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Como aquel café de primavera, con el invierno aún dentro, disfrazando de un frío inexistente el confort destripado de los divanes, el humear inútil de los cafés, la hoguera mínima, húmeda e invisible del coñac en el fondo de la copa o laringe abajo, quemando las palabras del conversador interminable, del contertulio de todas las tertulias, del bebedor de coñac y fumador de tabaco negro o rubio, con boquilla o sin boquilla, mentolado o no mentolado, canceroso o anticanceroso, cordial siempre y conversacional. Pero afuera hacía sol. Un sotanillo con antesotanillo, una hornacina con figuras que dudan entre resultar muy antiguas o muy modernas, entre el modelado en serie y la filigrana rococó del arte refinadamente basto y bastardo.

Un espejo convencional tapando la puerta que da al pasillo de vecindad, al patio gris y de ceniza, a los reinos incoloros del gato y la portera; todo irreparablemente aromado por unos fondos de retrete con su w y su punto, y su c y su punto, pintadas con altura de miras, en blanco sobre la madera indiferente de la puerta. Por aquel espejo con greca todo alrededor, como un homenaje al que pasa y se mira, al que entra y se mira, por aquel espejo con clavos dorados, demasiado elegantes, en las cuatro esquinas, pasaban autobuses raudamente reflejados —“beba esto, beba lo otro, duerma bien, guise con tal”—, pasaban anuncios y ráfagas de primavera y mujeres apresuradas, y un soldado —quizá un marinero— y todos los que van a pie, y las muchachas que dejan lo mejor de su edad, sin saberlo, en esos espejos que las reflejan al pasar. Es mejor que no haya ningún coche aparcado delante de la puerta del bar, porque entonces el espejo permanece despejado en toda su dimensión y la vida de la calle hilvana en él el hilo de los mil, de los dos mil, de los quinientos mil automóviles que corren por la ciudad, y a veces eligen esta lateral, mejor que la calzada central, para rodar más plácidamente, salvo la molestia de los adoquines y los raíles desencajados del tranvía, y el autobús, que hace paradas en todos los discos, en todos los semáforos, en todas las esquinas, o se lanza en picado y corre y corre, como un desgarramiento del paisaje urbano. El pequeño bar es sólo una mancha gris y momentánea para los que van en el autobús sentados o en pie, mirando la calle que los mira, con las monedas de la vuelta del ticket entre los dedos, con pereza de volverlas al bolsillo.

Era el canto inesperado del teléfono, tomando parte en las conversaciones, esa angustia irrespirable de los sitios donde se ha conseguido un clima humano, demasiado humano, y todos tienen algo que decirse, y se lo dicen, y los camareros van a la barra y vuelven de la barra, con andares ya de jubilados, confundiendo los pedidos, ahogando en un café largo las palabras del tímido que ha pedido un café corto, destapando botellas para servir el líquido hasta un poquito más del borde de la copa, que es como sirven los camareros —ciertos camareros—, puesto que en ese excipiente, en ese exceso físicamente inestable, está la justificación de la propina o el virtuosismo del oficio, o sencillamente, sin que nadie lo sepa, ni el que sirve ni el que consume, el triste sobrante de la vida, el derramado exceso de lo humano, la ahíta saciedad de unos y otros: de todos.

Ella y él se miraban. Si el cuadro de la pared se refleja en algún espejo, tenemos ya dos cuadros iguales, sólo que uno, el reflejado, mucho más bello y distante, con sus ciclistas y sus niñeras viviendo una tarde francesa mucho más intemporal que la del óleo verdadero. Podía haber otra hornacina, como la del antesotanillo, con una talla minuciosa y torpe a la vez, con una figura de mujer de otra raza asistiendo de mala gana, día tras día, tarde tras tarde, noche tras noche, a las confidencias y las conversaciones de unos individuos con barbita de filigrana o abandonada cabellera, que se tornaba silvestre sobre el tergal, el tervilor, el terilene o la terlenka de los cuellos de las camisas; a las confidencias y las conversaciones de unas mujeres y unos hombres desfigurados por el humo de las tazas y los cigarrillos, por el falso clima de invierno que perpetuaba sus últimas flores de frío, bajo el paso cruento de las ruedas

del autobús... En la barra había un refrescante trasiego de cañas de cerveza, y siendo la cerveza una bebida de primavera, era como si aquellos locos de la barra estuviesen bebiendo cerveza helada en invierno, cuando realmente la primavera estaba fuera, a cinco peldaños, sobre el nivel del sotanillo. Los hombres y las mujeres que habían tomado café juntos, los hombres no tenían de pronto nada que decirse y únicamente aquel tipo de las gafas oscuras explicaba algo en francés al auditorio de las tazas sucias, ante la desaprobación de los viejos camareros, en tanto que ella y él se miraban y sonreían y parecían complacerse en ser los dos extremos opuestos de una correlatividad humana que incluía a un viejo profesor de perfil terroso, al entusiasta con rebarba de todas las tertulias, al elegante del bigotillo, cuidadoso de sus puños blancos y sus gemelos, cuidadoso de su corbata y su sonrisa, cuidadoso de su mirada inteligente —también sus gemelos parecían ser otros dos ojos inteligentes—, que paseaba por las miradas romas, como espejos borrosos, de tantos otros en los que él se veía, o cuando menos, se miraba o creía verse. Y en los extremos, si aquel hombre y aquella mujer, separados y enlazados por otros hombres y otras mujeres, mirándose, sonriendo, comprendiéndose dentro de aquella acumulación de vida mortal y rosa, dejando nacer en sí, ellos también, en su corporeidad mortal y rosa, como dijo el poeta, un infinito inventado. Eran las cuatro y veinticinco de la tarde.

Es ésta una raza conversacional, es ésta una ciudad conversacional, y hasta los silencios resultan comunicativos y basta con dar lumbre o pedirla, basta con el gracioso pistoletazo del encendedor o la antorcha minúscula de la cerilla para que todo el pasado campamental de este pueblo se encienda en secretas hogueras, que nuevamente son conversación y trato. En cada tacita de café un lado negro, en cuyo torno paseaban como cisnes las palabras cultas de aquellas gentes intelectuales, los últimos vocablos, las cosas aludidas en su tercer o cuarto significado, como “dimensión”, “autoflagelo”, “putrefaccionar”, “contingencia”...; era cada jarra de agua un modelo de imparcialidad entre el disputar sempiterno de los disputadores del país, y el primer whisky de la tarde iba cediendo a la mansa adulteración del hielo o del agua de seltz, en un pequeño café español, madrileño, en un bar o sotanillo, a tantos de tantos, de mil novecientos tantos, en el inicio de la primavera, mientras una vida de inmobiliarias y crédito, y oficinas, y linóleo, iba recobrando fuera su ritmo mañanero, más amortiguado ya, con el lastre de la digestión y el inconfesado resabio de la siesta ibérica, que toda la ciudad dormía hasta las cinco o las seis de la tarde, aun cuando los automóviles rodasen y los tranvías chirriasen y las gentes anduviesen apelotonándose en los semáforos o eligiendo una fibra de mejor calidad en los grandes almacenes, porque todo ocurría dentro de la gran siesta nacional, abolida sólo formalmente, y era una siesta con miles de automóviles y rápidos o dudosos ascensores, funcionales o finiseculares, sobre el enorme almohadón y el enorme edredón del humo de todos los puros —humo azul y muelle, dulce y pestilente— que andaban fumando los triunfadores de la vida.

De modo que por los tres o cuatro o cinco escaloncitos bajaba al sotanillo un nuevo cliente con el aura de la calle en torno del sombrero o de la calva incipiente, hermo세ándole la alopecia, y el tipo miraba a todos lados, quería fundir a las varias docenas de parroquianos en una sola persona a quien saludar, cuando realmente cada cara se le multiplicaba por varias caras, como ocurre siempre que uno se añade de súbito a una comunidad humana, y se producía el inevitable y vago movimiento de cabezas hacia el recién llegado, que acababa encontrando una sonrisa, como a quien le trae una hoja de árbol el viento primaveral, sonrisa que devolvía ya largamente hasta haber soldado con ella su necesidad humana de compañía a determinada compañía, hombre o mujer, chaqueta de cuadros o suéter negro, corbata italiana o camisa de rayas.

Y por aquellos tres o cuatro o cinco escaloncitos con pasamanos en el que nadie se

apoyaba sino distraídamente —sólo el camarero más viejo, y se ayudaba con necesidad para subir y bajar, la bandeja en la otra mano, de aquel breve barandal—, se iban yendo las gentes, se iba yendo la tarde, con la gabardina ni puesta ni quitada, porque era el entretiem po, dejando tras sí un rastro de propina y conversación, de ademanes y calderilla, un hueco que inmediatamente pasaría inadvertido, como una presencia, porque es inútil tramar una convivencia absoluta a fin de apoyarse en ella y sobrevivir: el tejido de la convivencia vuelve a unirse por sí solo, tras el que se va o el que se muere, y parece como si nadie se hubiera ido nunca o nadie se hubiese muerto nunca. Nadie echaba de menos a nadie en aquel café, aunque todos sin todos no hubieran sido nadie, sino cada uno de ellos un solitario lleno de sueños y de miedo y de timidez para consigo mismo. Él respiraba todo esto en aquel café y quizás empezaba a estar triste. Ella también respiraba todo esto, pero su tristeza se le iba en humo, sonrisa y lumbre del cigarrillo. Empezaban a sentirse frente a frente. El tejido humano es buen conductor de la electricidad; pero los amigos, las amigas comunes, se iban yendo, desaparecían, tomaban de la mesa un libro, buscaban cualquier prenda entre ese confuso pansexualismo de la ropa de los cafés, que conviven en el revuelto erotismo de los perfumes de los dueños respectivos. Si este sotanillo con rumor de conversaciones ha sido por unos cuartos de hora el centro de Madrid, si Madrid ha sido alguna vez el centro de una nación y tomamos esa nación —podemos tomar cualquier otra— como centro geográfico del planeta y tomamos este rodante y ruidoso planeta, por centro aristotélico del universo, resulta que el universo se ha quedado de sobra, sin su planeta clave; resulta que nuestro lujuriente y salitroso planeta ha perdido del mapa su nación más vociferante y conversadora, y que la capital de esa nación asiste al repentino enmudecimiento de su corazón parlanchín y coloquial, de ese provisional corazón del mundo, que por unos momentos ha sido el café-sotanillo para un hombre y una mujer cuando estaba naciendo no un amor platónico, sino un amor aristotélico, como son todos los verdaderos amores, que tienden siempre a centrar el círculo, a polarizar los vientos, a convertirse en su rosa efímera y mortal. “¿Nos quedamos otro rato?”.

El tejido humano, sí, es buen conductor de electricidad, pero ellos estaban ya, prácticamente, frente a frente, o uno al lado del otro, en ese acompañarse de perfil, que no le resta intimidad a la compañía, sino que la convierte en algo tácito que apenas si se atreve a hacerse expreso, mediante las miradas a los ojos. Por otra parte, los que se miran de frente y de cerca están creando entre sí una unidad en cierto modo indestructible que los preserva de todo lo demás, de la gente que pueda haber en torno; pero quienes permanecen de perfil, dando el mismo frente a otras personas que están de frente, quedan más a merced del observador.

Fluían, a pesar del amigo intermedio de quien se despidieron vagamente, poniéndose en pie sin previo acuerdo, buscando a cuatro manos —primera tarea en común— la cazadora de ella, su ropa de cuero entre la ropa languideciente de los últimos contertulios de la sobremesa. Él pagó la consumición de ambos: “Lo mío y lo de la señorita”. “¿También lo de la señorita?”, preguntó el camarero desgánadamente, a pesar de todo, porque no se había enterado o porque al preguntarle ganaba tiempo mientras hacía cuentas mentalmente y calculaba el juego de pago y devolución para deducir la propina que, naturalmente —excipiente en metálico—, había de quedar sobre el platillo. Pagar el café a una mujer por primera vez es un acto que, con toda su inanidad social, puede resultar interiormente erótico, pornográfico, inconfesable o líricamente heroico. Este acto ha de repetirse cientos de veces a lo largo de cualquier amor, como tantos otros trascendentes o intrascendentes; pero cada una de las cosas que ocurren por primera vez, en un primer encuentro, reviste un simbolismo mágico que, sin duda, le viene por contraste: nadie elige su amor, según verso y poeta, y el corazón menos que nadie, de modo que cuando se ha producido ese gran golpe de azar que es un encuentro con mucho futuro, todos los pequeños actos subsiguientes, por reacción psicológica y ambiental, resultan providenciales, prestigiados por el falso providencialismo de esa primera predeterminación que no ha existido nunca, pero que tiene toda la apariencia de tal. El azar es un gran mar en el que uno no quiere ahogarse, teme perderse, e inmediatamente nacen las gratas certidumbres a posteriori, porque nada más grato que creer que ella sólo le podría haber mirado a él en aquel grupo de contertulios cianóticos, y nada más hermoso que creer que él sólo la podría haber mirado a ella en aquel grupo de estudiantes parlanchinas, de examinandas deshojadas como sus libros de texto. Aquel café pagado y aceptado suponía un pequeño compromiso, algo pequeñito que los unía por primera vez, porque la caja registradora había funcionado según esto, y él y ella eran ya dos sumandos en el cartoncito blanco y levemente abarquillado por el rodillo mecánico; dos sumandos en desvaída tinta morada, cuyo total, sin raya intermedia, sin la entrañable raya escolar de las primeras sumas, se alinea debajo, en hilera con los guarismos de la fecha y todo quedaba reducido a una cantidad, que eran ella y él y sus consumiciones, y sus traguitos con los ojos en los ojos, a distancia, y su hora y pico de descubrimiento, y su breve pasado y su inexistencia futura: dieciséis pesetas con cincuenta céntimos.

Alguien había encendido los primeros neones del café-bar. Una pareja, en un rincón, se cogía de las manos. Aquel reducto invernal —cuero de las tapicerías y humo ferroviario de la cafetera— iba dejando colar la primavera en cada entrada y salida de un parroquiano, en cada timbrado pajarril del teléfono, en cada estentóreo o inesperado: “¡Marche una cerveza fresca!”.

Los tres, los cuatro, los cinco peldaños, entre el pasamanos y la pared. La puerta de cristal con cortinilla. Abandonar el sotaniello precedido de una mujer, de una melena más espesa que larga, de una cazadora de cuerpo azulado, y unas medidas escolares y unos zapatos desastrosos. El espejo de la puerta de acceso al pasillo de los servicios tenía en sí una vaga ensoñación del solecito que daba allá enfrente, en las fachadas, al otro lado de los árboles y del paseo, cien metros más lejos o ciento cincuenta. Junto a la hornacina de las figuras de bisutería escultórica había una mesita con tapete, donde

algún camarero había dejado olvidada, con las prisas, una tetera, dentro de la cual se enfriaba y espesaba un té rancio y nauseabundo, dulzón, como aquella naciente primavera.

Salieron a la calle cogidos de la mano.

Para que los relojes más céntricos de la ciudad entablen su diálogo cortés, su estéril versallismo de campanadas que nadie escucha; y den la hora y los tres cuartos, uno detrás de otro: “Usted primero”, “No, usted primero”, “Por favor, usted”, parecen decirse en su protocolo de carillones del XVIII, que debe de ser, no sé por qué, el siglo de los relojes, la edad de oro de los relojes.

—¿Tienes prisa?

—No mucha.

El reloj del banco le cede la vez al reloj del otro banco, aunque ambos, en realidad, esperan a que digan la última o la primera palabra el gran reloj del gran edificio público, oficial, como si soltase una bandada de palomas provinciales, que ponen momentáneamente paleta el cielo de la ciudad, el cielo de la gran plaza, por sobre las fuentes, y los autobuses y los automóviles, y las estatuas y los quioscos con prensa de todo el mundo y revistas en huecograbado tricolor, en cuyas portadas hay mujeres con cara de turistas bellas y lejanas a las que otras turistas, más inmediatas, y por eso menos bellas, miran bobamente mientras sostienen en la mano una postal de la ciudad, una postal recién comprada —cuesta cinco pesetas—, en cuyo reverso se lee un nombre español en tres idiomas. Fuente, fontana, fontaine: fuente que mana y corre mientras el conductor del largo y pesado autobús se dice para sí o se lo dice al compañero que se ha apeado hace unos minutos, en la parada anterior, pero con quien sigue conversando como si aún lo tuviera al lado, por esa necesidad profesional de compañía en el oficio: “Siempre me pilla con retraso la salida de Cibeles”. Acaban de abandonar el café, han llegado a la gran plaza, caminan entre los árboles y escaparates, recorren por primera vez todo aquello, uno junto al otro y no tienen nada que decirse porque no es verdad que el amor sea amor, sino inhibición, y parece que la vida se precipita solícita o estruendosa a llenar el vacío de esa doble inhibición, el doble vacío, los dos huecos como dos hemisferios cogidos de la mano. Por eso suenan tanto los frenazos y los autobuses y los silbatos de los guardias; por eso suena tan adentro la gran ola de los automóviles, y se hacen tan claros, y tan patentes y tan individuales, los colores de las cosas: el verde de los árboles, el rojo de algún vestido, el azul falso de los anuncios, el amarillo de los autobuses y el arco iris con ráfagas de los automóviles. No es que la vida sea una nueva vida, como pone en las novelas; una vida recién descubierta, recién estrenada por el amor —¡oh, qué insufribles e impotentes tópicos!—, sino que la grande y mágica, y poderosa inhibición del ser revelado a otro ser —“el infierno son los otros”, pero también el paraíso, querido filósofo—, es un gran vacío, una expectación en que la vida externa, la calle y sus bocinas, irrumpen gloriosamente. Algo así sentía ella.

—Entonces, todavía podemos tomar algo.

¡Ah, la callada potencia de lo que va a ser! El azul plumizo, invernal, innecesario y adorable del chaquetón de ella, de la cazadora de ella, de su cuero gastado, inolvidable. Con manos de muchacho, y corazón alcohólico, y melena fragante de autobuses. La niña, amiga de viejos conductores, robadora de lápices y de tickets usados; las cernidas vocales del libro no estudiado hasta la madrugada de griego y cigarrillos, hasta la náusea joven de su boca quemada, desesperadamente... Ella hablaba y hablaba; le contaba estas cosas. El mundo, de pronto, se queda absolutamente disponible y no había sino pasear, ir y venir, porque cualquier dirección daba lo mismo, cualquier palabra era decisiva y de oro, se incorporaba inmediatamente a aquel primer encuentro que estaba tejiéndose con hilos de la tarde de marzo, entre aquel hombre y aquella mujer, niña de la ciudad, y de algún modo colegiala; cuántos tranvías, aún rezagados por su niñez. La ciudad la había hecho así —¿y por qué no creer que la había hecho para él?—, con tardes como el revés del oro y apaisadas mañanas del Retiro, para esas seis y cuarto o menos cuarto en que él besaba su voz, su risa parlanchina, su nombre abierto en dos, y, de pronto, desorientado de tanta vida,

se entristecía.

—Era muy divertido cuando las monjas.

“Los ladrones de niñas me robaron tu infancia”, pensó él. Pero hubo un tiempo en que el manteo de las monjas la guardaba. Y fueron a parar a una cervecería con muchas luces, donde algunos hombres jugaban al dominó, ya en mangas de camisa, como si el interior de la cervecería fuese un eterno verano, un eterno verano rubio de cerveza; donde un marinero del Ministerio de Marina escribía una carta a su pueblo, seguramente un pueblo de tierra adentro, porque él debía de ser un labrantín disfrazado de blanco y de azul por aquello del servicio militar. Un mozállon quemado y castellano. “Castilla hace sus hombres y los gasta”, recordó él; pero esto no se atrevió a decirlo porque empezaba, dentro de la sensación nebulosa de la posibilidad absoluta, a experimentar las limitaciones de quien al ser muy mirado —el amor mira a los ojos— se siente falseado por esa mirada y quiere ser como le ven esos otros ojos, y esto produce un envaramiento que lo estropea todo, o casi, aun cuando suele llegar el tiempo, en amor, de la naturalidad, que no es abandono, sino natural voluntad de agradar, para lo cual se cae en un artificioso, puesto que es el artificio que no es absolutamente artificioso, puesto que es el artificio que uno puede fabricar, es decir, personal también, ya que otra persona fabricaría otro artificio diferente y personal a su vez. “¿Vas a tomar cerveza?”. “Sí, clara, cerveza”.

Vivían de dulces convencionalismos aquella primera tarde, sabiendo ambos que ninguno de los dos era realmente así, pero incapaces para ser de otro modo, cogiéndose las manos brevemente al roce, en torno de las botellas, de los vasos, con miedo de mirarse y mirándose de pronto, entregadamente. Y repentinamente asustados de su naturalidad, de su sinceridad, volvían a las miradas perdidas, a los ademanes vagos, a la farsa de una amistad que, efectivamente, alguna vez había sido amistad, pero ya no lo era, sino otra cosa. Y en esta vuelta atrás, en este inútil retroceso de las conversaciones, de los gestos, hacia la tierra de nadie de la amistad, encontraban cerradas las puertas del paraíso de la inocencia, pero quizá sentían como miedo de alejarse definitivamente de ellas, y entonces se movían fantasmalmente en otra tierra de nadie, perdida la camaradería, aún no ganado el amor, diciendo que hay que cambiar el plan de estudios y que, en realidad, lo bueno es pasar el verano en Madrid “porque en la sierra te aburres como una bestia”; y las palabras no tenían nada que ver con la música de la voz, ni las opiniones con la actitud del rostro. Qué angustioso temor cuando él o ella llevaban la farsa demasiado lejos y parecían verdaderamente interesados en subrayar la injusticia de aquel catedrático voluble. “No hay derecho, es que no hay derecho”. ¿Habría sido todo una ilusión, un defecto óptico? Un estudiante y una estudiante, como antes han tomado café en un café y se están diciendo cosas que les importan a los dos por separado, y han dejado de importarles desde el momento en que están juntos, aun siendo casi las mismas cosas; pero es ese maravilloso no importar del amor lo que tratan de ocultarse, lo que tratan de retardar en su revelación inevitable, y lo hacen para evitar el vértigo del yo asomado a otro yo, que siempre es mareante, casi pornográfico en su desnudez, pues puede ser que el amor no sea sino la pornografía de los espíritus sensibles.

—Se me hace la hora de clase.

El camarero tenía las manos enjabonadas de la espuma de la cerveza y los parroquianos del dominó hacían “la hilerita” en mangas de camisa, y el marinero del Ministerio de Marina dibujaba un ángulo recto con su lengua y el movimiento de su cabeza al humedecer el borde engomado del sobre, y ella tenía que dar o tomar una clase, esto aún no estaba muy claro, y dijo él, dando paso a la segunda gran conmoción de la tarde:

—No hay cuidado. Te llevaré en un taxi.

Después del primer café compartido —“¿También lo de la señorita?”— el primer taxi

compartido. Él pagó las cervezas y salieron. He aquí un acto que había perdido ya su prestigio mágico: el pagar por primera vez la pequeña cuenta de ella, el englobar de alguna manera, en cierto modo doméstica, los gastos comunes.

Pero el taxi, el primer taxi de la complicidad del amor es como un reservado, y —era un viejo vehículo— sus traqueteos aproximan más que separan, porque ella se había sentado cerca de él, y en ese olvido del resto del asiento había ya un tácito desasimiento de muchas cosas, un querer estar cerca para nada, cuando realmente no tenían nada que decirse, porque el amor nunca tiene nada que decirse, que no es asunto de conversación, y por eso él hablaba siempre de otra cosa, y ella hablaba siempre de otra cosa.

“¿Te pagan bien esa clase?”. “No; pero voy días alternos”, pues ambos habrían podido recurrir a sus consabidas experiencias juveniles, a su coqueteo ligero con tantos chicos, con tantas chicas; pero algo grande y puro les alejaba todo eso, lo hacía imposible, aunque quizá la sensación que alguno de ellos, quizá los dos, tenía por dentro, era la que estaba quedando muy mal, muy tontamente, sin gracia ni desenvoltura.

Puedo volver a buscarte a la salida.

Habían dado una dirección al conductor, y el taxi giraba y giraba por la ciudad o quizás iba siempre en línea recta; pero las calles y las casas, el sol ya maduro, el henchimiento y la neblina rosa de la vida les sofocaba el rostro como sofoca una ciudad al recién llegado.

Él acarició este sofoco en la mejilla de la muchacha.

Un viejo taxi polvoriento, con el parabrisas enturbiado a través del cual se veía una ciudad con manchas movibles y un muñequito sucio, penduleante sobre los cielos y los altos edificios, que sólo conseguía glorificar. El conductor se ponía o se quitaba la gorra blanca y sucia, llena de alambres interiores, que le sacaban picos a su redondez, según la zona ciudadana por donde cruzaban, según la cercanía o lejanía de los agentes municipales y había dos oscuras manos llevando el volante con una presteza un poco homicida, y una radio que sonaba con su música viajera y sus anuncios y su breve jipío flamenco, metiendo un poco de falsa y lejana tragedia andaluza entre aquellos tres seres que iban dentro de un coche por la ciudad del atardecer. “Milquinientos” escrito así, todo junto, se leía en unas letras metálicas que había incrustadas al lado del volante, entre los relojitos del cuadro de mandos y el taxímetro, era un diminuto cine, un guiñol de números, donde el siete le daba el estacazo al seis, para ocupar su sitio, y así sucesivamente, hasta que aparecía en escena un nuevo personaje, el uno, que en seguida se emparejaba con el cero, para luego traicionarle, como los delgados traicionan siempre a los gordos, y poner en su lugar a otro uno, y viajaban los dos unos emparejados como policías, pero sólo por muy poco tiempo, pues al segundo uno le sustituía luego un dos, y así sucesivamente, y la magia del guiñol se había roto e imperaba otra vez el mundo de la matemática, la elemental y eterna sucesión aritmética de las cifras, movida a golpes de taxímetro, como latidos de un corazón muy fuerte y muy lento. Había un respaldo con dos ceniceros practicables, abiertos en su medio bostezo de ceniza; ceniceros que él cerró un poco maquinalmente, con un breve empujoncito, como por dar más decoro a la situación, como en un ennoblecimiento de la circunstancia; casi como si fuese él culpable, quien había dejado abiertos y sucios aquellos ceniceros, cuando lo cierto es que todos los taxis de la ciudad corren por las calles con esos dos pocitos de ceniza a la vista, en la parte posterior del asiento delantero, mientras el viajero fumador echa la ceniza sobre la esterilla del vehículo, o si es expansivo y apropiativo, por la ventanilla del coche, como los que van en coche propio. También había entre los dos ceniceros un anuncio de algo, con un hombre elegante y rubio a medias dibujado, y en otro recuadro, un breve mapa de la ciudad, con las indicaciones de la tarifa normal y sus límites; y las

manivelas de los cristales de las ventanillas obedecían muy perezosamente a la mano de él, a la mano de ella, que subían o bajaban un poquito el cristal de ángulo redondeado y lo hacían para nada, por hacer algo, por moverse, por emprender tareas en común o empezar a ocuparse uno del otro, a depender uno, Id otro, de modo que, según la ventanilla quedase abierta o cerrada, o un poquito abierta o un poquito cerrada, entraba o no entraba una fina corriente de aire, más filtrada y más pura que la gran bocanada de humo y ciudad procedente de la ventanilla anterior, a la que iba casi asomado el taxista. Faltaba uno de los resortes de asegurar el cierre de las portezuelas. A cada bote del coche, ella y él descomponían momentáneamente la actitud entre indolente y arrobada que habían adoptado sobre las sufridas ballestas de un vehículo de servicio público, y esto los obligaba a volver a empezar, tras una breve sonrisa que borraba el mínimo accidente. Todo esto dentro de un taxi que rodaba por la vieja y novísima capital entre miles de taxis, llevando dentro un primer amor, una historia naciente, un sentimiento vago y emparejado, turbador, como si llevase la conversación en guarismos de dos gerentes o los pensamientos solitarios de una madre de familia o el mudo diálogo con el periódico de un lector de periódicos en los taxis.

Era un rodar y un traquetear indiferente, sobre el cual un hombre y una mujer trataban de mantener el hilo armónico de sus indecisos sentimientos, hilo que a cada frenazo, a cada cambio de velocidad, a cada parada en seco, a cada golpe de ballesta, quedaba roto y como perdido, angustiosamente recogido y reanudado por las miradas y las sonrisas de la pareja, miradas y sonrisas que cada vez eran más firmes, más enteras, más penetrantes, una en la otra, hasta que no fue necesario siquiera que se mirasen, que se sonrieran, sino que cada uno de ellos miraba por la ventanilla que tenía al lado o miraba cada uno por la ventanilla del otro, mientras permanecían cogidos de la mano —enlazadas, trabadas una mano izquierda de hombre y una mano derecha de mujer sobre el tapizado neutral y sucio de un taxi— y él veía una mitad de calle y ella la otra mitad y ninguno de los dos sabía dónde estaban los pensamientos; porque el amor, que no es un hablar —ya está dicho—, tampoco es un pensar, sino, precisamente, una suspensión temporal y casi absoluta de las dos más continuas y relacionadas funciones del ser humano, suspensión que produce ese estado entre mágico y vertiginoso de vivir en el vacío.

—Aquí es.

Cuando él despidió el taxi quedaron frente a frente sobre la acera, en un bulevar superpoblado y polvoriento, alegre y un poco fatigoso, rodeados de niños que se adueñaban de la calle después de un largo invierno, y en aquel barrio que les era extraño a ambos, empezaron a comportarse, porque el cambio de ambiente, de calles, de caras, de olores, por mínimo y ocasional que sea, supone una liberación insospechada para el yo, que vive, sin saberlo, sin sentirlo, condicionado hasta lo más profundo por las mansas disciplinas de la costumbre. Se acercaron al portal de la casa donde ella iba a entrar; pero ella miró el reloj, su cuadrado reloj de muñeca, casi masculino, en su mano de muchacho, y decidió que tenía unos minutos para fumar un cigarrillo, así que estuvieron allí, apoyados en el quicio de la puerta, y él la veía buscar en el fondo de su bolso de correa, en el fondo de aquel bolso revuelto y perfumado, oloroso a cuero y a tabaco, a colonia, a niña y a tinta impresa, hasta obtener un aplastado paquete de cigarrillos, del que extrajo uno de los últimos que le quedaban. Ella se había puesto el cigarrillo apagado en la boca y esto le daba un gesto nuevo y más infantil, como de niña que juega a fumar los cigarros apagados de papá, basta que encontró las cerillas en uno de sus profundos bolsillos, entre billetes del metro y del tranvía, entre delgadas gomas para las coletas y una horquilla, que apartó cuidadosamente, y al encender el cigarro con sus manos grandes y empezar a fumar con ademanes de fumador desapareció la niña mala y ella volvió a ser ella, con manos de muchacho y corazón alcohólico, etcétera; una femenina y desastrada y adolescente criatura, a la que él miraba con una desconocida ternura interior, pensando sólo, bobamente, con estúpida astucia de acompañante de mujeres, en cómo y en qué momento decirle que volvería a buscarla a la salida de aquella clase.

—Me largo en menos de dos horas.

Porque le turbaba el pensamiento de pasear con ella de noche, junto a la verja del gran parque, despacio, cuando la oscuridad era una gran lechuza en las ramas de cada árbol y los coches enfebrecían la ciudad con su batalla de luces amarillas y luces rojas, con sus frentes movedizos y luminosos de velocidad, y sería, sin duda, mucho más fácil volver a acariciar aquella mejilla —aquella mejilla, Dios— que ya imaginaba sin sofoco, fresca y nocturna, con esa secreta y poderosa vida que tiene lo muy joven en las horas de la noche, con esa apretada acumulación de lo solar que sólo los cuerpos nuevos reúnen hasta el día siguiente, porque el sol vive dentro de ellos durante las horas sin sol, y un día empalma así con otro día, aboliendo la triste claudicación de la noche, su vejez de sombra y tiniebla.

—Vendré, entonces, hacia las nueve y cuarto.

“Mi madre no quiere que estudie tanto, si alguna noche me quedo estudiando se

levanta a apagar me la luz y esto es lo que me pone negra; que digan de una vez lo que quieren o que la dejen a una en paz". La música es esa gran culebra de licor que va despertando en los altavoces con sordina del club; la música, esa criatura invisible que nos habla muy al oído de amores tropicales o se aleja haciendo sonar maracas y sonajas, confabulándose con lejanos paisajes para reír y reír mientras el local a media luz se va poblando de parejas, de grupos de pandillas, y la hoguera mansa y quieta de cada luz indirecta le da a la carne, a los brazos y los rostros, una salud convaleciente, un tono de pueril misterio. "Mi padre es otra cosa, pero tampoco creas que se puede hablar mucho con él; ya sabes cómo son los padres". El blue extiende su aceite musical como un ensalmo azul y el swing hace viajar a la juventud en sus divanes de tela escocesa, en sus locales de cal y ladrillo, de noche y madera, por países veloces y eléctricos, por sonoras ciudades llenas de libertad y de ritmo. Están acostumbrándose uno al otro.

Cuando la cercanía es tan inmediata que se borra, cuando una mano ha encontrado su molde en otra mano, como esa comunicación que se busca al atardecer, después de haber sido penosamente uno solo durante todo el día, uno y a solas, nace la gratitud sin destino de ser dos. Pero no es el presente pleno y bello que ella o él traen aquí, como quisieran, sino que la presencia desaparece, se borra, se inhibe y es una vieja niña ya borrosa de historias, con su sabor cansado y colegial, quien le pone ginebra a la coca-cola, quien le pone coca-cola a la ginebra, porque la biografía está ahí, aquí mismo, con todos sus tristes arrastres de un colegio frío y unas tardes de humo y una infancia melancólica y rebelde, o esos juegos eternos en el parque, sin ganas de jugar, entre casa y colegio, llenos los ojos de otros sueños, mientras esa niña existe de verdad en otro parque idéntico a éste, pero que no es éste, aunque tenga igualmente sus frondas y sus lagos, sus grutas y sus guardas, sus aves mágicas y sus parques solitarios y esas estatuas de piedra que el tiempo ha hecho de yeso, fantasmales monarquías que encarnan sin carne la lista siempre sabida y siempre olvidada de los adustos reyes godos.

Lo que ahora envuelve el Liverpool-sound o la voz de Edith Piaff o la guitarra de Halliday no es una muchacha llena de amor, sino aquella cruel adolescencia, aquella niña a quien insultaban todos los espejos, un pasado de visitas y visiteos, un rosario tristísimo de domingos enlutados, de sobremesas familiares, de caducos regalos odiados y esperados, todo en su papel de estaño, en su papel de plata, en sus brillantes y ajadas envolturas que decoran lluviosamente el alma de una niña como los papelillos de colores que pudo haber habido en su alcoba infantil, en su cuarto de dormir y jugar.

Pero todo retornando por las calles de siempre, rozando con el gris de sus fachadas, lo diario de sus piedras, la monotonía de ese barrio que dicen elegante, el más elegante de la ciudad, y la náusea de las primeras medias, feas, muy cortas o muy largas, o esos zapatos de otra hermana, o, el inodoro descubrimiento de no gustarse, de no quererse a sí misma, ni querer todo aquello, aquella vida repetida y mojada, escasa. "Te juro que no sé lo que me pasa". Lo que pudo ser un primer amor, aquel primer descubrimiento de la otra mitad de la humanidad, idilios tontos de bicicleta a bicicleta, sueños excursionistas con chicos angelicales y viciosos, las cartas con literatura del bachillerato, esos largos paseos en nombre del amor, la sorpresa al teléfono, el muchacho en la puerta, la alegría, la servidumbre del varón, su primera condición de servilismo, en seguida odiada, y la decepción del tamaño de medio mundo, de media humanidad, hasta irse remediando de unos en otros (insoportables todos), que es lo que ella hacía, o el esperar algo —siempre algo, alguien— sin saber qué se espera, mientras corren los cursos, erigen su ballestería los exámenes, se beben los insomnios como una música —"siempre estudio con música"— y se llega, por fin —todo volverá a empezar y repetirse—, a la Facultad.

—¿Bailamos?

Sólo la trompeta de jazz puede romper todo eso, clavarle su estridencia, abrirlo en dos para siempre, penetrar el gran cuerpo gris de la propia vida que no gusta, para que entre por el tajo una vena de agua fresca, de música nueva, de sabores frescos, rebeldes; o la guitarra eléctrica, como un rítmico moscardón que hace de la vida un solo y nunca vivido verano, eterno y entero, hermoso, libre a la sombra de cuya luz inexistente bailan siete parejas, ocho o diez parejas, de nueve a nueve y media, de diez a diez y media de la noche, como ella y él bailaban, queriéndose dar un presente que se les huía, en tanto que el pasado de uno y el pasado del otro yacían, inermes, frente a frente.

El amor, como todo frenazo en seco que se le dé al ritmo cotidiano de las cosas, nos echa encima bultos de pasado o nos toma engañosamente de la mano, como para llevarnos a los bosques inéditos del futuro, con el sol de frente, cuando en realidad el amor tiene una misteriosa propensión al retroceso; sólo bajo las consabidas ramas con el sol de tarde antigua en bosques de mentira pueden transcurrir las horas de un amor naciente.

Se regresa del rincón del baile hacia el otro rincón, hacia la mesa y las botellas, como de una fiesta breve, a buscar cigarrillos, frotar cerillas, masticar cualquier cosa, coger o dejar una mano que responde, llenar el vaso, vaciar la botella, beber despacio, esquivando el hielo, mientras una música distinta corre y descorre decorados en la imaginación por la que una niña perdida y encontrada trata de llegar hasta el presente, buscando sus caminos de hoy, utilizando sus palabras de hoy, “equivalencia”, “parciales”, “latinista”, “somniafero”, “secuencia”, y sin conseguir otra cosa que llenar de humo y alcohol a la débil criatura, a la imagen flacucha. Porque de pronto ha descubierto —ella lo ha descubierto, hablándole y hablándole— que vive de cosas muertas, que se repite dentro del desvaído boceto de la costumbre.

Puede amarse y odiarse la propia niñez, la vida propia; pero en todo caso, el ayer devora, el pasado se nutre de presente, o bien ocurre que la criatura humana sigue viviendo cada día, un día muy lejano y concreto que ya fue, y no acierta a instalarse en el día de hoy, si es que tal día existe, pues nada tan inaprehensible como la sensación de presente que sólo se da por sorpresa, y a ella no se le daba nunca o casi nunca. “No me dejen en paz; te digo que no me dejen en paz”.

La ducha fría de cada mañana, el metro y el tranvía, los autobuses de la Universitaria, el bar de la facultad, todo sumergido inmediatamente en una sensación de inactualidad imposible de romper. Sólo el alcohol o la música, o el tabaco o el insomnio o el estudio por el estudio —“a veces es apasionante”— o, quizás, el amor. Sólo que del amor es mejor no hablar, y quizá por miedo a no ahuyentarlo, a no disipar esta sensación, delgadísima, que se va abriendo paso de estar aquí y ahora en un incógnito de aire acondicionado, con la música y el amor de los otros en torno. Ganar el presente, vivir el presente. Pero más vale no pensarlo. La niña de las primeras medias se arrincona más y más, y todo ocurre dentro de una breve galaxia de tabaco rubio y coca-cola, de ginebra y humo, con latidos de música electrónica, donde el tiempo sabe a ron y la eternidad no sabe a nada. Hay inexistentes camareros, y el tomarse de las manos, de los ojos, la cercanía de las palabras, es una lenta y dificultosa recuperación del presente, incluso una primera conciencia de futuro que ambos presienten y por eso callan, o porque la música les ha sustituido el corazón y suena dentro de ellos, pueril y poderosa, contenida e invasora, con su tibieza de micrófono y su existencia de microsurco. Habría que poner mucho fervor en la música para que la niña triste fuese al fin rescatada, para que todas las Alicia volvieran del país de sus tristes maravillas infantiles. Porque el amor sí es regresión a pesar de todo.

El amor no sirve, quizá, y ella lo sabe o lo presiente; pero quiere intentarlo, desea intentarlo, porque el amor se polariza siempre en un cuerpo, en un rostro, pero hay la

tentación de llevar consigo al amado, de regreso a los lejanos y desconsolados países de una infancia triste, poblada y polvorienta.

O el súbito estallido de las guitarras y los micrófonos, tras el one, two, three, four y lo que él pueda ofrecer a ella; un oscuro revanchismo, ciudades muy nevadas; los niños de la guerra, días de pan sombrío y carbón sin calorías, la triste paternidad de los abuelos, todo lo que pasa, una balada de las calles, días sin escuela, delito de menores, el rencor.

Él sí ha conquistado el presente —one, two, three, four— y lo vive y lo hiende con un sentido, sí de revancha, con un instinto que le viene de la infancia con viento, de la posguerra y los años del hambre —este niño no engorda, este niño— y el azúcar hormigueante, de color marrón, y las rodillas temblorosas, como la tierna rodilla de los juncos, y un largo clima de convalecencias, enfermedades, cosas nunca dichas; la madre, en su lecho de siempre; él, delfín de las plazas y los soportales, un primer tabaco y una primera hombría escociendo en la carne; todo lo que ahora quiere borrar, hundir, despejar para siempre con un ademán mejor, una palabra a tiempo que nace del difícil estudiar, de los textos nocturnos, de todos los libros no becados, de toda la penosa cultura con luz de treinta vatios, reunida ahora, acrisolada en una sola palabra, cualquier palabra —“circunstancia”, “concuerta”, “correlación”, “simbiosis”—, como la pequeña joya obtenida tras tanta elaboración, acumulando y desbastando tan lamentables materiales, la tristeza de toda una familia, la muerte de vez en cuando, como una fiesta negra, los miedos de aquel niño, de ese adolescente, de este hombre que mira su juventud cual un milagro.

Pueden bailar unidos o mirarse largamente a los ojos, pueden tomarse las manos, iniciar la frutal correspondencia de las mejillas, empezar a amarse bajo marcos con un cristal y unas manchas de sombra, elegantes, siniestras y espaciadas. Un club u otro club cualquiera, una música adolescente, el pelo apaisado de los muchachos, cazadoras, un vago belicismo de cremalleras y remaches, o la miniatura del pasador del cuello, bajo el nudo escueto de la corbata. Era una juventud en torno: él no luchaba como ella, por ganar el presente; creía tener ganada la batalla contra el pasado devorante, y quizás así era, pero no debía serlo cuando tan sediento estaba de apurarse, de beberse a sí mismo —“existir es eso: beberse a sí mismo sin sed”—, como pedía la vida, como su vida le pedía. En una muchacha cargada de actualidad se busca la revancha —“te forjé como un arma para sobrevivirme”—, etc.; pero he aquí que a esa muchacha le persiguen costumbres, ayeres, miedos y días, “ay, estas hijas, si no parecen hijas mías”, y es otra vez la misma historia o parecida, vuelta a empezar: ella no es el botín de urgencia, porque ella está llena de tristeza, de soledad de náusea, se diría en letra impresa.

Los niños de la guerra, los niños de la guerra. Niños de la posguerra, más bien. Éstos que bailan ni siquiera la han conocido; mueven el esternón, ponen toda la inútil e inevitable trascendencia de la vida en seguir una música, en dar toda la fidelidad de su esqueleto a un ritmo inesperado que a veces los esquiva.

Pero lo buscan y lo buscan. Cómo agita esa muchacha su cabecita rubia, con los pies muy reunidos, cómo quiere ser instrumento, cuerda vibrante y tensa dentro del gran mecanismo de la música; y es una cabecita, un flequillo rubio, una sonrisa fija con movimientos breves y veloces. Quisiera él quedarse con todo, todo lo acepta y lo asimila, puebla populosamente su presente por miedo a los grandes espacios vacíos de la infancia, a los largos corredores de la envidia, al trabajo, al miedo repetido de cada noche entre el libro abierto y la luz desleal de una pequeña bombilla. Qué sentimiento de revancha.

Quisiera que todo aquello les poseyese, pero la vida va despacio; no basta la velocidad de la música ni la velocidad del automóvil. Si el descapotable corre con la radio encendida, son velocidades paralelas que se llevan el alma lejos, lejos como dos

briosos corceles, como las bridas de un único y vertiginoso corcel. Pero la música tropieza de pronto, cae, se dispersa, y antes de que se enciendan las primeras luces deciden ambos salir de allí.

—Tenemos tiempo de dar un paseo.

Lo que espera fuera es una ciudad mucho más extensa que la ciudad diurna, un armónico conjunto de lejanías donde viene, sin zigzagueos, el viento de marzo, el soplo nocturno, con su perfume como una confidencia. Anduvieron entre aquel barrio con árboles, con casas residenciales, enjardinadas, dejando una sola y lenta sombra enamorada por las paredes de piedra reciente, de cal alegre, enredadera comfortable.

—Hacia allí dentro demasiado calor.

Las amplitudes iluminadas son ahora calles secundarias, calles cuyo único destino es relacionar entre sí otras calles más importantes, serenos semicírculos asfaltados con breves cancelas, hotelitos, chalés anticipados al verano. 'Dudaron entre tomar un autobús o un taxi o un tranvía. —¿Entramos en el metro?

—Vamos dando un paseo.

Él tiene que vengar cosas, él tenía cosas que vengar, pero la vida le iba haciendo olvidadizo, indiferente, pacifista.

—Conformista, ¿no?

—Mis cuñados son todos conformistas.

El odio nunca había existido en él. La sed de revanchismo la saciaba la brisa. Caminaban cogidos de la mano y ella reía por cualquier cosa y sólo por eso se salvaba y lo sabía, sin duda.

El amor estaba allí, aunque ninguno de los dos quería creer en él, aunque los dos temían creer en él. El amor estaba allí, y era ese necesitar a alguien en su presencia física, ese necesitarse mutuamente; amor, amor, amor en el lugar de las secreciones; mas decidieron tácitamente no decírselo o no preguntárselo, porque los atormentaban muchas cosas, muchas dudas, muchos miedos. La ciudad dispersaba sus automóviles hacia los barrios más lejanos, pasaba un autobús de dos pisos, como una catedral tosca, iluminada y rodante, la callecita salía a un gran mar de soledad y sombra, con altas y lejanas luces, como de puerto; la muchacha llevaba de la mano, casi colgando, su chaqueta de cuero y su bolso, y le daba a él la otra mano —con manos de muchacho y corazón alcohólico, etcétera—, y él pensó en aquello de que la mujer es un hombre enfermo, y caminaban mirando de frente, reunidas las miradas en la luz más lejana, porque todo era así más inocente y en el mutuo engarfiamiento de los ojos, que sólo a veces se producía inevitable, repentino, había ya una chispa de complicidad, un brillo que los asustaba a ambos, sin saber por qué.

—Me quedaré a estudiar toda la noche.

—No fumes demasiado.

—Hablas como mi madre.

Hasta la madrugada de griego y cigarrillos, hasta la náusea joven de su boca quemada. Desconsoladamente. Él era una fuerza posesiva que había decidido tomar la vida, empuñar su edad, vivir, en fin; ella era una rota voluntad de ruptura, una fallida vinculación con el hogar, una niña con miedo a las jerarquías devorantes del pasado. Aún no sabían si iban a luchar juntos o a luchar uno contra el otro. Aún no sabían si iban a salvarse juntos o a exterminarse mutuamente, en su tozuda respuesta a la vida; pero ahora caminaban cogidos de la mano, habían dejado atrás una tarde con música, un incógnito de aire acondicionado, un friso generacional, y se adentraban en barrios conocidos, en calles de siempre, charlando o en silencio: la voz fresca de ella, su contar, de niña parlanchina, una abundancia embarullada de cosas que decirle, porque en casa no hay quien pare y la Facultad es divertida, pero no mucho, y con las amigas puede uno reírse, y también con los amigos, aunque no tanto... Los silencios de él, profundos, o su voz, sin matiz, revestida de inesperada crueldad, de momentánea y homicida alegría.

Sí, su voz sin matiz, revestida de inesperada crueldad, de momentánea y homicida alegría. Él ha hablado y hablado, primeras horas de la tarde, en el bar con planta alta, con una escalera de peldaños al aire, que va de la barra al piso superior. Y ella llora.

La voz de ella, al teléfono, la voz de las citas —“¿Esta tarde?”; “Esta tarde”—, su tono colegial y apresurado: “Te llamo desde la Facultad; estoy en el bar, hay aquí un barullo...”. Esa voz que podía sonar en cualquier momento y se anunciaba ya en el repiqueteo del teléfono, milicipando conversación a la conversación.

—Soy yo.

Km ella. Innecesario advertirlo. Cuenta, lejanísima, retazos de cosas, anécdotas de clase, nombra a los profesores, llena el hilo telefónico de confusión universitaria, mete lodo un mundo en el delgado conducto que a él le llega, remoto, hasta el oído, y de pronto la muchacha se hace cercanísima en una carcajada, en una de sus risas frecuentes y niñas; una risa iconoclasta y anarquizante, que lo funde todo —claustro universitario, griego y latín, amor, angustia, primavera, miedo, el padre y la madre, los hermanos— en un regocijo infantil, mientras la ficha del teléfono público, con su corte en el medio, con su cifra grabada, está a punto de desprenderse para seguir su curso dentro del mecanismo auditivo y anuncia su madurez con un timbre intermitente, y ella dice que ha puesto otra ficha o que no ha puesto otra ficha, y todo —el amor, el encuentro, la vida, ambos, el corazón de un hombre subiendo hacia el oído— depende precisamente de esa filia, que él sentirá caerle dentro, sí, del corazón, como una moneda en una hucha, como una irrecuperable moneda de conversación y cercanía, y lejanía, y temblor, y pueriles noticias que le daba la niña: dos pesetas que se introducen en una ranura, para luego pulsar un botón, obtener esa fichita tintineante —“No girar el disco hasta oír la señal para marcar”—, hacerla entrar en su ranura correspondiente y girar los números dentro de la ruleta telefónica, como una margarita negra y blanca, numerada —con el dos delante, o quizá con el tres e incluso con el cuatro—, hasta haber logrado —timbres, insistencias, voces que dan paso a otras voces— el “soy yo”, directo e íntimo, que aleja en un instante toda la mecánica intermedia. Pablo y Virginia, Abelardo y Eloísa, Diego e Isabel, Romeo y Julieta, podrían haber hablado por teléfono sin anacronismo alguno. Pablo Abelardo Diego Romeo, lleva siglos marcando en todas partes a punta de corazón —troncos del bosque, mesas de posada— el número de teléfono de Virginia Eloísa Isabel Julieta, como Virginia Eloísa Isabel Julieta lleva siglos escondiendo en el seno, en el fondo cansado de la cartera con tabaco, entre el halda —dónde, Dios, dónde he puesto ese número— las cifras del teléfono del amado.

Por eso, ella, él, acaban sabiéndose el teléfono de memoria, pero no por rutina, ni por ejercicio del recuerdo, sino porque las cifras se les van grabando corazón adentro, y no son ya cifras, sino una palabra escrita con números, en un idioma nuevo de cifras que son letras, de guarismos que son sílabas. En el idioma del amor ha valido siempre tanto un número como una letra. Tresnoventaycincotreinaynueveochentaysiete, por ejemplo, es una palabra que puede decir cosas entrañables, hablar de tardes con el resol a la espalda y el tráfico de la ciudad allá abajo, no muy abajo; tranvías cruzando rudamente por el vaso lleno o mediano de limón industrial, embotellado y desembotellado. Tresnoventaycincotreinaynueveochentaysiete es una larga palabra que se dice en un momento, que se repliega en una sola sílaba, como el nombre del amado, de la amada. Todo el idioma de la ternura, y la compañía está en esa palabra o en otra equivalente, escrita con vocablos y consonantes, que son números. Es la aritmética mágicamente trocada en poema lírico, es la secreta persuasión del idioma; la invasión suasoria del amor, refiriendo de ternuras y memorias un número de teléfono que está en la guía, una combinación de cifras, que en principio sólo sirve para mover automáticamente el sutil y tupido membranaje de la telefonía, hasta llegar con su requerimiento a otro punto de la ciudad o del mundo. Tresnoventaycincotreinaynueveochentaysiete, y el dedo de ella, quemado de tabaco, gira despacio en la ruleta blanca y negra. Y sus labios van moviéndose de un minio no perceptible, descomponiendo en sílabas, en amonas sílabas, la larga palabra

cabalística y perfumada. “Tres. Noventa y cinco. Treinta y nueve. Ochenta y siete”. Besamos las palabras que decimos en voz baja. Cada una de las partes de esta oración tiene un sentido para ella. La despierta, sin saberlo, entre el rumor del bar y la prisa de los compañeros y el sabor del vino y la acumulación de la letra impresa; confidencias íntimas, voces privadas, comunicaciones sentimentales. Eso es el amor dentro de un teléfono. Ésta era la llamada de ella, la llamada mañanera que le turbaba a él el corazón. Pero la cita de cada tarde se ha cumplido y hay una vaga música de fondo, un perdido disco que nadie escucha, sonando en algún sitio, o una radio que llega hasta el rincón con altavoz. Bar con una escalera de la barra a la planta alta, mural de sombra dando la espalda a dos avenidas; la voz de él, monótona, diciendo tantas cosas, mientras ella llora en silencio, como un muchacho, y puede tocarse la humedad de su llanto en el silencio de un abandonado pañuelo femenino, que va olvidando su perfume.

No eran felices.

Rostros, nombres, mujeres, aquella inglesa de los ojos cálidos y la boca ofrecida; todo lo que él recuerda: un amor nocturno, besos que ahora retornan, la niña rubia y oscura que sufre en algún sitio, el amor fuerte o sumiso de otras mujeres, unos ojos fieramente negros, siempre la sorpresa de un cuerpo, el amor como patria, remanso, ciclo tocado con la mano, sexo, mujeres de última hora, con prisa por beber en aquel rostro joven la juventud que a ellas se les iba, y el descubrimiento inesperado de esto, de esta niña con llanto, como si todo lo demás hubiera sido una torpe a la vez que minuciosa preparación del amor.

—Te quiero.

Hablar y hablar. Habían creado en torno un tejido de conversación; no se sentían únicos el uno para el otro, o sí que se sentían; pero la vida está en derredor, abre boquetes, deja pasar el aire de otros días, trae nombres y collares, con una precisión innecesaria, como el niño o el perro que nos devuelven una y otra vez el guijarro que arrojamos lejos. Lentas tardes en la lucha contra lo imposible —por no ser como los demás—; contra las situaciones habituales, el protocolo de la vida, las buenas relaciones, los anillos de compromiso, el tiempo inscrito de tarjetones, preguntas y respuestas, la seguridad —la seguridad o la conformidad— para siempre, el curso saludable y seguro de los días dentro de los horarios más previstos.

Mas ahora no era así. Todo por ser diferentes, por creerse diferentes —“ser diferente es un pecado” (y también querer serlo)— y buscar algo mejor, imantar un más allá, confiar atrocemente en el amor.

Una mujer que llora es una de las maneras de restañar la vida; sólo con lágrimas o sangre se restaña la vida, reanuda su costumbre, más tranquilizados los vivos para que pueda seguir siendo firme la continuidad de los ferrocarriles y recobren su ritmo, acompasado y regular, los metabolismos.

Pero ella lloraba de otro modo. Lloraba, y está dicho, como un fuerte muchacho, como un débil muchacho, y sentía infantiles sus burlas a la vida, sus desplantes de ayer devorador, a la sombra materna, y de la fuente más secreta de su rebeldía manaban lágrimas. No es fácil comprenderse, levantar entre dos un edificio con la delgada materia del futuro. La música los había olvidado, sonaba para sí misma, y él miraba llorar a la muchacha, encendía cigarrillos, se servía más líquido en el vaso.

—Acábate esto.

Pero, por parte de ella, ni siquiera era necesario rehusar.

Por momentos estaban muy lejos de la tarde, fuera del tiempo, solos con su silencio, y, por momentos, los horarios se iban adensando en torno, los invadía la vida, había que irse.

—Digo que debemos irnos.

Encuentros infrecuentes, dudas, el amor en vía muerta, todo lo que sucedió después

de aquella tarde, un océano de ausencia con una llamada telefónica, o una palabra cruzada en cualquier parte, o sólo una mirada, como los únicos signos de alta mar.

Podían haber dejado de verse para siempre. Eran incapaces de tanto amor, habían crecido demasiado pronto o demasiado tarde, los asustaba aquello, aquella realidad invisible, aquel visible vacío erigido entre ambos, que es la presencia inequívoca y fúnebre del amor. Y se hacían, a través de la ciudad, buscando eco en las gentes, a kilómetros y kilómetros y calles y calles de distancia, señas breves, llamamientos como un tic, consignas indescifrables dichas sólo en el pensamiento.

Qué fe en que el más pequeño gesto había de llegar a su destino.

Tomar el metro, viajar por el húmedo y enorme intestino de la ciudad, esa descortesía metálica y sonora de las portezuelas de acceso, los largos corredores, el andén eternamente nocturno, con bombillas de pobreza; la lenta agregación de los viajeros que esperan leyendo el periódico, mirando a una mujer, o al reloj de grandes números que hay en la cabina del empleado. Buscar su rostro entre los rostros, el rostro de él, el de ella, la posible o imposible coincidencia; el silbido del tren; un largo pito, allá en lo oscuro, que responde a otros, como perros, aullándose en la noche, los empleados y los obreros, la Prensa de la mañana o de la tarde, una máquina tragaperras para obtener tabaco o chocolatinas, los anuncios, el niño que se suicida en una inmensa y tosca y repugnante taza de chocolate pintado con sucia pintura marrón y, en los corredores, el ciego de la lotería, el rincón de las revistas, el vendedor o la vendedora, dos millones y medio o tres millones de personas hacen transbordo en una estación para pasar a otra; pasan de un barrio a otro barrio, bajo el suelo de la ciudad: “Puedo encontrarla; a veces viaja en esta línea”. “Puedo encontrarle, aunque no suele tomar el metro”.

El andén universitario, el punto justo donde ella se detenía siempre para tomar el primer vagón.

“Entren y salgan rápidamente”. “Cuidado con las puertas”. “Tened cuidado al entrar y salir para no introducir el pie entre coche y andén”. “Prohibido fumar o llevar el cigarro encendido, bajo multa de cinco pesetas”. “Asiento reservado para caballeros mutilados”. “Salida Argüelles y correspondencia”. “No intente pasar mientras se cierra esta puerta”. “Prohibido vender en los coches”. Aquello no podía durar.

El metro es como un inmenso y laberíntico retrete de olores que emanan, quizá de la continua y siempre sobreforzada ingestión de la ciudad, y se desliza por sus túneles un tren rojo y negro, como una rauda catástrofe. Cuidado con las puertas, dejen las puertas libres, el metro corre alejándose de ella, alejándose de él, y es inevitable pensar que alguna vez, entre la rueda humana infinitamente reunida y deshojada a cada instante, han estado muy cerca el uno del otro. Todo dependería de un encuentro casual; había que volver a hablar; pero hubiera sido tristísimo forzar aquel encuentro. Una vez la vio en el autobús universitario, que se alejaba. Ella iba en la plataforma trasera y levantó una mano para saludarle. Imposible distinguirla, pero sin duda era ella. La humanidad volvía a clarificarse; la abrían las aguas del mar rojo, pobladas de oficinistas y dependientes, de obreros y gitanas, de inmigrantes y corredores de comercio, para dejarlos nuevamente solos frente a frente. Pero el autobús no se detuvo. El libro. Un libro. Habían sido una de esas parejas que leen libros a medias. Ella debía devolverle un libro.

¿Cómo no se le había ocurrido antes? Nunca pensó recuperarlo, y por eso lo había olvidado, pero aquel texto de vieja lingüística, castellana o de filosofía nórdica o lo que quiera que fuese, en edición rústica, estudiantil, los unía aún como un invisible tejido, o al menos así quiso creerlo él, porque era un libro leído a medias, entrañable, por tanto, para los dos, y, además un libro prestado que ella debía devolverle. La gente salía de los cines o entraba en los cines, tomaba mansamente en las cafeterías sus sabores preferidos; la gente era discretamente feliz en la Gran Vía, bajo un cielo de anuncios y

lucos, bajo una alegre ortografía movidiza que hablaba de la confortabilidad de la vida, y él andaba náufrago entre todo aquello, en una tarde de necesitarla, y el encuentro, al anochecer, se produjo tan inesperadamente que ambos retrocedieron a sus respectivos reductos; él, a una gravedad casi insolente, a la vez que despegada; ella, a una sonrisa pueril que pugnaba por deshacerse en risa, como la pastilla de jabón a que ella olía siempre, a punto de licuarse en espuma.

Pero no estaba sola. La acompañaba una compañera de la Facultad.

—Venimos del cine.

—Oye, aquel libro...

—Sí, claro; te lo devolveré.

Los guardias se indignaban con los automóviles, con los Seat, con los Austin, con los Pontiac; las enormes carteleras de los cines llenaban de violencia roja y sexo plano la noche de la ciudad; las gentes avanzaban torpemente cómo un bosque puesto en marcha. “Es que me hace falta, ¿sabes?”. “Claro, ya”. “Si no, podías quedártelo; pero...”. Madrid pasaba en torno como un río de espesas aguas amazónicas, y ambos o quizá sólo él, o quizá sólo ella, pensaban urgentemente en la manera de volver a encontrarse para lo del libro; sí, claro, para lo del libro; pero les faltó seguridad para darse una cita.

—Bueno, te llamaré y quedamos.

—Eso, me llamas y quedamos.

Y se despidieron de algún modo, porque la vida no avisa y uno no puede estar siempre a la altura de las circunstancias, de las más inesperadas circunstancias, de las como aquel encuentro entre las nueve y las diez de la noche, cuando las brujas de Goya voceaban la prensa de la tarde y los bufones de Velázquez les decían piropos masticados a las turistas altas y rubias que caminaban por la Gran Vía como dentro de un inmenso souvenir, y la calle olía a negro y las aguas del mar rojo volvían a cerrarse —“Peatones, pasen”, decía en verde el semáforo, —y una masa se fundía con otra, y ellos habían vuelto a separarse para mucho tiempo o quizá para siempre, mientras los taxis, con luz de “libre”, huían indiferentes a la comedia humana.

—Oye, aquel libro...

La llamada angustiada y a media voz había quedado perdida en la gran conversación de la ciudad, en la selva de las palabras, en la espesura tupida de los diálogos y las tertulias y las llamadas y los encuentros y saludos. Tres millones de personas conversan constantemente, tienen cosas que decirse, hablan un idioma millonario en palabras e incluso lo mezclan con otros idiomas, y las palabras de un color, de una raza, de un sexo, fecundan a las palabras de otro color, de otra raza, de otro sexo, y el mundo verbal, la masa oratoria crece y se multiplica minuciosamente, y entonces es bien poca cosa decir a media voz, sin fuerza, con timidez e inhibición: “Oye, aquel libro...”. Lo más probable es que la pálida e inconclusa oración se pierda para siempre. Aunque ella había contestado...

La vida que le enviaba oleadas de seres anónimos, ejércitos de viajeros de autobús, de metro, de tranvía, legiones de chaquetas beige y vestidos de colores y carteras de documentos y ojos pintados con rabillo o sin rabillo; miles y miles de imágenes multiplicadas en el reflejo de otras imágenes, porque todo el mundo va mirando a todo el mundo y la gente vive así el fenómeno constante y sostenido de la duplicidad; la vida que sentaba a su lado en el tranvía o en el bar, cientos de muchachas como ella, que, sin embargo, no eran ella; cientos de melenas jóvenes y rostros colegiales y zapatos adolescentes y chaquetones de cuero y medias un punto negligentes, cientos de chicas que podían haber sido ella, de no haber vuelto a tiempo el rostro, más largo o más agudo, más moreno o más borroso. La vida, sí le envió de pronto, un día, una pálida, desvaída, aproximada imagen de ella.

—¿Tú salías con mi hermana?

—Sí. Dile que tiene un libro mío.

Como esa luz lejanísima que las estrellas muertas insisten en hacernos llegar, como ese eco del mar que nos llega de pronto tierra adentro, en un día lluvioso, como el reflejo mil veces repetido y rebotado en los espejos del sueño, de alguien con quien soñamos mucho, quizá todas las noches. Era ella sin serlo. Eran su voz y su perfume.

—Recuérdale lo del libro.

Fue en una conferencia, al principio o al final, entre los saludos y la erudición, entre la música de los besos en sociedad y la repetición meliflua de las formas. Viejas transidas de cultura, calvos caballeros con el cerebro mondo por fuera, tatuado por dentro de erudiciones, temblorosas universitarias, muchachos de barba aguda, muchachos que se dejan la barba cortante e insolente, como quien se compra un cuchillo y lo exhibe. La hermana tenía en el rostro, en la voz, la fina ironía de ella, ironía que, puesta en otra persona, en una tercera persona, no le envolvía sólo a él, sino que los envolvía a ambos y a su amor. Era como si la ironía de ella hubiese tomado cuerpo y personalidad independiente en aquella hermana para burlarse de los dos.

“No puede ser, no sé si te quiero, es muy difícil; yo no creo en estas cosas, ¿sabes? Tú eres el único, sí, el único; pero hay días que no aguanto a nadie; no, ni a ti, ni siquiera a ti; si yo misma supiera lo que quiero...”. Gracias a la hermana de ella se había producido el encuentro, aquella tarde de mayo —¿de mayo?— cuando la gente iba de una tienda a otra tienda, por aquel barrio que decían elegante, bajo el suave y verde homenaje de las acacias y ellos estuvieron primero en una cafetería y luego en otra cafetería. Él se ponía y se quitaba las gafas. Estuchaba. Tenía ya el libro entre las manos, aquel libro inútilmente recuperado, aquel libro que no deseaba recuperar. Hubiera querido acercárselo, abierto, al rostro, para oler el perfume que entre las páginas había dejado ella.

—Salgo con un chico, ¿sabes?

Porque los libros, al mismo tiempo que son absorbidos por los ojos y el cerebro del que lee, nos leen ellos a nosotros, nos absorben, fijan algo nuestro entre sus letras y sus hojas, para siempre.

Todo libro lleva dentro como una flor invisible, sentimental, antigua y fosilizada, el aroma de cada una de las personas que lo han leído, o de la única persona que lo ha leído. Dejamos nuestra huella más sutil en el libro, como la deja nuestro cuerpo en el lecho, y hay libros que toman la forma desmadejada del desmadejado lector, y libros que nos miran, al abrirlos, con la mirada de la persona que nos ha prestado o regalado el volumen. Así pensaba él que aquel libro le habría mirado a ella. Así pensaba que aquel libro iba a mirarle ahora, con la mirada de ella, cada vez que lo abriese. Por eso, dejamos libros al amigo preferido, a la novia, a la persona a quien queremos envolver para siempre en una red psicológica, red que uno no se basta a tejer por sí mismo. Un libro prestado, ya leído —el libro que se compra y se regala, de la tienda al obsequiado, es sólo una caja de bombones—, es una celada, una trampa, una emboscada de la inteligencia, un intento de enhechizamiento, una complicidad con ese tercero invisible y mágico —mágico por invisible—, que es el autor.

—A veces me río con este chico. Me espera a las siete. No es que me guste mucho, ¿sabes?

Ella estuvo dura, le confesó que se había cansado repentinamente de él; pero luego prolongó la entrevista innecesariamente, le acompañó por la acera cuando salieron de la cafetería, y acabaron entrando en otra cafetería. “Te has cortado el pelo, ¿verdad?”, le preguntó de pronto. Empezaba a redescubrirle.

Él se daba cuenta de esto y la dejaba hacer, y eludía una reanudación que tanto deseaba sólo por poder decirse a sí mismo eso tan vulgar de “he arrojado yo la última carta, la partida era mía”, y también porque todo esto le envanecía un poco.

—¿No se te hace tarde? —preguntó él llevando a un límite que creía muy refinado su viejo y pueril juego. Estaba seguro de que ella hubiera faltado a la cita con el otro muchacho, pero se sentía ya impaciente por quedarse a solas, por alejarse pisando despacio, entre la tarde dorada, sabiendo, sintiendo que ella quedaba inquieta, arrepentida, quizá. Lo que vale es el misterio, la magia, el hechizo de que una persona nos reviste, de pronto: ese hechizo se desvanece en seguida o, en todo caso, se desvanece alguna vez, y él, que minutos antes se había sentido degradado, reducido a

sí mismo, desencantado por ese sempiterno desencantador que es el tiempo, gozaba ahora de la aureola que de nuevo empezaba a hacerle, se sentía mirado —“te has cortado el pelo, ¿verdad?”—, volvía a tener alas de oro y se impacientaba por salir a la calle y alejarse ligero con sus alas de oro. Ella habría esperado, quizás, una escena lamentable, una rogativa, una busca de las manos, de las miradas, un desesperado reanudar el tiempo; pero él se había limitado a escuchar, a sonreír, a lamentarse con un tono falso, evidentemente falso, que ocultaba la verdadera y anhelante lamentación. Y ella llegó a decir algo que a él le llenó de un orgullo ingenuo, pequeño y verdadero: “Hasta que nos veamos de nuevo, si es que no te importa volver a verme”.

No. No habían estado a la altura de sí mismos, sino que habían hecho una farsa no muy bien aprendida, y ahora ella se reunía con un estudiante de algo y él se alejaba llevando en la mano un libro que ya no era suyo, ni de ella, ni de nadie; que ni siquiera era un libro, sino solamente un objeto pequeño y rectangular, practicable e indiferente, que la vida le había puesto en la mano. Tardaría mucho tiempo en recobrar la conciencia del título y el autor del volumen. Los objetos, tan cargados siempre de sentido, de significaciones humanas, tan empolvados de asociaciones y afinidades psicológicas, pueden de pronto volver a su condición escueta e incoherente de objetos. El corazón del hombre se desborda a veces como una marea, lo llena todo de sentimiento y las cosas flotan en esa marea carentes de valor y de significado, inútiles. Todo podía haber vuelto a empezar aquella tarde, pero él había preferido ganar, perdiendo, y esto le sostenía los pasos, aunque, en el fondo y verdaderamente, lo que le sostenía era la certidumbre de que nada había acabado realmente, de que aquel final era un final falso, saboreado en su dolor y en su falsedad, como los finales de acto o de capítulo que nos angustian epidérmicamente, hasta estremecernos, sobre la certidumbre profunda de que aquello no es verdad, sino que se trata de un desenlace provisional y anticipado: efectista.

Efectistas, exactamente, habían sido ambos aquella tarde.

Y los espacios de la ciudad se abrían, enormes, entre ambos, ignorantes ya el uno del otro, y el más literario de los dos —él o ella— gustaba en el fondo de un taxi ese deleite cursi y único de sentirse personaje, protagonista de la novela, de la vida.

Pero era mucho lo que sacrificaban, lo que habían sacrificado aquella tarde, caprichosamente. Era todo un verano, el largo paraíso del sol, creciente, la amistad de los ríos, la libertad, el amor contagiándose de climas nuevos.

Y se la llevaron a la sierra como todos los años, a los repetidos veraneos de encinas y jaras, entre piedras ilustres y paseos en bicicleta, y otra vez aquel casino de pueblo o el campo; la lejanía de los pinos, el pantalón vaquero que se puso nada más llegar, los libros, el tabaco, una asignatura pendiente, dos, tres; la desgana de estudiar, aquellas camisas de muchacho, el romance de verano, un bar con turistas; los bailes por la noche al aire libre, con vino rural y perfumes nocturnos. Sus siestas en el jardín, o la penumbra de la habitación, el recuerdo de él, las escapadas en moto, las caídas, el regreso polvoriento y casi feliz —“Todo el pueblo os conoce, sois unas locas”— hasta la presencia invisible del amor, como un hueco que se lleva dentro, como algo que no duele, pero se agranda al andar, al reír, al moverse y sólo podemos empequeñecerlo quedándonos en absoluta quietud, como ella se quedaba; entonces, se diría que el hueco disminuye muy paulatinamente, que el boquete cicatriza, que los recuerdos y las esperanzas restañan un vacío sobre otro vacío; pero tampoco esto puede durar mucho tiempo, pues el punto sensible, al empequeñecerse, se hace más punzante, duele.

De modo que una tarde, varias tardes, se fue lejos, entre los pinos, a soñar, a recordarle, a escribir cosas en un papel; una carta, si esto es una carta, por qué ocultárselo a sí misma; le estás escribiendo una carta, le estoy escribiendo una carta, y no sé si decirle que le quiero o que le recuerdo, o que me gustaría tenerle aquí, bajo los pinos, para hacer burla a cada frase suya, hasta que él, paulatinamente, se fuese

replegando, como solía. Y era entonces, cuando insensiblemente, se trocaban los papeles —¡oh, bello y delicado momento del amor!— y él de algún modo era ella, y ella de algún modo era él, porque la convivencia y la pasión acarrearán esta suerte de juego o transferencia de personalidad, este mimetismo de los sexos.

Y cuando ella dice cosas que debiera haber dicho él, y viceversa, aquel amor está maduro y un espíritu se ha posesionado absolutamente del otro espíritu, y ambos están un poco desconcertados porque desconocen este juego que nadie ha inventado y al que se llega inopinadamente. Pero rompió aquella carta.

Y otra y otra. Rompía sus cartas, las escribía sabiendo que nunca iba a enviarlas. La muchacha estaba desdoblada en dos —que éste es otro difícil y espontáneo juego del amor—, de modo que continuamente era ella y era él, y cuando el juego cesaba y volvía a ser sólo ella, se sentía muy sola, naturalmente, y había que volver a empezar, volver a inventarse la imaginaria compañía que ni siquiera acompaña, sino que se impone de algún modo, porque no se trata de él exactamente, ni de su recuerdo, sino de lo que en ella hay ya de él, y esto subsiste por sí solo y apenas si hace falta alimentarlo, provocarlo, provocación que por otra parte, sería casi siempre infructuosa.

La sierra estaba en torno y las campañas monacales extendían su ensalmo por el campo y el sol último era como una bestia dorada y ciega que se dejaba acariciar por la mano humana, y ella decidía volver a la moto de los amigos, a las guitarras adolescentes, a las canciones y a las caminatas, porque no era ni quería ser una añorante, una nostálgica, y el presente se le imponía con toda su densidad de caminos calientes y amigos hermanados por un mismo color serrano y saludable, y él estaba lejos o quizá ni siquiera existía. Él era solamente un veneno que el navegar de la sangre le traía de pronto a la memoria, al corazón, al cuerpo todo. Larguísimo verano, en cuyos matorrales ardía un sol de perennidad que hacía inmortales a los lagartos y tediosas a todas las demás criaturas. Faltaba mucho tiempo para que las llaves de los chalés girasen melancólicamente, definitivamente, en las blancas cancelas, hasta otro año. Larguísimo verano que iba acuñando el corazón de la muchacha, envejeciendo su juventud, rozando las costuras descoloridas de su pantalón ya no azul.

Manos de muchacho, corazón alcohólico y solitario a mil treinta metros sobre el nivel del mar, en la sierra de Guadarrama, bajo un cielo trimestral e infinito, con el cuerpo cansado de excursiones en moto y largas caminatas, y terraplenes, y madrugadas. ¡Ah, la que el rey, antiguo y enlutado llamó “salubridad melancólica” del lugar...! En su melena densa y corta, en su rostro de niña rebelde, en su cuerpo largo e indiferente, aquella salubridad melancólica que iba dejando el corazón borroso y desazogado como los espejos del interior del monasterio. “Al regreso le buscaré, diré a algún amigo que le llame, o quizá mi hermana, otra vez...”. Pero se proponía no hacer nada de eso. El lento paseo angosto y arbolado, sombrío, con letreros de ocasión, carteles, sillas de bar, tertulias, piedras, una fuente, llenaba con las campanadas inmensas y conventuales, y luego las iba desaguando hacia el crepúsculo, como un caudal sólo de rumor discurriendo por una acequia melancólica. Empezó a reconocer que estaba enamorada.

Pero la capital bulle de otro modo, ha abierto sus toldos redondos y se deja mirar por los turistas y tiene el verano preso en sus mil calles, que despiertan malhumoradas y seestean hasta media tarde y salen de la siesta con un deseo perverso, como resto de los malos sueños, con un resabio que va encendiendo luces viciosas en ciertas esquinas, en ciertos jardines, sobre ciertas puertas, en determinados rincones refrigerados y melódicos.

Él ha andado de un lado para otro, por la habitación, tomando y dejando el libro, entrando a ducharse, escuchando el rumor de la calle, empapándose de presente, de gritos y urgencias, como ese pregón de la pescadería que exhibe su resaca de sal, su botín de peces con ojos de vidrio, o el aroma huertano de las fruterías, las banastas

que empiezan a pudrirse al sol, la ropa arrugada del día anterior, cómodo el uniforme mismo de la libertad, la facilidad de salir al pasillo, cerrar la puerta, olvidarse deliberadamente de algo, bajar la escalera, contemplarse un momento de refilón, en los espejos del portal, con esa imagen todavía del día anterior, viviendo así la ilusión de que es el día de ayer el que vuelve a empezar, que detrás del martes no viene el miércoles, sino otra vez el martes, para la piscina, el sol, la calle, la noche.

Pero la recordaba. Anduvo callejeando, imaginando cosas, pensando en tomar un tren, uno de esos trenes de cercanías, cuarteros y tardos, que llevan a ella, y por fin llegó a la piscina, donde primero la buscaba a ella, en todas, entre todas, no por encontrarla, que sabía que no la iba a encontrar, sino por imaginarla. El sol de agosto en la carne tendida, un agua de colores falsos, las noticias de los periódicos; al borde de la piscina, sobre la estera que sustituye a la arena de la playa, unas gafas de sol, la música torrefacta del altavoz, gritos, y niños, ese vago paganismo con más hermandad que grandeza, esa socialización del desnudo del semidesnudo, que supone toda la desacralización del cuerpo, y también, por supuesto, viene a ser lo mismo: su absolución definitiva. La piel femenina, la piel masculina, pierden significado, son ya una piel destatuada que ha dejado los signos del erotismo en el agua común de la piscina, y él pasea entre la enorme vegetación humana, entre la gradación que va del cobrizo intenso al blanco sonrosado, y el bosque de los colores se pone en pie o se tiende ante él.

Son como una raza final o como una raza germinal. Algo a extinguir. Algo a desarrollarse infinitamente, a multiplicarse en una alucinante y sucia proliferación. Pero es la hora de las paellas y la gente almuerza bajo los grandes árboles envejecidos, y el agua se queda sola, como un tibio cadáver, mientras todo este panteísmo menor y decadente se nutre de bebidas blancas y se protege del sol con cremas y sombreritos. Se encontraba muy solo en la piscina, tras el marco de la contemplación, porque una vez habituados sus ojos a la diversidad, a la movilidad, a la sorpresa siempre posible del cuerpo humano, diversidad, movilidad y sorpresa eran ya un estatismo, como un friso donde quisiera representarse lo diverso, lo móvil y lo sorpresivo del cuerpo humano. Pero sólo como un friso.

Eran las horas de pensar en ella, bajo el anonimato del sol o en el incógnito de la sombra, porque una vez que la alegre irregularidad y proliferación de la vida se ha reducido a unidad confusa y sin valor, a un todo determinado o indeterminado, el alma de él, necesitada de comunicarse, no anhela ya descubrimientos, pluralidades, sonrisas, labios, manos, pasos, palabras, sino que puede hacer con todo eso una bola como la bola de papel de periódico que acaba de modelar entre sus manos y no sabe adónde arrojar. De la humanidad, inevitablemente, acaba importando un solo ser. Él amaba la libertad, pero quizá no servía para la diversidad. Diversidad, sirena de la vida; elegir es limitarse, etcétera, se dijo, según había leído una vez en algún sitio, pero le bastó con la hermosa sonoridad de la frase para satisfacer su anhelante deseo de libertad.

Pensaba en ella. Salió de la piscina. Manantiales de penumbra hasta la media tarde. Todas las mujeres se parecen a todas ellas mujeres. Y piensa que ella le piensa, y quiere sentirse pensado, y a veces, con larga tensión cerebral, lo consigue, pero esto acaba dando sed, de modo que pide otra coca-cola y pasea luego por calles polvorientas, entre las alegres comadres del verano, o entra en un cine y se convierte en una sombra henchida de olor a desinfectante mentolado, hechida de colorines publicitarios y palabras convencionales que suenan en la pantalla, donde transcurre una vida reproducida a tamaño real de la vida, lo cual le da a todo —sentimientos y actitudes— un gigantismo que lo falsea, como falsean a los prohombres esas estatuas ciudadanas que los iconografían con dos metros y medio, tres metros de estatura, y que sólo pueden mirarse de lejos, muy de lejos, para que la perspectiva urbana los encaje debidamente, porque de cerca resultan monstruosos y no tienen nada que ver consigo mismos. Pero el gigantismo del cine es su fuerza, y él, que no sentía interés verdadero por su propia vida, se dejaba ganar por las vidas de la pantalla, al contrario de lo que le ocurre al espectador sencillo, que hace un todo cine-vida-cine para tener su existencia más poblada.

La siesta a los ojos abiertos de los programas dobles, el rito a oscuras de la sesión continua, el público de verano, con el olor de sus exudaciones en torno, como una aureola pobre, o el olor de sus perfumes, como una aureola privilegiada.

Él sentía que se había quedado sin vida propia, sin plan a seguir, sin conducta, entregado al recuerdo de ella y su necesidad, y en este vacar de sí mismo venía a ser invadido por las vidas de las gentes, por sus actos y sus costumbres, por su existencia de cine, cafetería y metro, todo lo cual sólo se despejaba a última hora, bien entrada la noche, en conversación con cualquier amigo o en soledad por una calle, en la barra de un último bar con música, con los espacios oceánicos de la ciudad sin sus ciudadanos —tres y media de la mañana—; cuando algunas calles estaban ya regadas, olorosas a subsuelo, y él regresaba a casa, cansado, vacío y con sueño, doblando y desdoblando el nombre de ella, que se abría en dos, como el ciego que abre y cierra un libro en el que no puede leer. Sentirse el pelo suave o polvoriento, sin la caricia necesaria; sentirse aquella melena olorosa ya a todo un verano, perfumada como un matorral de la sierra. El cabello azotado como una bandera, en los paseos en moto, por el viento y la velocidad; el cabello ni claro ni oscuro, ni largo ni corto —“¿Por qué no te tiñes?”.

“¿Por qué no te cardas?”—, enmarañado de sueños por la mañana, lavado luego en el pilón de la huerta, secado al sol, como un maíz femenino bajo la caricia masculina de la luz, peinado o despeinado, rebelde, irregular, cayendo siempre a un lado del rostro. Aquella vieja fotografía en que la tomaron desde arriba, y su rostro, vuelto a mirar hacia la cámara (no había tiempo de sonreír —aun siendo tan pronta su sonrisa—), y sus ojos, sus ojos que ella, ahora se sentía, en la quietud del estío y del campo; sus ojos, que le divertía considerar pequeños, se agrandaban en la foto, con la atención y la sorpresa.

Sentirse las sienas latientes y azules, los pómulos como una donación involuntaria y

frutal que nacía de su sonrisa; la boca, joven y quemada; sentirse los dientes fuertes y blancos, firmes y solitarios en su blancura, bajo aquellos labios con sabor de tabaco, y el cuello fácil y girador, y los hombros anchos, como de muchacho, y los largos brazos un poco torpes, y el cuerpo largo y como indiferente, y el suave y súbito poder de las rodillas, que se redondean al ser dobladas, bajo el pantalón de tela gastada, vaquera, ex azul, polvoriento. Sentirse los pies un poco grandes, el pisar sin gracia, todo lo que en ella había de atlético: “Estar en forma, debes estar siempre en forma”, decía el entrenador de balonmano. “¡Ah, y no fumar tanto!”.

Sentirse sola.

Encendió otro cigarrillo y se tendió en la hamaca, bajo la sombra escasa de las tres de la tarde, cerrando los ojos para verse en la conocida morada de lo sabido, en el ámbito poblado y tedioso de los recuerdos que traía hasta los veranos repetidos de aquel chalet veraniego su clima de inactualidad, su tristeza infantil y familiar, los olores y las sensaciones que los sentidos rechazan ya, mansamente, porque son una repetición sin sorpresa de algo ya vivido: un aroma de flores diversas unificado por algo polvoriento que estaba en el aire o en la memoria: el chillido peculiar de la puerta trasera, el golpe de la cancela, amortiguado por la herrumbre, las conversaciones lejanas del padre, la canción perdida y suspirante de la madre, entre el laberinto de las faenas caseras y las habitaciones; el bullicio fuerte de los hermanos, la alegría de las hermanas, como unas hermanas de novela, como las “mujercitas” de la señora Alcott, pero con camisa de cuadros téjanos.

Sentirse solo.

Sentirse el peine en la cabeza, todas las mañanas, como la reja de un arado mental que va poniendo las ideas paralelas y en orden, y el jabón en las orejas, en los ojos, el agua en todo el cuerpo, el chaparrón optimista de la ducha, el naufragio de las facciones en espuma de jabón, espuma blanca y compacta que de vez en cuando deja asomar una cara de payaso pintado de blanco, y el inútil vigor derrochado en frotarse deportivamente con una toalla todo el cuerpo, como para estar muy en forma cuando no hay ningún campeonato que ganar, o ese rito pueril del agua de colonia, para olerle bien a la nariz inmensa y oscura de la ciudad, porque ninguna nariz en particular va a darle nombre propio, a transmitirle un nombre propio a un cerebro, a un corazón, a alguien atento y enamorado, a ella. Sentirse el exceso de la nariz propia y el cansancio de los ojos y la barba triste y pugnaz, creciendo segundo a segundo, como hierba de cementerio, en briznas que la maquinilla eléctrica se va llevando en su remolino zumbador, y que luego hay que expulsar a soplidos del pequeño mecanismo o mediante el cepillito de largos hilos negros y duros, grasientos. Sentirse las manos vacías y el cuerpo de sobra, poblado de un vello que le da al pecho cierta cualidad de mapa con hierba verdadera. Podía cortarse las uñas o no cortárselas, podía afeitarse, podía salir a la calle o permanecer durante una semana tumbado en el lecho; días, temporadas en que él tenía la sensación clara de su gratuidad.

“Claro que no me costaba nada tomar el tren y plantarme allí”. Pero la sensación de gratuidad puede ahogar los impulsos más verdaderos.

—¿No sales de veraneo?

—Para qué.

El verano de la meseta consigue a veces una peligrosa uniformidad en que los días azules suceden a días azules, las noches son un breve y refrescante trámite para que en los bares pongan las sillas patas arriba a ver si se les va el mareo de ver pasar gente. A la mañana siguiente, es el día anterior el que vuelve a empezar. Dentro de este paraíso sin tiempo, él se sentía innecesario y errante; necesitaba cambiar y cansarse, ir a los barrios oblicuos de la ciudad, aquellos en que unas calles suben al encuentro de otras y otras calles bajan innecesariamente para luego volver a remontarse. Los paseos por la ciudad, el calor, el mareo, la irrealidad de lo tan

inmediato y evidente; bares con mariscos, tabernas con radio y ventilador, botijos nocturnos, tranvías poblados de los vacíos que habían ido dejando las sucesivas masas de viajeros, al apearse acababan produciéndole una sensación física de contactos, de límites, de contornos. Ya había algo que hacer: descansar.

Y se iba a casa a dormir.

Vivir en el recuerdo de otra persona es vivir el ideal de uno mismo, saberse reducido a la línea escueta de la posible perfección humana, ahilado e impecable, un poco fantasmal, pero translúcido, sin balbuceos, con la belleza de lo inexistente. Quizás él vivía así en el recuerdo de ella; quizás ella vivía así en el recuerdo de él. Nunca nadie es tan puro, nunca nadie tan su propio ángel como cuando es recordado con amor.

Hay una lluvia blanca y amarilla que los árboles de ciertas calles céntricas van dejando sobre el asfalto, hay una nevada dispersa y vegetal que prepara sus honras fúnebres al verano, y si se aspira bien, profundamente, ese grato aroma dulzón de las vías arboladas, acaba uno oliendo a capilla ardiente, a flores de muerto, a entierro de niño o de virgen.

Pero él apenas si contaba los días, y sus sandalias deshacían distraídamente todas las mañanas aquella blancura caída e inadvertida. Era el otoño lo que se estaba fraguando en las copas de los árboles, que pronto contagiaron al cielo de su precaria enfermedad, y él se ponía la primera ropa del otoño anterior: una prenda de punto, oscura, con el cuello cerrado y las mangas largas, con ese olor a uno mismo en que uno puede encontrarse, inesperadamente, mejor que en todos los autoanálisis; y ella paseaba entre las sillas vacías de la tertulia ya ida, de las tertulias de veraneantes, mientras las cámaras de los últimos turistas iban robándole al paisaje serrano los últimos pedazos estivales. Los últimos rectángulos —seis por nueve, máxima luminosidad, objetivo modificado, etcétera— de cielo claro y monte duro y cartulina mate o brillante y película muy quemada o poco quemada. Con aquel suéter del año anterior, oliéndose al que él era el año anterior, tratando de borrar esta imagen olfativa con un exceso de agua de colonia, de loción de pensamientos y referencias de última hora, acudía aquella tarde de septiembre a una de las primeras conferencias del nuevo curso. En el autobús llevaba consigo un vago presentimiento. Y cuando la confirmación se produjo, entre los saludos postestivales, entre el ingenio caedizo de los jóvenes intelectuales y los maduros intelectuales, entre el manso hacerse y deshacerse de grupos melancólicos, otoñales, tristes o alegres, pero envueltos en una sombra general que apagaba risas y frases brillantes, cuando la confirmación se produjo; sí, él, que tanto la había esperado, se sintió dentro de la novela de la vida, viviendo un capítulo previsible, agobiado por el mazo de páginas que todavía quedaba por delante, como efectivamente deben de vivir los personajes de las novelas gordas dentro de sus libros. Mas, por otra parte, su inextinguible revanchismo, su necesidad de dominio, su “arriba, arriba voy, tan alto como el sol”, que oyó alguna vez en un cine, que le cantaban, cuando niño, a un rey antiguo, se sintieron recompensados, reconfortados.

Fue por boca del muchacho de la barba rubia. “Que quiere verte. Saldremos los cuatro”. Los cuatro eran ella y su hermana, él y el muchacho de la barba rubia. El muchacho de la barba rubia iba y venía, saludaba a unos y a otros, abrochaba y desabrochaba sus botones universitarios, reía.

El muchacho de la barba rubia hacía confidencias momentáneas a un grupo, arrancaba carcajadas del oído de una muchacha solitaria, formaba grupos, doblaba y desdoblaba papeles, y él siguió la actividad del muchacho de la barba rubia, durante toda la velada, con ansiedad, con prisa.

—¿Tú crees que...?

—Estate seguro.

Y al final se quedaron solos y se alejaron juntos. Él había procurado que ocurriera así. El de la barba rubia le contó historias, le explicó lo del verano, que había sido muy

divertido: descapotables, Europa, lío en la frontera, en no sé qué frontera; una noche en Benidorm. “¿Y tú, qué, todo el verano aquí?”. También habló del nuevo curso, maldijo a un catedrático. “Yo creo que le gustan demasiado. Y precisamente la mía; lo mato, te juro que lo mato”. Hizo planes de estudio, habló de apartamentos, “un apartamento es fundamental para hacer lo que te dé la gana y dar fiestecitas”, ni hablar de pensiones, ni hablar de colegios mayores; guiñó un ojo, se acarició la barba, “a ese tío, te juro que lo mato”, y él le escuchaba sin decidirse a insistir, con miedo de que se le notase ¿el qué?, y con miedo también de que el otro pudiera echarlo todo abajo con cualquier pequeña rectificación. Pero el otro reafirmó:

—Te lo digo por encargo de su hermana. Saldremos los cuatro.

Ahora es cuando se sentía dueño de todo el verano que acababa de morir, ahora es cuando tenían sentido para él las músicas tórridas y los bailes al aire libre, y los merenderos, y las mañanas de la piscina, y todas las chicas vistas y no vistas, miradas como si fueran ella, por ver hasta qué punto la voluntad de una mirada puede convertir a una persona en otra.

Había empezado a llover a la hora del almuerzo. Era una tarde lluviosa, parda, inverniza ya, donde lo que se agradecía eran las repentinas ráfagas del otoño —el otoño, sí, como un verano enfermo— que a veces traía el viento, abriéndose paso entre la lluvia, como quien despeja a una multitud. Él, aquella tarde, la tarde señalada, incapaz de estudiar, se fue con el libro a una cafetería, a un bar, a un rincón que, en cierto modo, era o había sido de los dos, pero no lo hizo por sentimentalismo, pues iba verdaderamente dispuesto a estudiar —dos asignaturas pendientes, “ustedes piensan más en la política que en sus carreras; o en el sexo, sí, ustedes sólo piensan en el sexo”—; pero no dejó de mirar de vez en cuando hacia el sitio sabido, hacia el ángulo de otro tiempo. Y tuvo, empero, el dominio suficiente para leer y leer páginas, para volver atrás y no dejar de hilvanar en su pensamiento una sola línea del texto, si bien todo esto lo hacía como mantenido en el aire sobre la certidumbre de la entrevista que iba a tener lugar una hora más tarde —¿cómo sería el reencuentro?—, igual que cuando soñamos y soñamos, con un sueño ligero, voladizo, sobre la certidumbre evidente de que estamos durmiendo y nos aproximamos al despertar. Hay un estado de lucidez que puede conseguirse por la voluntad, por la atención, pues este esfuerzo produce un cansancio, un relajamiento de todas las otras potencias en tensión que acaba dejando claro el cerebro para cualquier idea. Es una actitud pasiva, pero inteligente, de lamento, como cuando alguien recibe un impacto anímico muy fuerte, y tras la excitación y la laxitud, el cerebro queda despejado y lo entiende todo, se entera de todo, y así es como una persona puede hacer de anfitrión, con mayor exquisitez que nunca —incluso la más burda persona—, el día en que tiene en casa, de cuerpo presente, a un ser querido: el padre, la madre, el hijo, la esposa, el marido... La capacidad receptora del cerebro supone generalmente una tensión nerviosa, pero lo que surge tras un fuerte choque o una gran fatiga es un manso amanecer de lo mental, sobre el derrumbe físico. Sólo que él se estaba anticipando al impacto del reencuentro, como si lo hubiera recibido ya, y, vencida la tensión de todo un verano en que le hubiera sido imposible estudiar, lo hacía ahora con ligereza, con naturalidad, porque había conseguido dominar el nuevo enervamiento psíquico de la proximidad del reencuentro, y estaba sin fuerzas; eso es, sin fuerzas, y el cigarrillo entre los dedos o el sorbo de café eran los únicos indicios corporales que le daban referencia de sí mismo.

Nunca, quizás, había estudiado con tan extraña lucidez. Pero, inevitablemente, cerró el libro antes de la hora previamente calculada, se traicionó a sí mismo, clausuró de un golpe aquella lucidez echando medio millar de páginas sobre el otro medio millar de derecha a izquierda, y luego, como para desmentirse la impaciencia, actuó muy despacio, apagó escrupulosamente el rescoldo de lumbre en el cenicero, abrochó despacio su chaqueta, miró a todas partes, ensayó un vistazo indiferente para el sitio

que había sido de ambos, se entretuvo en recolectar calderillas por los bolsillos para completar el importe de la consumición y una discreta propina, mientras repetía mentalmente las últimas frases del texto, las últimas frases leídas, y se decía a sí mismo, desde más adentro, que estaban claras, perfectamente claras.

"*Ion* es, tal vez, uno de los diálogos de Platón que han suscitado más discusiones acerca de su autenticidad entre los comentaristas modernos. No solamente su lenguaje y estilo, sino hasta su arquitectura y aparentes contradicciones han dado fundamento más o menos estable a sus detractores (Goethe, Bekker, Schleiermacher, Ast, Zeller, Ritter, Wilamowitz, en un principio) para negarle la gloriosa paternidad que otros comentaristas no menos ilustres (Hermann, Nitzsch, Stallbaum, Dummler, Stählin, Meyer, Comperz, Méridier...) no dudan en reconocerle".

Y se repetía la lista de los detractores y los defensores de la paternidad de Platón con respecto del diálogo *Ion*, como antaño repitiera la lista de los reyes godos, en la escuela. Apenas si llovía en la calle.

"Naturalmente; incluso yo podría hacer una tesis sobre esto, quizá, probando que cuando Platón...", se dijo. Goethe, Bekker, Ast, Zeller, Ritter y, por otra parte, la legión de los propugnadores, Hermann, Nitzsch, Stallbaum, Dummler, Stählin, Meyer, Méridier, etcétera (siempre se le olvidaba alguno), dudaron con él entre bajar al metro o esperar a un autobús —"si hubiese traído paraguas; pero es ridículo aparecer con paraguas, después de tanto tiempo como hace que no nos vemos"— o, tomar un taxi —"no, en todo caso, el dinero del taxi lo reservaré para luego, para cuando vaya a algún sitio con ella"—, hasta que por fin se decidió —en realidad, es lo que había hecho en todo momento, pasando de largo por la boca del metro— a caminar despacio, aunque el bar de la cita estaba bastante lejos, para irse tranquilizando —¿tranquilizando?— y llegar con más apariencia de naturalidad. "Todavía hay tiempo".

Pero la verdad es que se le iba haciendo tarde y estaba ya dispuesto a tomar cualquier vehículo o a meterse en una boca de metro, y si no lo hacía era porque el fino cuchicheo de la primera lluvia del otoño le producía en algún sitio, en alguna parte de su persona —en el rostro no, el rostro lo llevaba mojado y calenturiento—, un raro bienestar.

Los detractores y los defensores de la autenticidad de *Ion* se iban quedando atrás, rezagados en su mente, y ya no era un hombre lleno por la compañía de difíciles nombres europeos, de bellas y cultas complicadas ortografías, sino un caminante solitario entre los guardias con impermeable blanco, y la neblina que había tejido la lluvia en el aire, y el rumor de los automóviles, y el rumor...

Ella, en el diván forrado de cuero, fumaba en silencio.

Su hermana y el chico de la barba hablaban y reían, se invitaban mutuamente a coñac, se jugaban la consumición a los dados y a los "chinos", consultaban el reloj de vez en cuando. "No te apures, que estará al llegar". El coñac, el tabaco y el café eran dentro de ella como el oro, el incienso y la mirra de una solemnidad que sentía vivir en alguna parte, dentro de su cuerpo, quizá porque el bar estaba triste, fluorescentemente triste, y los tranvías cruzaban por delante de la ventana destrozando la lluvia, y había en la calle gente apresurada con paraguas.

Estirando un poco el cuello, podía verse en el espejo que, como un zócalo, recorría a cierta altura la pared de enfrente, bajo el ventanal, y se encontraba a la estudiante de todos los inviernos, como si no hubiese habido por medio un largo verano, un tedioso verano, un excitante y oloroso verano bajo los pinos y a la hora de la resina, y las chicharras, y las cartas —aquellas cartas, aquellas cartas...—, que nunca debió dejar de echar. "Ahora sería todo más fácil". No, más fácil, no.

Se recuperaba a sí misma —odio aquel pueblo, odio el verano—, pero sin la alegría que hubiera esperado o deseado. Esto le ocurría todos los años. No era tan maravilloso meterse de nuevo entre las sábanas tristes, a estudiar, a compartir el vino del

conductor del autobús universitario, que repite ya y siempre las mismas cosas, ni había sido tan desesperante tener todo un día disponible, grande e informe para correr en moto, fumar en el jardín, leer, escribir cartas, estar a solas.

“Lo que pasa es que no sabes lo que quieres. Le debe de pasar a todo el mundo. Pero, entonces, ¿por qué haces tanta tragedia?”. Y se llamó estúpida una vez más. Y luego cretina. Pero “cretina” era una palabra divertida, que le hacía sonreír interiormente, exteriormente, y su genio guasón, el fluido destructivo de su risa, afloraron inmediatamente, de modo que ya no pudo seguir tomándose en serio —siempre le ocurría así—, y ahora se llamaba cretina, por dentro, pero con diversión y sin dolor, sin apenas dolor. “¿Cuándo llegará ese cretino?”, dijo en voz alta.

Los otros dos rompieron a reír.

Por un momento se había generalizado la juega. Eran algo así como tres camaradas. ¿Camaradas de qué, en qué? Camaradas en nada. Pero se divertían juntos. Y el de la barba volvió a iniciar la partida de dados, apartando un poco más los libros de texto que habían sobre el mantel.

—Ponlos en esa silla.

Y él los puso en la silla, porque le molestaban y los rozaba con el codo, al agitar el cubilete de cuero, sobado y duro, negruzco en las costuras, con los dedos dentro.

Ella fumaba otra vez en silencio y de vez en cuando atendía a las jugadas, por encima del hombro del muchacho que se inclinaba mucho sobre la mesa, y la mano de su hermana le tiraba de la barba al chico y ella volvía a hundirse, a deprimirse, a quedar por debajo del nivel de las aguas del presente, como su cabeza desaparecía de las aguas del espejo-zócalo si ella no permanecía muy erguida, y los tranvías cruzaban por delante de la ventana, destrozando la lluvia de la calle, en la que había gentes apresuradas con paraguas. “Claro que podía estudiar un rato mientras llega”, pensó.

Se había abierto la puerta del bar. Entró él.

Los otros dos se fueron en seguida. Habían sido unos minutos de sonrisas, de palabras a medias, de diálogos desflecados que no llegaban a tejer un verdadero y sostenido diálogo. Ella le miraba fijamente y él rehuía esta mirada, la sentía como algo grato y molesto a la vez.

—Siempre poniéndote cosas raras.

Alguien había aludido a su ropa de aquella tarde, a su extraña manera de vestirse aquella tarde. Quizá fue ella. En todo caso, reaccionó a tiempo, disimuló la timidez con un golpe de eso que el padre o la madre de cualquiera de ellos hubiera llamado “una grosería”. En realidad, los cuatro jugaban a esto, jugaban a esto, que es un juego muy de los veinte años de hoy, o de los veinte años de siempre. A decirse cosas ofensivas que ya no ofendían a nadie, para desabrochar así los incómodos botones de la etiqueta, de cualquier clase de etiqueta, para hacer saltar los botones de los circunspectos chalecos de papá, y vivir así más holgadamente, menos convencionalmente, o dentro de un nuevo convencionalismo, que era éste, de la camaradería falsa o verdadera. No absolutamente falso, empero, como tampoco lo era la cortesía de papá o de mamá. La farsa social nunca es absolutamente farsa, sino la caricatura de una verdad. Y, sobre todo, que los hombres y las mujeres ponen tanto empeño en vivir la mentira de las formas —o de las antiformalas—, disfrutan tanto dentro de ellas, que las hacen verdaderas. Esto era lo que él pensaba mientras le decía a ella: “Estarás trompa, como de costumbre, porque es que no te aclaras”.

Al fin y al cabo, la misma fórmula de los mozos y las mozas del pueblo que se reúnen los domingos en la Puerta del Sol. Una apelación al insulto para soslayar la cortesía —que se considera hipócrita— o esconder los sentimientos, que nos avergüenzan, a todos un poco o un mucho, excepto a las madres y a las señoritas menopáusicas. Y él se sintió patán y ella se sintió tímida, una vez más, y sólo les quedaba la risa a los cuatro para decir barbaridades del camarero o maldecir una y otra vez a cada jugada

de dados; la risa, como una espuma de jabón con que frotarse unos a los otros hasta quedar irreconocibles.

Mas cuando ella y él quedaron a solas se produjo un largo silencio.

Era ya de noche y se fueron de allí porque no tenían nada que decirse o porque necesitaban estar en movimiento, mezclarse con la gente de la calle, cruzar pasos de peatones, esquivar automóviles, para ser menos ellos y atenuar el monumentalismo interior que los tenía a ambos como anonadados, aunque nada hubiera podido, en uno ni en otro, dar señales de esto.

—Te escribí algunas cartas.

—¿Cartas? No las he recibido.

—Claro. No llegué a echarlas.

—Qué tontería.

Fueron a parar a un lugar más íntimo que el bar de la cita, a un sótano con música y gentes alegres y jóvenes negociantes que hablaban en la barra con señoritas muy peinadas y un camarero que tocaba las maracas acompañando el ritmo del disco que sonaba en todas partes y en ninguna, y se sentaron en un rincón donde ella pidió un cubalibre y él una ginebra; volvieron a permanecer en silencio mientras él dudaba sobre lo que debía decir. Sobre todo, acerca del tono. “Se reirá si me pongo novelero”. “Puedo herirla si me hago el indiferente”. Ella tampoco encontraba nada que decir y ambos comprendieron, tácitamente, que lo mejor era volver a la risa, a quitarle importancia a aquel reencuentro. Él procuró hilvanar algunos chistes sobre las repeinadas señoritas de la barra y ella le repitió una vez más que tomaba copitas de ginebra, como los viejos, “porque le asentaban el estómago”, y recordaron juntamente, pero sin decírselo, que él le había explicado una vez a ella: “Tomo ginebra porque es digestiva”. Y ella se había reído mucho y le había preguntado que si el whisky era digestivo y que si el ron era digestivo y que si el vodka era digestivo y que si el tintorro era digestivo, y a cada nueva pregunta ella se reía más y él se ponía más serio, hasta que acabó abriendo un libro y dedicándose a estudiar, muy fruncido el ceño, lo cual a ella la desconcertó y le hizo replegarse a un rincón hasta que él levantó la vista del libro y le preguntó si estaba enfadada. Había sido quizá la única tarde en que se comportaron como unos novios novios, como cualquiera de los miles de parejas de opositores y empleadas, de estudiantes de licenciatura e hijas de familia que paseaban por la ciudad al atardecer y entraban desgánadamente en un cine o en una cafetería, compartiendo un paquete de caramelos o una cajetilla de tabaco rubio y enfadándose alternativamente el uno o el otro.

En los altavoces de aquel sótano en penumbra sonaba “El manisero”, y el camarero que movía las maracas junto a la barra tenía un suave balanceo y una sonrisa indefinida que abarcaba a todos los clientes, y de pronto, ella se encontró con la cabeza apoyada en el hombro de él, y a él se le escapó una frase que no supo si estaba bien o mal, si debía o no debía haberla dicho: “Estaba seguro de que volverías”. El manisero se iba y se iba y el altavoz ya no tenía fuerza para retener el pregón lejano y meloso del manisero, y el camarero de las maracas se mecía muy tenuamente y las maracas sonaban como un sutil cernedero de la música, y ella pareció aceptar aquello de que él estuviera seguro de su vuelta, de su reencuentro, de su llamada.

—Sí, claro, tú siempre estás seguro de todo.

Pero ya no había reproche en aquellas palabras. Estuvieron mucho rato con las manos juntas mirando la botella mediana de coca-cola y el vaso con un resto de ron, espuma marrón y hielo, y el otro vaso, con un resto de hielo y ginebra, transparentándose el uno al otro, transparentando el hielo a la ginebra y la ginebra al hielo, en un doble juego de transparencias de los cuerpos no opacos, en una grata profundidad enjoyada, ártica y como de cristal de aumento. Bastaba con eso.

—Has hecho mal en no escribirme.

Y él se complacía en imaginarla, bajo los pinos, bajo el sol de la soledad, dibujando una carta sincera y confusa, una carta de colegiala perversa, que le hubiera llenado todo el verano, todo el solitario y rememorativo verano, ya ido para siempre, sonando aún los últimos altavoces, en las últimas lejanías, como el pregón del manisero.

—Qué tontería. Nunca pensé echar aquellas cartas.

—¿Por qué?

—Las rompía en seguida.

Y ella recuperó su verano en la sierra, sus tardes en silencio, sus cartas breves y nerviosas, aquellas cartas que eran siempre la misma, rota y vuelta a escribir con otras palabras o parecidas, o con las mismas palabras. Y pensó que no era un verano absolutamente perdido, que también había sido hermoso pensar en él de lejos, muy de lejos, llevarle dentro, en el recuerdo, como un confidente con quien se reía de los otros muchachos, como un secreto.

—¿Cómo un secreto?

Aquella tarde, aquel anochecer, en el sótano con música, no dudaron de su amor, no sufrieron la tibia decepción del encuentro ni tampoco tuvieron valor para entregarse a la efusiva verdad que los unía.

Fueron otra vez los balbucientes enamorados que volvían a asustarse de aquel amor demasiado importante, de aquel sentimiento con excesiva fuerza específica, de aquella energía que apresaban entre los dos, sintiéndola a punto de estallar, incrementando su densidad por la velocidad de la luz, como en la fórmula einsteniana que él o ella habían estudiado alguna vez en algún sitio. Tenían miedo de quererse y no se lo decían. O miedo de que aquello no fuese verdad. Falta de fe, en todo caso.

—La gente, por ahí, se enamora.

—Vete tú a saber...

Prefirieron quedar en silencio, vivir aquellas horas, muy pocas, del reencuentro; respirarse, estar uno junto al otro, tomar conciencia de su cercanía, acompañarse. ¡Qué rara necesidad de compañía!

Si charlaban demasiado, si se contaban cosas, si se distraían con el ir y venir, y el bailar, y el bromear de las gentes de aquel club, pronto les venía, simultáneamente, algo así como una especie de arrepentimiento, una sensación de estar perdiendo, derrochando minutos preciosos, dejando en hueco espacios que anhelaban llenar el uno con la presencia del otro. Él pensó que todo sería mejor más adelante, cuando hubieran vuelto a lo habitual, y se dijo que era inútil tratar de vivir ahora toda la intensidad y toda la emoción del estar de nuevo juntos, porque estas cosas sólo se viven de verdad después, de un modo rumiante, pasado el tiempo, en la memoria, en la imaginación, y pensó en explicárselo a ella; pero le pareció todo estúpidamente sutil para ser explicado, porque temía, ante todo, intelectualizar aquel amor, o lo que fuese, tan espontáneo, tan reteñido de la elementalidad de ella, tan sincera o artificioosamente brutal en ocasiones.

Así fue como salieron a la calle y buscaron un taxi y hablaron de que se les hacía tarde, y con la prisa y el apremio de los últimos minutos, dentro ya del coche, la urgencia de llegar a casa a una hora correcta parecía liberar la energía secreta que entre ambos acumulaban, como si aquella modesta velocidad fuese la velocidad de la luz al cuadrado por la que se estaba multiplicando la densidad de sus sentimientos. Y el cabello de ella empezó a olerle más intensamente, y la voz de él se hizo a ella más envolvente que nunca y eran dos sombras a punto de extinguirse en el espejo retrovisor del taxi; dos sombras asesinadas por miles y miles de luces, reflejos, por otras sombras igualmente raudas. Dos sombras o una sola sombra que la noche abrió en dos, disgregó, huido ya el taxi con su luz verde, como una seña a nadie; una sola sombra bifurcándose en dos, una cita para el día siguiente, un sabor otoñal en la lengua joven.

Entrar de la mano en un nuevo curso, enrollarse el amor en torno de las mejillas, como una bufanda preinvernal; decir o pensar los versos de todos los novios un poco literarios, te recuerdo como eras en el último otoño y aquello tan bonito de los ojos oceánicos, y otros muchos poemas de amor, y tantas y tantas canciones desesperadas y el papeleo de las matrículas; aquí una foto, aquí una póliza, aquí un certificado, esperas ante las ventanillas, miles de alumnos retornando bajo la fronda a aquella ciudad de ladrillo universitario, con un tranvía peraltado que desgarraba el sol de las mañanas, como un esquife.

Ese olor del curso pasado en las aulas, en los pasillos, en la biblioteca; esa hora confusa y cocinera del comedor, las bandejas de madera, la esbelta jarra de aluminio, la prisa estudiantil en torno a un rebrillo de Manufacturas Metálicas Madrileñas, el hervor de aquellos guisos, la emoción ingenua de comer juntos, aquello que parecía o podía parecer un comedor de colegio, pero que de ningún modo lo era —tanta libertad, tanto quitar y poner, tanta prisa y risa—, y la mesa de los conspiradores políticos, y la mesa de los sudamericanos, sombríos y sonrientes, sonrientes siempre, como bajo un porche de sombra colonial; y la mesa de las extranjeras, rubias, siempre con unos chicos de pelo apaisado en torno: descapotable, cuello con pasador, pijama-party, revistas, discos, automóviles, amor, “amor”, ¿amor?, amor: I love you.

La asignatura pendiente pesa como una conciencia, el viejo texto no aprobado está más usado que los otros, abarquillado, tiene hojas desprendidas y acaba contaminando al resto de los libros como la manzana famosa de la banasta, y así hasta que uno es ya un estudiante de cosas viejas, de asignaturas amarillentas, de apuntes desdibujados.

Un mal estudiante.

Te recuerdo como eras en el último otoño, etcétera, y aquel par de horas que se veían todos los días, todas las tardes o al anochecer. Iban poco al cine, muy poco, porque a ambos les costaba trabajo creer en aquellas palabras de la pantalla, en esas palabras coloreadas y convencionales que se dicen en el cine, que pronuncian con artificiosa naturalidad los actores de las películas, y, en cambio, iban cada tarde a una cafetería distinta, descubrían el servilismo de esos locales del suburbio con televisión en el salón y radio en la cocina, cruzándose —receptor de radio y televisor— sus mensajes estúpidos, sus jergas, sus acertijos concursantes y sus músicas, y un camarero viejo, húmedo, silencioso, que los dejaba a solas, muy a solas.

—Tengo que regalarte un disco.

Era la muchacha, que se quedaba despierta en su cuarto hasta altas horas de la noche, en pijama o con un viejo pantalón, mezclando a Bach con Bécaud, a Sinatra con una misa beethoveniana, viviendo esa oscura y suave selva de velos musicales que emergía del disco negro y girador, bebiendo el fino filtro del microsurco, jinetes del espacio capitaneados por Crosby a la luz de las lunas chopinianas; guitarras eléctricas sonando bajo las bóvedas catedralicias de los evangelios musicales de Juan Sebastián, de modo que un día entraron en una tienda y se metieron en la cabina de escuchar música, en una campana neumática, y ella escuchaba atentamente, pero deseaba, sobre todo, que escuchase él. “Eres una débil, la música es una evasión; por eso te gusta. Eres una débil, aunque hagas tanto el chicazo y bebas vino con el tipo del autobús”. Era hermoso no estar de acuerdo en aquello, haber encontrado como campo de las máximas refriegas la tierra de nadie de la música, el terreno neutral de los vagos vihuelistas angélicos, la debilidad de las polifonías y las sonatas de los románticos.

—No tienes ni idea.

Y ella hacía un gesto de desentenderse y él sonreía cruzándose y descruzándose la chaqueta, satisfecho de su tosquedad musical, amigo y camarada del viejo Sinatra, de buena gana le hubiera guiñado un ojo, como le veía a él hacerlo en las películas, pero indiferente al cortejo enlevitado de los Mozarlistzcarlattisibelius...; era hermoso, sí, haber encontrado aquel punto de disidencia.

—Beethoven dijo: “Más amo a un árbol que a un hombre”, y eso me lo hace simpático, pero me tiene sin cuidado lo que escribió.

—Porque eres un hortera.

Salieron de aquella cabina encristalada donde Beethoven, de rodillas, escribía su música para los árboles o para los hombres y la recitaba por los siglos de los siglos. Y ella le dijo que con los clásicos le pasaba lo mismo: que él tampoco amaba a los clásicos, y él respondió que los clásicos eran revolucionarios en su tiempo, y que lo que hay que ser es revolucionario.

—No andarás conspirando con los de la barba.

—Revolucionario de las ideas, digo; no de poner bombas.

De la torre encristalada de Beethoven pasaron a la discusión política de las calles, donde el rumor de los automóviles se llevaba las palabras y era posible estar conforme o disconforme a gritos con lo divino y lo humano. Hasta que se les hizo de noche y entraron en un local cercano a la casa de ella, un local de buen tono, con la penumbra teñida de rojo y unas espesas cortinas delante de las paredes y las puertas —“aquí estamos a un paso de tu casa”—, cortinas que él miraba una y otra vez, pensando que nunca es más misteriosa una cortina que cuando al descorrerla descubrimos que no oculta nada, sino un muro desnudo o encalado. Había música en un rincón y parejas crujientes de compostura, y detrás de la barra una especie de armario de madera, con muchas puertecitas, como celdillas, donde cada cliente habitual podía guardar su propia botella de whisky, o de ginebra, o de coñac, o de vodka.

Ella y él miraban con mucha atención cada vez que un cliente le entregaba su llavecita al camarero de chaleco rojo y éste abría la puerta de madera y dentro aparecía la

botella, quieta y encapuchada, orante, como un monje en su celda, como uno de esos monjes que duermen en pie o como un muerto en su nicho vertical, y el dueño de la botella bebía su licor momificado, fosilizado; su alcohol rezador, monacal; su conventual copa, como un rito. Sin duda, era una argucia para mantener al cliente ligado al establecimiento, pero a todos los clientes les gustaba este juego, y no sólo por lo caro, sino también por lo que tenía de puerilmente clandestino. Ella y él se olvidaban luego del bebedor solitario y se cogían de las manos y se miraban a los ojos, hasta que acababan riéndose de cualquier cosa, en un tono demasiado alto para el diapasón del establecimiento. Y el camarero, el otro camarero, se acercaba con sospechosa y advertidora frecuencia a cambiarles el cenicero, el platito del vaso, cualquier cosa, y decidían pagar y volver a la calle, reír a carcajadas en la calle, aunque, una vez al aire libre, la risa se la llevaba el viento, y caminaban silenciosos, cogidos de la mano, o empezaban a decirse cosas del día siguiente de las clases y los profesores —“mandará al adjunto; a ése no se le ve el pelo”— y se rezagaban en cualquier rincón, en cualquier esquina entre un banco y un árbol, para despedirse. Él tenía tardes de torpeza, de envaramiento, y tenía otras tardes, otros días, otras noches, más alegres, más diversos, y entonces era el que mandaba y lo dirigía todo, y podía comprobar hasta qué punto ella estaba dispuesta a obedecerle y como sin voluntad, y esto le daba ánimos para seguir llevando la iniciativa, aunque siempre la había creído una mujer fuerte o, cuando menos, caprichosa.

El banco en que él se sentó de pronto, pero no de una manera normal, sino colocándose sobre el borde del respaldo y poniendo los pies en el asiento de vieja madera grisácea y gastada. Ella estaba en pie, junto a él, frente a él, muy cerca, y se veían así cara a cara, y sólo tenían por medio el aire fino de otoño, la mano invisible y nocturna de octubre.

Descubrió él que aquélla era una postura cómoda, brillante, segura, y se sentía, en lo alto del banco como en la proa de un barco, desde la que pudiese inclinarse hasta la mujercita que estaba en el muelle despidiéndole a él, al capitán, porque el barco sí cabeceaba lo suficiente en la brisa como para que esto fuese posible. Y ella, de pronto, besó levemente, inequívocamente, al capitán de aquel banco de paseo, de aquel banco de madera gastada y le dijo “hasta mañana”, dando unos pasos hacia atrás y se alejó luego, de prisa, andando ya normalmente.

Él saltó al suelo, lleno y vacío, premiado, pensativo, condecorado, sorprendido, feliz porque aquello no era como otras veces, porque le había encontrado a aquel beso un sentido de cotidianidad, de amorosa costumbre, de sencilla verdad. Era como si hubiese cambiado de pronto el rumbo de aquellos amores, como si todo fuera a transcurrir ya sin las zozobras habituales. Ella había querido decir algo, ella estaba acostumbrándose a él, ambos iban despojándose de todo lo que traían consigo para estar escuetos y puros frente a frente, en compañía y soledad, y aquel beso leve de despedida hasta el día siguiente lo había marcado así de algún modo, por lo que tuvo de sencillo y claro, y él se alejó no sabía por qué calles, no sabía si tarde o temprano, pensando si era aquello lo que deseaba, sintiendo que el aire nocturno traía hasta su rostro una y mil veces el rostro de ella, invisible, pero evidente, y hasta mucho más tarde no tuvo la certidumbre de que en aquella despedida habían llegado ambos a un punto álgido y que de allí en adelante todo podía ser decadencia, claudicación, ruina incipiente, quién sabe.

El coro pálido de las hermanas, aquellas dos casadas, con sus faldas abultadas, el marido todavía llamado por el apelativo pueril del noviazgo, mujeres jóvenes entre la maternidad reciente y el infantilismo de tantos años vividos en el hogar paterno, materno, en confianza y continuidad.

Hogares pequeños, nuevos, quebradizos, enladrillados, que se iban desgajando del viejo hogar familiar como en una subcutánea proliferación de algo entre adorable y viscoso, y las comidas dominicales, con pleno familiar, con anís endulzado por el tiempo para el obsequio de aquellos hijos postizos, anís turbio y pegajoso en que se iba ahogando y disolviendo la fea palabra “yerno”, con su y griega, con su y de yunque, dura, metálica, fría, cortante, difícil. Tristeza y alegría de esa continuidad, de esos insospechados meandros de la consanguinidad por donde unas familias se van anudando a otras familias, en la mansa multiplicación de la especie, para esta sobremesa dominical con naipes y bebidas, con bromas de la infancia que una ternura terca quiere reinventar, renovar, repetir, transitando siempre el tiempo hacia atrás, dejando siempre que la nostalgia de los días felices —¿qué días felices?—, happy days, jour rose, arrastrase la hermosa bandera del presente, los mástiles únicos, reales y erguidos de la actualidad. “Tenías que haber leído lo de Beckett”, hubiera dicho él. O quizá lo dijo alguna vez, cuando ella le contaba estas agridulces soirées gastrodominicales. Pero nada se resuelve con alusiones cultas.

El coro extinto de las amigas, las compañeras, en el que podían entrar las otras dos hermanas, las solteras, su impaciencia matrimonial, su inquietud ante el hombre, tardes de estudio y cafetería —¿tú crees en el amor, tú crees en el matrimonio?—, esas preguntas repetidas a ingenuas, reticentes y a veces morbosas que se hacen siempre las muchachas, las adolescentes, las que en otro tiempo se llamaron casaderas, e incluso tobilleras, con horrible término que tenía algo entre deportivo y carnicero. Ella naufragaba un poco en todo esto, navegaba hacia las dos horas junto a él, las dos horas que la esperaban, que le esperaban, que los esperaban, o regresaba del diario idilio a emborronar de griego clásico una hoja de papel mientras los libros de texto de unas y otras se iban quedando sin fondo, y el café de las tazas, y la cerveza e incluso el whisky iban perdiendo sabor, y ya no había letra impresa ni alcohol destilado, sino solamente una palabra: amor.

Amor. Todo sabía a eso, y algunas le preguntaban a ella, porque conocían o presentían que ella estaba viviendo un verdadero amor.

—¿Un verdadero amor? ¿Vosotras creéis?

—Demasiado verdadero, quizá —dijo la reticente de las gafas bifocales.

Demasiado verdadero. Muchachas que iban escribiendo en los cuadernos de su indiferencia —perfumados cuadernos femeninos, con un billete de tranvía o una dirección masculina entre sus páginas— toda la ciencia de los apuntes, toda la confusa caligrafía de las clases, muchachas a quienes las rozaba el agua de la cultura como las aguas del río pasan sobre las piedras y la pulen y aclaran. Todo aquel caudal de nombres, fechas: Caldea, Calicles, Diodoro de Sicilia, poetarum philosophorum fragmenta, llevaba a un futuro de bibliotecas y solitarias preguntas sentimentales, a un desenlace vegetativo, a un matrimonio por amor o sin amor —“el amor vendrá después”—, a una última reflexión: el amor no existe. Sí que existe, y bastaba la mirada del chico de la barra para confirmarlo, pero en el siglo IV, Macronio y Favonio Eulogio comentaban con el mismo espíritu el sueño de Escipión de *La República* de Cicerón. Es una interpretación de la armonía de las esferas (cf. pág. 87).

—¿La armonía de las esferas?

Muchachas herméticas que fuman y no acaban de encandilarse con eso de la armonía de las esferas, que a mamá le hubiera sonado a música de ángeles, serafines, querubines, dominaciones, potestades y voces blancas de la catedral, ¿de?; de cualquier catedral gótico-barroca de cuantas decoran las provincias españolas, las

adustas capitales de provincia. “La armonía de las esferas”. Si todo fuese así.

—Pues claro que lo es.

—¿No veis a ésta, que está enamorada?

Conque decidieron salir a dar una vuelta y dejar de estudiar. El viento de la calle trae siempre cosas, mensajes, invitaciones a fiestas que se están dando en algún sitio. Si una está enamorada, las otras muchachas la miran, la observan, la contraobservan, porque entonces puede ser verdad lo de la armonía de las esferas, y si eso existe, ellas no quieren perderselo, mas puede ser que no, papá no quiere demasiado a mamá, mamá sí quiere a papá, pero a su manera. Se diría que cumple con él cumpliendo con sus trajes, enviándolos al tinte puntualmente, teniendo las camisas planchadas según la rueda semanal, etcétera. “Pero mi matrimonio será otra cosa”.

Eso decían las amigas matrimoniales, las hermanas matrimoniales, mientras jugaban a bohemia y libertad: “Llevas una semanita, hija; no has salido dos días seguidos con él mismo”. Confusas, sí, confusas, “faltas de dirección”, diría cualquiera con vocación de dirigir.

Y se separaban cada mañana, cada tarde, con los últimos encargos para el día siguiente —“Que me devuelvas pronto los apuntes”. “Me traspasas a ése, cuando ya no te sirva.”— y el último guiño.

Una juventud que seguía reuniéndose temprano. Las extranjeras eran las únicas que salían de noche, que salían todas las noches, bien entendido que las extranjeras no debían creer demasiado en lo de la armonía de las esferas, y Macronio y Favonio Eulogio, allá, desde la lejanía del trescientos y pico, debían de seguir llorando por ellas. Por sus rubias cabelleras libres y llameantes, por su heterodoxia y su reforma y su indiferentismo y su armónica inarmonía esferoidal. Que era precisamente lo que buscaban en ellas los chicos aquellos del Pontiac y el pasador al cuello, lo que hubiera buscado él, como otras veces —sí, como otras veces, perdona, ya ves, qué le vamos a hacer, lo nuestro es lo nuestro—; él, que andaba de la mañana a la noche haciendo cola para el autobús, estudiando en cafeterías, rehuyendo el fondo frío de las pensiones, aquella superposición de cocinas dormidas y alcobas de viajeros de comercio y hedor estudiantil y el viejo compañerismo fonsequista, casatroyano, perezluginesco, con tuna cascabelera y noches de póquer y repóquer. El gran cielo azul de la Universitaria, la luz de las aulas, la sombra de las aulas, los tipos de la barba, un joven poeta sudamericano —“Contento de verle; qué bueno que tú por aquí, recién tomé los poemas que te dije”—, los chicos de la economía, de las ciencias exactas, físicas y naturales, o de las ciencias morales, políticas y económicas, y los poetas mitinescos de Derecho y aquel júnior de Serrano, que conducía con los guantes puestos y entraba a clase como a una recepción, y dejaba los guantes a un lado y los libros a otro, y se miraba las uñas mientras el catedrático andaba con su cenicienta o llamante prédica.

Los que no están de acuerdo con nada, el que visita semanalmente a los obreros y, sobre todo, la legión enmarronecida de los que vienen a aprobar, a sacar su título, a arrancarle a la capital un pedazo de prestigio universitario, un despegado diploma que puedan volver a pegar, encolándolo de vanidad y obsequiosidad, en el despacho del bufete o de la clínica, usted dirá, pase el siguiente, para llegar a fuerza viva en una cabeza de partido judicial y decorar de hijos y de nietos los muros y las columnatas de lo perdurable. La familia, célula primera, etcétera, célula de la que él se había desgajado demasiado pronto o demasiado tarde, para vagar por el parque del Oeste, por las avenidas de la Universitaria, por el Retiro, incluso, o por la Casa de Campo —diversidad de verdes, multiplicidad de ocres y de oros, riquezas de nadie que acaban aburriéndole—, mientras hacía tiempo para la hora de la cita. Y ese compañero que charla al lado:

—Debiéramos dejar la Universidad. Las grandes cosas las han hecho siempre los

autodidactas. Estoy harto de ciencia oficial.

Imbécil. Le preguntó al otro qué hora era, por saber cuánto le quedaba hasta el encuentro con ella y, de paso, para desviarle de sus ardores antiuniversitarios y autodidactas. No tenía ganas de rebatirle, no se sentía con fuerzas para decirle que sí ni que no, dudaba, sin saberlo, de la armonía de las esferas, y el campo —aun cuando se tratase de este campo recortado y urbanizado de la ciudad— acababa aburriéndole.

—Dijo el clásico que de los árboles no se aprende nada.

—Pero tú no lees a los clásicos.

—Baudelaire, que no era un clásico, también decía que la naturaleza no enseña nada. Claro que Beethoven, en cambio, escribió aquello tan bonito de “más amo a un árbol que a un hombre”...

—¿Te gusta Beethoven?

Y le dijo que sí al poeta sudamericano, porque estaba pensando en que a ella le gustaba Beethoven y, naturalmente, no se sentía dispuesto a dejar que el sudamericano conviviese con ella dentro de los paraísos beethovenianos —al tipo le enardecía el sordo, de seguro, a juzgar por la vehemencia de sus interrogantes—, y se apresuró a colarse en ellos para ocupar el sitio que le correspondía, al lado de su amor, bajo la gran catedral sinfónica, ante la misa mayor o solemne del alemán.

—Y a quién no le gusta —dijo.

Puede haber una sobremesa, una tertulia, unas tardes de humo y palabreo donde todos parecen haber liado su tabaco con hojas del diccionario Espasa-Calpe, o el diccionario de la Real Academia Española, de modo que con el tabaco se quema la erudición, la sabiduría, una cultura de divulgación, manual, malas lecturas, mal recordadas y aún más, pero siempre es preferible —y más descansado— a los paseos por los parques o por las calles, más descansado que los paseos por los parques y por las calles, porque uno, él, algunos de ellos, quizá todos, seguían pensando que la Naturaleza no enseña nada, y el estudiante de Económicas que hace versos cuajados de Naturaleza —es el segundo de la derecha, fuma en pipa, traduce a Omar Kayam (y habrá que consultarle si este nombre se escribe así)—, habla del enebro y del aligustre por referencias de otros libros, y cuando nombra una planta no está nombrando una planta, sino al viejo poeta indio o al moderno poeta americano que la nombró, de modo que maneja palabras, matorrales de palabras, creyendo manejar la Naturaleza misma, fumando siempre su pipa bajo la gran tienda de campaña de esa N mayúscula, como un indígena de Macchu-Picchu fumaría la pipa de la paz o de la guerra bajo su tienda de lona, de tejido rudo y precioso, de tela primitiva y vegetal. El funcionario precoz que quiere conquistar el mundo desde su silla de oficial de no se sabe qué oficina —“Lo seguro es lo primero; desde lo seguro se puede empezar a trabajar en lo de uno”—, y de momento no ha hecho sino casarse antes de tiempo, poner varios niños en el mundo, como quien pone de pie el chirimbolo que ha tirado al paso, en una casa o una tienda que apenas conoce, y seguir palabreando en el café, en la tertulia.

Aquella aseveración con tantos “los” o “loes” neutros le resultaba basta y bastarda a él, pero tenía que sufrirla todas las tardes, o casi todas, como tenía que sufrir al enamorado de los enebros cuando explayaba su teoría de que las mujeres huelen a enebro y que si una mujer no huele a enebro es que no vale la pena, y que “lo que yo amo de la mujer es el enebro”, y otras tonterías vegetales por el estilo. “Pues cástate con un enebro”. Pero era ésta una broma también repetida todas las tardes, o casi todas, repetida por el chico de pueblo que salió espabilado en matemáticas —“en el pueblo, siendo analfabeto, ya resolvía problemas de falsa posición”— y que desde las matemáticas y su diván de peluche o de cuero, su diván ciudadano, universitario, inconformista, guasón, quería revolucionar el mundo o el país, si bien es cierto que luego le bastaba con una invitación a tiempo para convenir en que el mundo está bien hecho: “Si hubiéramos sabido que el amor era eso”, añadiría el poeta. Si hubiéramos

sabido que la política era eso, si hubiéramos sabido que la vida era eso, si hubiéramos sabido que la muerte era eso. Pero no lo sabían, así que se les pasaban las horas y los días discutiendo sobre el porvenir del país; somos una raza final, Occidente está en decadencia, la cultura está aquí, el resto es barbarie, putrefaccionar, hay que putrefaccionar, yo pediría otro coñac, pero...

—Por cierto, ¿os habéis fijado cómo está la chica de Veterano?

—En la tele la he visto.

Cualquier quiebro sirve para volver a la conversación sobre mujeres, porque el recuerdo televisivo de la chica de Veterano, recuerdo que anda pegado a las paredes del metro, encaramado en las vallas de todos los solares, agazapado en los descansos de todos los cines, concita memorias de otras mujeres vistas y no vistas, hasta que se descende, por los escasos escalones del pragmatismo, al plano real de las asequibles. Las asequibles son las pobres y tristes profesionales y alguna extranjera y dos o tres nacionales engañadas a fuerza de droga prematrimonial, promesas y un poco de literatura francesa mal traducida y bien explicada.

—Que queremos ser una generación libre.

La otra lo pensaba un poco y acababa resolviendo que se puede ser una generación libre sin necesidad de pasar por ninguna de las clínicas de maternidad de la capital ni por ninguna otra vergüenza peor aún.

El poeta sudamericano, el poeta de Económicas, el matemático de pueblo, el de la barba, el oficinista que dejaba pasar el tiempo asentado en lo seguro —un escalafón, una nómina, una familia, un horario— mientras se le ocurría la manera de cambiar el mundo, y él. También podía agregarse algún otro, como el ex seminarista de ojos tristes y mal aliento —“Anoche volví a emborracharme, y el caso es que no me gusta beber”—, el pintor que nunca iba a pintar, todavía con su suéter parisiense y su perfil que creía muy italiano —“En Montparnasse todo el mundo me tomaba por italiano”—, y sus ademanes a veces suaves, a veces violentos, y todo ese ir y venir de estudiantes borrosos —ése estudia libre, ése también estudia libre—, de chicos que iban a ver lo que caía: unos duros, un libro prestado, un guateque, una noticia política, un cigarrillo de rubio, o dos; si el primer donante se marchaba pronto y había tiempo de pedirle tabaco a otro, hacia el final de la tarde. Los estudiantes de cine, en cambio, eran seguros y definidos —“Tenemos en nuestras manos el gran poder de nuestro tiempo, la imagen”—, porque contaban, eso es, con la imagen, ah el impacto de la imagen en los pueblos nuevos, en los pueblos jóvenes, en los asiáticos pueblos dormidos. Él les respondía vagamente que, en efecto, eso de la cultura visual... Contaban con la imagen —chalecos negros, algún foulard, libros técnicos, gafas de gruesa montura— para revolucionar el mundo: *cinéma-vérité*, grandes reportajes. *Einseinstein*, el montaje “poudokiano” —lo decían así: “poudikiano”—, Capra, el realismo de Hollywood, Max Sennet, Chaplin, el reaccionario, los cuadernos del cinema, nada de travelling, nada de virtuosismo, nada de retórico, “una caligrafía directa para llegar al obrero”.

El hombre, en fin, no es nada mejor que un esteta —un esteta del bien, un esteta del mal, un esteta del esteticismo—, y ellos vivían la estética de su ética populosorrenovadora. “¿No crees en el cine como impacto?”. Él iba a responder algo, pero ella, que no le llamaba nunca en domingo, había hecho sonar el teléfono a primera hora de la tarde, de aquella tarde dominical. Se levantó al ser llamado a la cabina telefónica. “Sí, claro, no hay duda de que es un impacto más directo que...”. ¿Y la sobremesa gastrodominical? ¿Cómo podía ser ella? A ver qué les digo yo a éstos sobre el impacto, cuando vuelva a la mesa.

—Me he venido con mi hermano pequeño.

“Me he venido” quería decir que estaba en el teatro, en un teatro con sesión de tarde, viendo *El sueño de una noche de verano*, de William Shakespeare, en versión nacional infantilizada. Casi como una velada de colegio. Don Guillermo, el confuso don

Guillermo de los sonetos inmortales, el cisne apócrifo del Avon (Straford-on-Avon, festivales todos los años), o su doble mister Marlowe, o quienquiera que fuese, el juvenil cazador de ciervos, cómico azacaneado, autor inmortal, padre de Ofelia muerta y animador de bosques encantados, el soñador de las noches de verano sin sueño se había prestado a ampararles, a albergarles, a alcahuetearles, y aquel hermano pequeño de quien ella le hablaba a veces —“Es un tío bueno”— sólo pudo imaginarlo como un Puck en colorines que había visto alguna vez en una revista.

Qué prodigiosa evasión, de la sobremesa gastrodominical, orlada de cuñados y cuñadas, olorosa a anís antiguo, mojada de lágrimas menopáusicas, al mundo convencional y erótico de Titania, y de allí a la realidad de un teléfono público, la inmediatez de su voz, el hermanito que se vuelve solo a casa —“Conoce el metro perfectamente”—, y el encuentro en un bar absurdo, inesperado, a aquellas cuatro y media de la tarde, a cinco menos cuarto o seis menos cuarto a la hora que quiera que fuese —imposible saberlo—, y ese delicioso y doloroso no tener adonde ir, así, de momento, y encontrarse en medio de la calle, un domingo, en el reino asfaltado de los soldados y las criadas, de los niños sin propina y los niños con propina, fuera de lugar y época.

Pero todo aquello lo había hecho por él.

“Por verte un rato”. En cosas así está el amor, el impulso súbito y anárquico del amor. De modo que se metían por unas calles esquivando otras calles, dejaban pasar las horas, y, dando vueltas y vueltas, volvieron a pasar frente a un cartel, bajo un cartel que anunciaba con letras gordas y arrugadas El sueño de una noche de verano, de William Shakespeare, en traducción de un señor y adaptación de otro señor. No consiguieron volver a ser ellos hasta que llegó “su hora”, la hora habitual en que solían encontrarse, y sólo cuando la noche avanzaba a su encuentro, como el bosque shakesperiano, comprendieron que habían perdido una hermosa tarde de amor por falta de imaginación, por exceso de imaginación, por timidez, por tristeza.

—Tu llamada me ha emocionado, ¿sabes? Por lo inesperada.

Comer con ella, llevarla a comer a los últimos restaurantes del extrarradio, rincón de camioneros —“El cordero lo hacen de maravilla”—, o al local elegante, entonado, penumbroso, donde ella quedaba graciosamente torpe, polvorienta, como la hija del marqués que juega con los niños de la calle y, hasta después de un rato de haberla rescatado su padre para los cielos de la aristocracia, sigue siendo una niña de la calle. —Tienes que ir a lavarte las manos.

En los restaurantes populares, ambos se encontraban más a gusto. Claro que esto de la comida en común sólo ocurría muy de tarde en tarde. “Puedo llegar a almorzar a las tantas; lo que no puedo es no llegar”.

La risa contenida de ella, su irrecordable risa por todo, risa niña aún y perversa ya, que hacía burla de muchas más cosas de las que ella misma sospechaba. “Tienes que ir a lavarte las manos”. Porque, en segundo o tercer año universitario —¿Segundo o tercero; cuál era, Dios mío; cuál era?—, seguía entintándose como una colegiala, llenando sus cuadernos de borrones pàrvulos, que reinaban inocentes entre la escritura menuda, rápida, inteligente, o los caracteres griegos, cuidadosos y dibujados, como una taquigrafía o un morse para comunicar con Pericles.

—Te contaría tantas cosas de Pericles...

—Primero vete a lavarte las manos.

Sólo por el gozo de verla colegiala, avergonzada, entre risas, de sus manos de muchacho, sucias de bolígrafo y tranvía. Sólo por el entrañable y nunca dicho placer de verla obedecer, dispuesta a obedecer, resistiéndose irónicamente, sarcásticamente, pero llena ya del femenino placer de obedecer, embellecida por la hermosa virtud de la sumisión, tan inesperada en ella. Hasta que la veía levantarse y salir hacia el lavabo, con su cartera de larga correa al hombro, entre tímida y divertida, con su bendita e inigualable capacidad de infancia y diabolismo enmarañadamente enmadrados uno en el otro. Y él se quedaba ante el blanco mantel, hojeando cualquier libro, respirando el aroma de los cuadernos de ella, de sus apuntes, y diciéndose palabras propias y palabras ajenas, hermosas; aprendidas, a la segunda, sólo las palabras sencillas, y el silencio que torna temblorosa la vida, se querían, sabedlo, entre la primavera; los ladrones de niñas me robaron tu infancia... Pero gracias al pequeño incidente del lavabo de manos y de cosas así, él recobraba aquella infancia de ella, que tanto hubiera amado. “Mira, esta mancha no se quita. Es de bolígrafo y no se quita con nada”.

Había regresado mostrándole las manos un poco húmedas, sonrosadas del agua caliente, y en torno estaban los solemnes camareros, como centauros de la gastronomía, como centauros del buffet, mitad tronco de embajador plenipotenciario o señor procónsul, mitad faldón de gourmet, o estaban los chicos de la chaquetilla sucia, del blanco descolorido —también el blanco se decolora—, repitiendo la ración de paella para el camionero de al lado, y una familia de pueblo con los panes y los niños hermosamente repartidos en torno a tres veladores sucesivos y abarrotados.

Él había jugado a mandar y ella había jugado a obedecer. Pero por debajo del juego había un profundo deseo de que todo aquello fuera verdad, una necesidad de autoridad en aquel idilio sin dirección, donde ninguno de los dos llevaban la iniciativa o quizá la llevaban los dos, mas siempre alternativamente y contrariándose de modo recíproco. Los idilios así mueren faltos de brújula, según él había leído o escrito en algún sitio, porque tiene que haber en toda pareja humana un amador y un amado, y entre ellos no se sabía quién había enhechizado a quién, ni por dónde iba la responsabilidad, ni de qué lado quedaba el futuro, si es que lo había. Por eso les confortaba tanto el suceso pueril del lavatorio de manos —“Que las tengo limpias”. “Que no seas terca.”—, ya que esto suponía que él podía, en determinados momentos, dar órdenes, decidir lo que había que hacer. Y él, que sólo por caricatura de cualquier clase de autoridad se había inventado lo de las manos, encontraba de pronto, inesperadamente, que por ahí podían

marchar bien las cosas.

—Te advierto que yo me lavo las manos cuando me da la gana.

Niña siempre, entre los libros de las grandes bibliotecas de la ciudad, agrupados en estanterías como por generaciones tipográficas, por cosechas culturales, por sementeras. Él iba a buscarla a la biblioteca de la Casa de América, y subía despacio la escalerita de piedra, allanada y suave, entre el fino verdor anglosajón, entre las setas metálicas que pronto encenderían su luz de luciérnaga a ras de la hierba, alejándose un poco de la Castellana y sus autobuses, alternándose lejos de la verja aún señorial, aún no absolutamente yanqui, salvo la placa de la entrada, su solidez de placa washingtoniana y sus advertencias en español y en inglés. Los Estados Unidos le salían al encuentro en grandes fotografías, en bibliotecarias rubias, en largos mostradores, como el esquinazo de un rascacielos de mármol, y buscaba la cabeza de ella entre las cabezas, contra el fondo claro, lleno de colores incoloros, bajo los muros de libros, bajo las murallas de libros, bajo el enladrillado cultural en varios idiomas, confundiéndola —cuando tanto creía conocerla— con una americana pecosa, con otra española que no era ella, con una chica francamente fea que, sin embargo, tenía su misma manera de ladear la cabeza para leer, para fumar, para escribir.

Lo que venía hasta sus ojos —allí está— era, por fin, el rostro de la chica, su rostro de dibujo infantil, un poco congestionado por el estudio, con las grandes manos fumadoras y escritoras como independientes de aquella carita un punto inexpresiva. Ella aplastaba lentamente el cigarrillo dentro del cenicero, expulsaba por un redondelito que formaba con los labios el último humo, como silbándolo, giraba un poco el cuello a un lado y a otro, alejando la momentánea tortícolis del estudio, y se ponía en pie haciendo un revoltijo con todo: chaqueta, libros, cuaderno, cigarillos...

—Pero ¿ya es tan tarde?

—Sí.

Descendían la escalinata de piedra, apaisada y ondulante, pisaban un momento la hierba, salían a la calle, dejando tras sí una verja de palacio señorial que sólo guardaba un pedazo de rascacielos confortable y culto. Cruzaban la Castellana, hacia una cafetería, o se sentaban en un banco. Era el anochecer del otoño y la gente andaba de prisa y ellos no tenían nada que decirse, o escuchaban bajo el envigado convencional el jazz madrileño importado vía OAS, o el piano aburrido de aquel club languideciente, mientras ella le daba vueltas a sus pensamientos: “No me quieres, que no me quieres”. Y él se decía una vez más: “Necesitamos una crisis, reñir de nuevo, algo que la decida a volver a empezar; está asustada”. Él también estaba asustado, porque el amor no es un sentimiento absolutamente tolerable, absolutamente disfrutable, ni mucho menos, sino más bien una fuerza de choque, algo que da sus mejores resplandores en lucha contra la adversidad, contar los demás, pero nunca en la mansa consecución de sí mismo.

—Siempre estás con la misma historia.

—Ya.

Se quedaban en silencio, con sus pensamientos paralelos, como esperando a que la distancia llegase a unirlos, y recorrían juntos ese largo camino mental hasta que efectivamente —a veces ocurría— se encontraban los dos rememorando la misma cosa: la larga separación del verano, o su primera tarde en el bar-sotanillo, o el encuentro en la Gran Vía, tan inesperado, o el reencuentro mediante una hermana, mediante un libro, mediante un amigo, o el incidente del restaurante y las manos sucias. “Tiene tardes imposibles, ¿será que me he empeñado en quererla?”. Pero bastaba con recordar a tantas otras, con recordar los rostros más frecuentados, aquella luz francesa en unos ojos enmelados, aquel perfil de virgen rubia, o cualquier otra voz, cualquier otra mujer, para comprender que no: esto es diferente, aquí pasa algo, me parece que nos queremos. Probaba a imaginarse sin ella.

Probaba ella a imaginarse sin él. Eran ya dos solitarios caminando las desiertas calles del pensamiento, y volvían a encontrarse, porque las calles caminadas eran las de todos los días, las calles verdaderas, asfálticas, neblinosas, estridentes, arboladas, de todos los días, y tan en compañía mental habían llegado a vivir que imaginarse el uno sin el otro era solamente imaginarse uno al encuentro del otro. Esto no lo sabían o no se lo decían, y bastaba con un momento de penumbra y cercanía, con un reclinamiento de las frentes, con los socorridos argumentos de la música vespertina o de prima noche, con la perspectiva de una inmediata separación —“Se va haciendo la hora”— para que empezasen a necesitarse, a saber que se necesitaban. La mano de uno abandonada en la mano del otro, por la calle, o ambas manos enlazadas con igual voluntad de ligazón, o el caminar uno al lado del otro, pero separados, sin rozarse apenas con los brazos, al andar, todo era compañía, amistad que lleva en vilo un gran amor y lo soporta bien. Y cuando esto mejor se comprende es en la separación —“Pasado mañana, a la misma hora”—, en el caminar contra corriente —automóviles, gentes, soledad, retraso—, con el viento de frente, con la noche de frente. Todo volvería a empezar al día siguiente, en la memoria enamorada —“¿Habrás empezado a estudiar ese vago?”. “Mañana me dirá si por fin vuelve a los entrenamientos”—, con ese diálogo invisible hecho de dos largos monólogos. Sin duda, el día que pasaban separados era el día que pasaban más juntos, más cerca uno del otro, más pendientes uno del otro; el día en que mejor le olían a él las cuatro cosas de ella que guardaba entre sus libros.

La foto del verano, con la cabeza vuelta y los hombros fuertes dibujándose bajo la blusa, un cuaderno con ejercicios que “quiero que me corrijas”, un pañuelo pequeño y sucio, femenino y oloroso, puerilmente robado: “Eres tan tonto como el novio de mi hermana, que yo creo que la va a dejar sin pañuelos”. El día en que más sentidamente le olían a ella los libros de él, su escritura tiesa y dibujada, aquella gastada página de periódico donde lo citaban entre los firmantes o los declarantes de algo, en redonda del cinco, bajo la película amarillenta de los meses.

Aquella otra biblioteca, oficial, pública, polvorienta, con pupitres amarillos, donde ella se encerraba algunas tardes entre sempiternos opositores y señores que leen libros antiguos y toman notas urgentemente, como si el dato histórico que duerme en el arcaico volumen se les fuese a desvanecer en aquel mismo momento, a pulverizar en contacto con el aire, cual esas reliquias conservadas durante siglos, que son ceniza en el momento en que les da la luz, el aire, o las roza un índice delicado e inexperto. Allí estaba ella, en una cueva de papel y letra impresa, en un guttembergiano cubículo, bajo el rodar de toda la ciudad rodante, en un silencio falso defendido tan sólo por la puerta de cristales, junto al estudiante alopécico y el erudito de frecuentes paseillos —“¡Atención, prostáticos!”, decían los periódicos— a la puerta de los servicios; junto al soldado que aprovecha la hora libre del cuartel para seguir con su particular bachillerato libérrimo y nocturno, y la miope de nacimiento, que ha puesto toda su esperanza e incluso toda su libido en los libros de la carrera, y el simple lector de ocasión, o el tipo raro —no muy distinto del que anda por los metros o los museos—, que quiere fijar la mirada de una mujer, de cualquier mujer, que juega al diálogo mudo, al lenguaje de los ojos, a la cita tácita, al amor implícito y nada más que implícito. De modo que llegaba él, noche ya cerrada y empujaba la puerta de madera clara, empujaba el tibio resplandor amarillento de los cristales esmerilados, haciéndolo retroceder, dejándolo en penumbra, y procuraba que los goznes de aquella puerta no se quejasen demasiado, porque solían quejarse, y él era un poco intruso, un poco ladrón, un poco enemigo de todo aquello —“Cómo podrás estudiar en las bibliotecas”, acostumbraba decirle a ella—, y buscaba entre las cabezas atentas, inclinadas, entre el muestrario de cráneos con pelo y cráneos sin pelo, de cabellos rubios y cabellos oscuros y cabellos entrecanos, la cabeza de ella, la masa concreta e inconfundible de

su pelo despeinado, la maraña que apenas dejaba entrever un medio perfil del rostro sabido, del breve rostro rosado. El conserje, el ordenanza, el subalterno engalonado y ceniciento de la biblioteca se encaraba con él, abandonando su periódico o su petaca, le miraba de frente levantando mucho la cabeza, como para evitar el velo de la miopía: ¿Qué hace usted aquí, qué busca usted aquí, por qué viene a molestar, por qué interrumpe, quién le manda alborotar de ese modo? ¿Cómo que son los goznes de la puerta, cómo que los goznes no están engrasados, cómo que usted no es partidario de estudiar en las bibliotecas? Pero ¿es que usted es partidario de estudiar en algún sitio...? Todo esto podía haberle preguntado la mirada miope del conserje, del ordenanza, del subalterno que lucía oro de galones sobre la ceniza de su uniforme, ceniza de tabaco sobre el oro de sus galones, corbata desesperada, como el nudo corredizo de un suicida, y colilla displicente, ministerial, burocrática, secularizada, vitalicia, pestilente, subalterna, oficinesca.

Pero él se limitaba a evitar la mirada del tipo y a recorrer con la suya los pupitres, las hileras de cabezas, el ordenado melonar de los cráneos estudiosos, hasta dar con ella; luego estaba la dificultad del gesto, del siseo —“Se ruega silencio, prohibido escupir”—, de la seña, del momento oportuno, preciso, en que ella levantase la cabeza al pasar una hoja, al llevar la mirada del cuaderno al libro, del libro al cuaderno, momento en que había de tirar de su atención y decirle sin palabras, moviendo los labios en silencio: “Que estoy aquí”. Esto acababa por ocurrir, o ella le veía en seguida, porque el gran reloj de la biblioteca, grande como un reloj de estación, blanco como un reloj de sanatorio, marcaba ya la hora de la cita y la muchacha levantaba la cabeza reconociéndole o creyendo reconocerle en el ruido chirriante de los goznes de la puerta, como si este ruido fuese ya una palabra de él, la señal convenida, su vocablo más habitual, su primer saludo de cada tarde. Ocurrió un día —debía ocurrir— que ella no estaba.

Casi hubiera jurado, antes de empujar la puerta de vidrios esmerilados, que ella no estaba. Estas cosas se las advierte a uno el corazón, aunque nunca sepamos quién, a su vez, se las ha advertido al corazón. Se negó a lo que ya sabía y anduvo por la biblioteca, se acercó a los pupitres, marcado estrechamente por la mirada del vigilante. ¿Cómo puede haberse ido ya, cómo puede no haber llegado todavía, cómo no me ha esperado? El galoneado carraspeaba, iba echándole detrás un carraspeo molesto, como el “¡os, os!” que se les hace a las gallinas; el galoneado sabía ya a lo que iba él allí, sabía a quién buscaba, pero hubiese sido suicida preguntarle cualquier cosa. Esto es un centro de cultura, aquí se viene a estudiar, los libros son sagrados, cítese usted en un bar o en una esquina; si es que la juventud ya no respeta nada, esto es una perdición, venir preguntándome a mí —siete quinquenios, sí, señor; siete quinquenios y una limpia hoja de servicios, y todavía un ascenso inmediato, a subportero mayor, antes de la jubilación— por la señorita esa del chaquetón de cuero o de ante o de hule o de lo que rayos sea el chaquetón; pues no faltaría más, a un subportero mayor, como quien dice... Todo esto podía haber soltado el ceniciento hombre de la colilla y los galones y la petaca y el periódico más reaccionario de la tarde; pero no tuvo ocasión de soltarlo, aunque sin duda lo deseaba, porque él se dio media vuelta a tiempo, consultó el gran reloj de la biblioteca, grande como un reloj de sanatorio, y luego consultó su propio reloj de bolsillo, y como quiera que ambos estaban más o menos de acuerdo y que su propio corazón le marcaba la misma hora de la desesperanza —ocho y cuarto de la tarde, habiendo quedado a las ocho y cerrándose la biblioteca a las nueve (a las nueve menos cuarto, en realidad, para ir recogiendo)—, salió a la calle, es decir, al jardín que circundaba la biblioteca, jardín en sombras, húmedo y un poco abandonado, herido por las luces cercanas y distantes del tráfico y los escaparates, y allí, ya sin relojes, a oscuras, con silencio y miedo, le concedió la palabra a la congoja. Tenía que ocurrir.

Sí, tenía que ocurrir, ella tiene estas crisis, claro que también yo las tengo, nos queremos de un modo raro, o quizá sea que no nos queremos, o que nos queremos demasiado, pero ni ella ni yo soportamos esta fijeza, esta puntualidad, este amor de horarios. Levantó el cuello de su cazadora y lo volvió a bajar, paseó en la oscuridad, se fue a un rincón para evitar a los lectores de la biblioteca, que empezaban a salir, silenciosos y aislados, calculó la posibilidad de que a ella le hubiese ocurrido algo —una discusión en casa, un parcial a última hora— y llegase aún, tarde y de prisa, a la cita. Pero de sobra sabía que la función de esperar estaba creando su propio órgano psicológico: la esperanza. De sobra sabía que aquellos autobuses tardíos no la traían a ella, que aquellos taxis pasaban de largo, que a un lado o al otro de aquella verja —del lado de la calle o del lado de la biblioteca— los barrotes eran rejas para su impotencia, el tiempo era tiempo perdido, la fría masa preinvernal de la nada, ausencia decisiva. Estoy haciendo el idiota en esta esquina.

Era enfermizo aquel estado. No, no iba a llamarla por teléfono. Estaba dispuesto a admitir lo peor —el cansancio, el hastío, la ruptura—, y esta disposición no era sino un temeroso adelantarse a los acontecimientos para mellarles el filo, como la madre que ante la tardanza del hijo necesita imaginar horrores, tragedias, atropellos, comisarías, casas de socorro, ya que su psique se pone así del otro lado de la tragedia, instintivamente, para evitar su empujón brutal. Llamar por teléfono a su casa —aquella misma noche o al día siguiente— hubiera sido seguir del lado de acá de la fatalidad, acercarse con premiosidad suicida al final, buscar el temido desenlace.

Prefería imaginarse ya al otro lado del desenlace. Evitaba los consuelos que le hacían tanta falta: no ha podido, se ha olvidado; quizá me dijo que hoy no; va a llamarme mañana... La conocía demasiado bien. Era segura como los acontecimientos. Si no ha venido es porque no quiere verme. Quizá me citó ya con la intención de no venir. Quizá lo ha decidido después. Duda siempre, como dudo yo mismo. Pero ella prefería estos cortes violentos, estas decisiones brutales, estos repentinos hachazos de silencio y ausencia, en lugar de las explicaciones interminables que él estaba siempre dispuesto a dar y tomar.

No, no la llamaría por teléfono; no forzaría un encuentro, no reanudaría el hilo dudoso de aquel amor sin fe en el amor, el hilo confuso de aquella tremenda fe en el amor que ambos estaban viviendo, sin amor verdadero, quizá. Para amar, ¿hay que creer en el amor? Seguramente no. En todo caso, era del lado de ella de donde se había derribado la techumbre. No era el de ellos un amor de buscarse, sino de encontrarse. Nacía su autenticidad de que nada habían pactado. Se habían negado el futuro a sí mismos por falta de fe en el futuro. Meter una ficha en una ranura, marcar un teléfono, esperar una señal, pronunciar un nombre, es provocar futuros, situaciones. Volverían a encontrarse a la altura del presente, sin porvenir siempre, si ella lo quería.

Cuánto palabreo por un plantón sin importancia. Caminó despacio hacia el disco del autobús. “Me avisará mañana”, casi murmuró. Y, mientras el frío nocturno le iba humedeciendo la sangre, mientras esperaba el autobús y otras gentes —una mujer con gabardina, dos obreros parlanchines, un señor de sombrero oscuro— se agregaban a su espera, se sintió ya destinatario pasivo de cartas, llamadas, avisos, explicaciones, recados, como deseados afilerazos que tardaban y tardaban en punzar su carne impaciente.

Dans le music avant toute chose, pero fueron días sordos, largos, siete días con una semana dentro de cada uno de ellos, porque no se había producido la llamada al día siguiente, dos ignorancias juntas, dos ignorancias juntas, y otros versos que se sabía de memoria, ni al otro día, ni al otro, y la mañana se iba deshaciendo en la cafetería de costumbre, licuada su materia otoñal por el fragor de la cafetera exprés, el ardor de la parrilla, el humo de las bebidas humeantes, los mínimos y burgueses convites que se iban sucediendo sobre el mostrador largo y bruñido, limpio y vuelto a limpiar, todo él de

una materia uniforme, optimista, que estaba entre la madera, el metal y el mármol, y sin duda había sido elaborada de acuerdo con una fórmula barata, nórdica —danish modern—, como tantos y tantos otros muebles y objetos de nuestro modesto y compartido y comunitario confort callejero o particular, hogareño, personal.

Ni en la cafetería ni en la biblioteca. Extraños agarrotamientos preinvernales habían endurecido la gran red telefónica de la ciudad y retenían aquella llamada, su llamada, la llamada de ella, impidiendo que la señal llegase hasta el auricular, que la impaciencia de la muchacha sonase como un timbre —el timbre del teléfono— en la impaciencia del muchacho. Las gentes seguían utilizando los servicios del glorioso monopolio, haciendo llamadas desde los sufridos teléfonos públicos o desde los mimados teléfonos íntimos; las gentes eran gratamente asendereadas —“Perdón, es para usted”. “Señor Lombía. Llaman al señor Lombía”— por timbres telefónicos, en el momento más inesperado, a la mitad de la lectura del editorial de ABC, en medio de una conversación a la que había que ponerle puntos suspensivos, o un guión que cortase en dos la palabra precisa y preciosa: “Considero que el inversio-”. Y el telefoneado hubiera podido continuar, después de su conversación telefónica, con la sílaba siguiente: “nismo es necesario en estos momentos”, aunque solía hacerlo con un distraído “¿Por dónde íbamos?”, porque nadie sabe nunca lo pendiente que está el mundo de sus palabras. Las gentes recibían cartas, desgarraban sobres con uñas cuidadas, caprichosas, leían por encima mensajes familiares, circulares impresas, tarjetas, oficios, notas íntimas o prosas legales, a medias tipografiadas, a medias manuscritas alguacilesicamente, con conminaciones a pagar multas, casi todas de tráfico: ah la zona azul, ah el establecimiento indebido o tardío. La gente, qué caramba, recibía y contestaba largos o concisos mensajes de amor; pero su carta, la que él debía recibir, se había perdido entre las cartas, y un día no pudo más con la impaciencia y se largó a la Universitaria tomando el metro a la puerta de la cafetería —“Debí haberlo hecho antes”—, y al salir del metro, como un estudiante dormilón que sólo acude a la última clase —un estudiante a estas horas, pensaría la sufrida gente del metro, pensaría la señora regresada de la compra o el mozo de los recados, “cómo viven los hijos de papá”—, esperó el autobús de los estudiantes.

Gozó aquel trayecto que desde tiempo atrás no recorría. La gran vuelta inútil del autobús a toda una manzana de casas de ladrillo, pasando por delante del que fue domicilio de don Benito Pérez Galdós —placa conmemorativa blanco pardusca y escuela primaria a la sombra del viejo librepensador y macizo escriba—, y bordeando luego la manzana donde estuviera la alta y rojiza y negruzca —y “fragante”, según un anunciador de radio— chimenea de la casa Gal, de productos de belleza, jabones, cosméticos y todo eso, que nadie imaginaría lucubrados dentro de aquella especie de penal sórdido o imprenta finisecular para tirada de periódicos clandestinos y subversivos, cuando era a la libertad y a la sumisión a lo que invitaban los perfumes en cuestión con su hechizo higiénico, bien olorante y reconciliador, porque nada reconcilia tanto con la vida como un buen olor —a guiso, a lavanda, a mujer— y las aceptaciones del vivir nacen siempre o casi siempre de la pituitaria, como él mismo solía pensar y decirse, o pensarlo sin decírselo, pues era criatura específicamente olfativa y —dioptrías de las gafas, silbido de los oídos, brusquedad del tacto, distracción del paladar— este sentido napial le tenía un poco orgulloso, contra el antiguo complejo de considerarse un tanto narigudo, complejo que habían ido corrigiendo sucesivos índices femeninos con su suave deslizarse por el perfil de la ternilla: “Y a mí que me gusta tu nariz...”. Así eran ellas de adorables. Alejándose de donde estuviera la Gal y sus fragancias, el autobús le llevaba a él hacia ella, y no solamente era esto, sino que del vagar de los pensamientos había venido él a concretarse en el recuerdo de la muchacha, en un recuerdo particular y concreto: “Y a mí que me gusta tu nariz...”. Aunque quizás era ella la única que nunca se lo había dicho; pero, en todo caso, las

ruedas corrían por el asfalto, habían acertado con la curva difícil y el camino que se abría entre la arboleda inicial de la Universitaria; a un lado, edificios de ladrillo, residencias catedráticas, y al otro, las amplitudes previstas, cielos aborregados y un horizonte de sierra dispuesto para los mediterráneos azules del cielo, que aquella mañana estaban en retirada y seguramente no iban a asomar en todo el día.

No era partidario de tales decisiones, pero el autobús había hecho ya varias paradas —Facultad de Medicina y alguna otra— y corría de nuevo hacia su curva final, desertando de la ciudad para enhebrarse, como tantas veces al día, a este horizonte nuevo y nórdico de los últimos edificios de la Universitaria —facultades, escuelas, colegios mayores—, en un hermoso girar, en un hermoso rodear confines, que a la vuelta tenía algo de arrepentimiento: la fuga del autobús hacia el Norte había terminado y el vehículo apaciguaba su marcha, se hacía otra vez urbano, porque el conductor no había leído nunca *El ómnibus perdido* de John Steinbeck, ni aquél tenía posibilidades de perderse, de modo que la primera o la última parada del recorrido inhibitorio-reintegratorio era la de Filosofía, adonde él saltó al suelo dispuesto a encontrarla. Había una confusión de estudiantes, de chicos y chicas, profesores, sacerdotes, un manso recorrido de ida y vuelta, una aglomeración en las escaleras y la puerta de la Facultad. “El carnet, no se puede pasar sin el carnet”. Él no llevaba carnet universitario. Y estuvo allí, a la puerta, mirando por encima de los hombros azules del bedel, profundizando su mirada en el pasillo, entrechocado blandamente por la masa estudiantil que reflujaba, viendo como unos se abrían paso hacia dentro y otros hacia fuera; como la mayoría permanecía unos minutos en aquellos dos metros cuadrados de cemento, entre las dos escalerillas, y acababan por largarse.

—Pero sólo quiero pasar al bar.

—Está cerrado el bar.

Una mansa incertidumbre flotaba por las conversaciones, entre los grupos, y él se preguntaba si ella estaría dentro o no estaría dentro, si estaría en casa o en clase, o de regreso en un autobús —“El cobrador nunca me pica la tarjeta”— hacia la ciudad. Hacia la ciudad regresó él de cualquier forma, saludando a algunas caras conocidas, satisfecho de haber fallado en su tentativa, secretamente satisfecho, porque había sido una aventura loca, un loco provocar futuros, el presentarse allí.

“Quizá me haya llamado a la cafetería; no debí moverme de donde estaba”.

No le había llamado a la cafetería, nadie había preguntado por él, no había carta en casa, y siguieron transcurriendo los días hasta siete —él no sabía que hasta siete—, con sus siete días dentro cada uno de ellos, largos y como hechos de una mala aleación tempovisceral.

Vacíos, declaraciones, espacios inútiles, boquetes de nada que preparaban la venida del invierno, aunque la vida, siempre la vida y sus automóviles, se aprestaban a llenar y embarullar estas rotondas súbitas de la no-existencia con su rodar y su estrépito, con su prisa sólo justificada por la prisa. Él paseaba por la ciudad mirando melancólicamente esta batalla de las fuerzas ciegas del planeta con las fuerzas vivas de lo humano, este declinar del clima, de la naturaleza, de las especies y los vegetales, vigorosamente sustituidos por la máquina y sus hombres, por ese esfuerzo en vilo, continuado y hermoso, casi eterno, que es una ciudad grande sin sitio para los muertos ni tiempo para la muerte. Cansado de adivinarla en cada muchacha que salía de un taxi o bajaba de un autobús, cansado de acudir a otras llamadas —“Que no se te ve, macho”. “Que quiero leerte unas cosas”. “Que se organiza guateque para el sábado.”— con la certidumbre incierta de que se trataba de ella, le descubría al tiempo sus solares más tristes entre altas edificaciones sin rostro, le descubría a la ciudad sus horas bajas, edificios derruidos por donde asomaba la nada como una guirnalda del ladrillo en ruina, le miraba a cada cosa su síntoma canceroso, su vejez de cosa, y vivía en el reino de los olores, sin llegar a concederle al tipo aquel —ni siquiera mentalmente— eso de que

“la mujer huele a enebro”, pero encaprichado con el tufillo de la tristeza, que la ciudad respira por detrás de sus vías más amplias, en el viejo laberinto de las calles mezquinas, de los tabiques convertidos en fachada caótica por obra de un derribe contiguo, como si las casas se despegasen unas de otras, dejando al descubierto la mitad siamesa, despintada, plana y desoladora que las unía al edificio de al lado. Veía todo lo que ve el dolorosamente solitario.

En el paseo de Recoletos, en el Retiro, en Rosales, en el parque del Oeste, las solitarias sillas metálicas, herrumbrosas, con el fino dibujo de su respaldo decorando los vacíos de la calle, las sillas en línea o en semicírculo, en desigual tertulia sin nadie, o en torno a una solitaria gestante que tomaba el sol —¿de dónde aquel rayo de sol para la gestante solitaria; en el día gris y ciego de humo?— vigilando los juegos de otro niño, “del mayorcito”, como la última hembra de la especie, abandonada en una ciudad sin seres vivos, ya, hasta el punto de que las sillas pardas, oxidadas, ocres, herrumbrosas, tomaban, en su hechura entre humana y arquitectónica, el extraño aspecto de ferromagnetales a cuatro patas, mirando a aquel monstruo grande e hinchado —una gestante que toma el sol, qué sol, en el paseo de Recoletos, invernizo ya—, con los ojillos de sus agujeritos calados en el respaldo, por donde pasaba la luz de octubre, ¿de noviembre? “Cuánto diciembre acude, cuánto enero”, y él se paraba a mirar cosas así, o los escaparates de las librerías, que una semana exhibirían al unísono textos en francés, y a la semana siguiente tratados de arte, y luego novelas con premio, y unas semanas más tarde novelas sin premio, y algún tiempo después, quizá dos meses, textos clásicos, y así sucesivamente, hasta volver a empezar por los libros franceses o por los ensayos en torno al romanticismo o al románico; y él se estaba ante la luna del escaparate, parado, pensativo, desideado, no mirando, sino dejándose mirar por los mil ojos de la cultura, por el perfil —ojo almendrado— de la lámina griega, por los ojos como ciegos de Séneca, por la mirada escrutadora y velada —mal offset imitando la niebla de la muerte— de Albert Camus; mirado por el rostro de caballo histérico de Salvador Dalí, por los peces azules de la historia natural, con sus miradas lentas como una memoria de pez; visto, atisbado, escrutado por el entrecejo giocondo o miguelangelesco, por la cara tabernaria de Pablo Picasso y las pupilas bondadosas de Albert Einstein, fisgado por las esfinges hermosísimas de Cuzco, de Atenas, de Yves Saint-Laurent; juzgado y sojuzgado por las portadas de aquellos libros y aquellas revistas que no iba a leer nunca.

Era un estar ausente de la rueda de los amigos, de los compañeros, un hueco en la tertulia, un hueco de memoria parada en algún sitio, como agua estancada, mientras los acontecimientos políticos de la noche anterior eran deshojados a media tarde sobre el periódico de la mañana por aquellos hombres que leían entre líneas, o que traían un periódico francés bajo el brazo —“éste para conocer la otra versión”—, e incluso un hueco era él ante la mujer madura que le daba la espalda y el perfil, que en el espejo se le ofrecía de frente y con el otro perfil, fumando, escuchando a sus compañeras de tertulia femenina, independiente, habladora: una vieja actriz, una joven actriz, dos señoras sencillamente gordas y aquella madura con pretensiones, sin pretensiones, que se había fijado en él, precisamente en él, y quizá se enamoraba de verle ausente, de sentirle ausente. Tiene una pena, le falta algo, no está a lo que está, si quisiera contarme, pensaba, a lo mejor, la señora de la espalda armoniosa y antigua —espalda de modelo decimonónica de pintor decimonónico—, mientras la tarde iba quitándoles a todos la esperanza de que aquel día, precisamente aquel día, ocurriese ya nada más importante que el anochecer.

Si uno vive, existe, está con los demás, acompasa el paso, entonces la ciudad le lleva, le acompaña, le asimila a su ritmo, mas si uno se retarda demasiado en una esquina, en un escaparate, en una pena, ya no hay manera de volver a poner el pie en el estribo, y ésta era exactamente la sensación que tenía él, la sensación de haber

perdido el estribo —qué estribo— y cojear hacia dentro, hacia sí mismo, cojear de donde nadie lo notaba, mientras el ritmo de las calles se había hecho mucho más vertiginoso y un día sucedía a otro —así hasta siete, los recontaba y le iban saliendo cinco, o seis, ya—, y el agarrotamiento del teléfono parecía acentuarse con el pronunciamiento del invierno, y él tenía esa sensación de impotencia casi soñada, no real, que nos invade cuando la ruleta del teléfono gira pesadamente —viejos teléfonos de cocina y de estación, encarbonillados— e incluso vuelve hacia atrás a mitad de la maniobra, o se encasquilla, o gime en su pereza por ir saltando de un número a otro, como enmohecida, y no disponemos de otro teléfono. Para él, todos los teléfonos de Madrid tenían la ruleta enmohecida y el timbre sordo, y cada carta a su nombre —pocas, más bien, ésa era la verdad— le parecía una equivocación, una carta que en realidad no le iba dirigida, porque no la esperaba, porque la que esperaba era otra, y bien conocía le letra, el sobre, el tono. Fue desertando de las cosas, de los libros, del rincón donde estudiaba, fue quedándose sin sitio en la cafetería y en casa, y una mullida nada poblaba inmediatamente su ausencia.

Sucede que me canso de ser hombre, sucede que entro en las sastrerías y en los cines, marchito, impenetrable, como un cisne de fieltro navegando en un agua de origen y ceniza, pero incluso estos versos se le habían olvidado, traspapelado, y tardó un día entero en encontrarlos, aunque de poco le sirvieron luego, escritos a lápiz, copiados de un libro, porque se sintió ridículo leyéndolos, releyéndolos, y resulta que aquello no tenía nada que ver con su apremio, con su soledad, con el nombre concreto que pronunciaba una y otra vez en los ascensores —¡ah la soledad del ascensor!— su viaje lento hacia las alturas, hacia las profundidades, ese viaje que no lleva a ninguna parte, que nos asciende a la altura del plato de sopa o nos desciende al nivel de la página impar de los periódicos; la soledad del ascensor, si no hay de por medio un vecino que viene con sus buenos días, sus paquetes, sus cartas, su sonrisa paredaña, o un desconocido a quien mirar de reojo, con desconfianza, con indiferencia, dentro de la estrecha cripta ascendente, descendente. Decía el nombre de ella dentro del ascensor, lo decía en voz alta, lo repetía una y otra vez, se sentía enjauladamente solo y libre dentro de aquellas cuatro maderas, y mejor si tenían un espejo, porque entonces podía descomponer el rostro, aflojar la tensión muscular, descoyuntar la mandíbula, reír sin risa, con risa de yeso, volver a decir versos, nombrarla, permitirse tres cuartos de minuto de locura, tres cuartos de minuto que la ciudad, el hogar, los establecimientos, la calle, no le hubieran tolerado nunca, porque la silenciosa normalidad de lo habitual hace crecer las fuentes y los niños y es intolerable que nadie se quite la gabardina en este tiempo o golpee con su puño la estulticia de un semáforo, hasta hacerle cambiar de color. Carga máxima, trescientos kilos. Ascensor patentado. Seis personas, ¿cómo encontrar seis personas que pesen cincuenta kilos cada una o cómo equilibrar el peso y el contrapeso humano hasta tener los trescientos kilos o algunos menos —mejor algunos menos—, de acuerdo con las instrucciones de la placa? Prohibido el descenso, Gonzalo Cobayas, ascensores, Valencia, instrucciones para utilizar este ascensor, y otras lecturas igualmente provechosas, en tanto que un hombre desata sus tres cuartos de minuto de locura y dice que la necesita, que la quiere, y traiciona de este modo la doméstica e indiferente utilidad del ascensor, su monótono viaje vecinal.

Hay en la ciudad cientos de ascensores, miles de ascensores que suben y bajan, que bajan y suben llevando dentro gentes circunspectas, un anciano impaciente por llegar arriba y correr —torpe carrerita por el pasillo— hasta los servicios, gerentes con carteras que posan un momento en la alfombra o felpudo del ascensor, mujeres que se miran en los cristales con azogue de sombra del ascensor encristalado, viejos ascensores como mortuorias carrozas decimonónicas para llevar los muertos a la azotea, tiradas o tirados por caballos verticales, voladores, cuyos cascos azotan ya el techo del edificio; modernos ascensores funcionales que despegan como un aeroplano

con todo su pasaje de turistas, cineastas, modelos, negros y negras, hacia el techo de Madrid, pilotados por un botones entrado en edad, serio y golfo, pálido de tomar la luz fluorescente del ascensor, o por una señorita con guardapolvo, indiferente, aburrida, desenamorada, laboriosa, monótona, menstrual quizá. Y entre el juego de pesas de los ascensores, entre el innúmero y basculante juego, un solo ascensor es jaula de loco, nicho de maníaco, habitación ascendente, rincón donde un hombre se confiesa que ama.

Al séptimo día llegó la llamada.

El reencuentro fue en una cafetería no habitual, en una cafetería céntrica, pero poco concurrida, con ciervos pintados en las paredes y un falso techo de madera, con agujeros irregulares —“surrealistas”— dejando ver el techo verdadero, una acanalada superficie de yeso pintado en verde infinito, en verde cielo; el reencuentro fue a primera hora de la tarde, allí, en la barra —“No tengo tiempo de sentarme”—, junto a la señora que le daba azucarillos a su perro de lujo y se obstinaba en que éste entablara conversación con los camareros y las camareras.

—Te he llamado tres veces, hijo.

Había sido todo repentino, atropellado, inesperado, después de tan larga espera: “Que estoy aquí, en esta cafetería de enfrente”. Pálida, un poco más delgada, en pie, con la sonrisa blanca, enferma, sí, había estado enferma, inesperadamente enferma; he pensado mucho en ti, he tenido mucho tiempo para pensar, a ratos te odiaba, ¿sabes?, pues no sé, pero te odiaba; encargué a mi hermana que te llamase, ¿es que no puede una estar enferma? Lo más que había obtenido la señora de su hermoso perro era un ladrido que los camareros y las camareras celebraron con regocijo, qué ladrido tan elocuente, tan oportuno, tan justo, tan significativo; nunca un ladrido había estado más cerca de la palabra humana, qué decir, valía por todas las palabras, “le hemos ofrecido café descafeinado y ha dicho que no”, y la conversación de los pobres humanos se quedaba en un pueril tartamudeo, después del sapientísimo ladrido del perro caro, peludo, caprichoso, hosco y voraz.

La tenía allí, con él, de nuevo, como un pálido y viviente regalo con el que no sabía qué hacer —quieres café, toma otro café— y hasta mucho más tarde no empezó a dudar de que lo de la enfermedad hubiese sido una mentira; pero no, o bien, en todo caso, ella había atravesado una crisis, una de sus crisis, en la cama o por la calle, y ahora le buscaba de nuevo —qué alivio, haber resistido a la tentación de llamarla—, era indudable que le buscaba: “No has hecho nada por saber de mí”, le reprochó la muchacha. Se cogían las manos por debajo del mostrador y él apretó con ternura aquel manojito de dedos largos —¿más delgados?—, no hubiera sabido decir si más delgados, pero había en toda ella algo de desenterrada, y el chaquetón de cuero azulado le quedaba como prestado por la difunta, por la otra ella de una semana atrás. Él no le dijo, naturalmente, qué días había pasado, sino que incluso se volvió de vez en cuando para observar con desaprobación las ocurrencias del perro devorador de terrones de azúcar, y ella dijo una vez más que odiaba a los perros, que le repugnaban los bichos, con lo que volvió a acertar inmediatamente consigo misma, como el actor o el suplantador en el momento de inspiración mimética, cuando dicen exactamente lo que hubiera dicho el otro, el personaje real o literario que fingen ser.

—Tengo prisa. Voy a clase. Pero no podía estar más tiempo sin verte.

Éstas fueron las palabras de ella, dichas en el tono plano a que se relegaba su timidez efusiva, la inhibición de su ternura. De cualquier modo, todo estaba reanudado, había sido una semana en blanco, una semana inexistente, más bien, algo que nunca ocurrió, o, quizás, un juego del tiempo prestímico que se la devolvía distinta e idéntica, desmejorada, con la risa más corta, adorable. Salieron a la calle atisbados de reojo por la señora del perro, que no dejaba de lamentar la pérdida de dos espectadores —bastante distraídos, por otra parte— para las habilidades de su bicho.

Anduvieron compartiendo de nuevo el frío de la ciudad, se tomaron una y otra vez las manos, y el viento agrupaba o esparcía el olor de ella cerca de él, aquel perfume tan sabido, aquella presencia olfativa de colegiala que ha robado la primera colonia adulta. Es la disponibilidad absoluta, el existir en otra persona, la dádiva de gestos, palabras, miradas, todo ese caudal que va surgiendo de la persona amada y que el destinatario se apropia atropelladamente, encontrando que la correspondencia es perfecta, que aquel ser le nutre de una sustancia fonicoolfativa, de un tegumento gustativo, digitovisual, que es exactamente la materia que necesita para vivir, para sentirse vivo,

pleno, para evacuar la sensación angustiosa de que la vida se va sin acertar nunca con sus caudales en nuestra receptividad. Esta sustancia existente se la dan uno al otro, los que se aman, mediante palabras vulgares, miradas ocasionales, mediante la red compleja y accesoria de la presencia, del movimiento, de la vida social, y cuando uno de los dos, o ambos, tratan de aislar ese fluido, de reducirlo a sí mismo, desechando lo que estorba, que es la vida en torno, puede ocurrir que el fluido se volatilice, ya que vive y alienta precisamente en el discurrir de todas las cosas; por eso hay siempre menos amor en una escena de amor que en cualquier otra escena entre esos dos mismos enamorados. El ajetreo de la calle, la prisa de ella, el taxi ocasional, el viento de las esquinas, la gente que paseaba, las observadoras colas de aspirantes a viajeros en las paradas de los autobuses, les impidieron hacer una escena de amor, la gran escena del reencuentro, para la que ni uno ni otro se sabían capacitados, y todo fue, así, una venturosa precipitación, un tomar conciencia uno del otro, un comprobarse existentes, propicios, practicables mutuamente, en la infinita y menuda reciprocidad de las palabras que no llegan a ser diálogos, de los gestos que no llegan a ser caricias, de las miradas y las risas.

Cuando ella se hubo ido, todo está reanudado, todo está reanudado, no la he perdido, en ningún momento he llegado a perderla, aunque quizá sí, pero ahora es más mía que nunca, cuando ella se hubo ido, él caminó despacio por las calles, dejándose registrar la ropa por el viento, sintiéndose pleno de ese algo que segrega el ser amado, de esa materia inexistente e inequívoca que nos da su existir, y así hasta que los recuerdos se le fueron quedando en recuerdos, evanescidas ya las sensaciones inmediatas por el soplo del tiempo, por el ir de las horas. Ah, pálida niña, que trató de recomponer con palabras, hablando otra vez solo, por las calles, esquivando los pasos de peatones, entre árboles como víctimas del invierno, pálida niña alta con los ojos hundidos y agrandados por la enfermedad o la ausencia, con las sienes afinadas, laminadas por el puro pensamiento, con el cuello alargado y las manos, las manos, como racimo adolescente y sin sexo, ausente de ellas el tabaco tras varios días sin fumar o fumando apenas, a escondidas, bajo las sábanas, como quien dice, fumando sin humo, poniéndose en la boca, quitándose de la boca el cigarrillo apagado, sólo por gustar su picor en los labios. Así llegaba el final del año, el viento navideño, así llegaron a encontrarse una y otra vez, ya como entonces, como siempre, con una regularidad que le fue borrando a ella las ojeras.

—Aquellas ojeras que tenías cuando te levantaste de la cama...

—Siempre estás recordando cosas.

Lejanos cafés de Tetuán de las Victorias, salón aldeano donde llegaron una tarde, con todos los jugadores de dominó agrupados en un rincón, vociferantes dentro de su nube de humo de tabaco negro, y los letreros navideños, escritos en el cristal como con nieve, con una nieve sucia y callejera; en el cristal, parabrisas del invierno, al otro lado de la esquina fría y sola donde ellos charlaban, miraban el reloj, se recordaban mutuamente las lecciones y escondían una y otra vez el “te quiero” debajo de cualquier otra conversación, mientras una galaxia de cadenetas, colorines, papeles secos y brillantes, se tejía sobre sus cabezas y el barrio todo olía ya a gran cena de buena voluntad.

Las obras en la calle, los raíles del tranvía, levantados en un largo trecho, aquel trabajo invernal de los obreros, dentro de sus bufandas, las aglomeraciones de Bravo Murillo, pasada la glorieta de los Cuatro Caminos, en el amplio recorrido que va de ésta a la plaza de Castilla, las bocas del metro, con su comedia o sainete de vendedores y vendedoras —“Tabaco al ajillo, tabaco al ajillo”. “¡Ha salido *Pueblo!*”. “Billetes para el metro, billetes para no esperar, billetes.”— y todo el tingladillo prenavideño, los globos y las tiras de diminutos naipes de papel, coches de bocina enronquecida, el guardia, el guardia, gentes con prisa, los cines llenos de aventuras y de selvas, con grandes

amazonas de sesión continua, discurriendo en la tiniebla de la sala, los bancos enrejados, tiendas de tejidos, maniqués burdos, antiguos, muñecos monstruosos que pugnaban por sonreír a la moda de 1920, tan distintos de los finos maniqués de Serrano y de Carmen, las camisas de rayas, los cortes de traje de rayas, los calcetines de rayas, las corbatas de rayas, siempre las rayas, como máximo derroche fantaseador de lo barato, conjuntos en marrón, ternos en marrón —“¿Por quién va usted de marrón?”, le habían preguntado un día a él, en la tertulia, y nunca más volvió a usar ese color—, sombreros en marrón, y las alegres freidurías del barrio.

Se sentían libres, ajenos, felices, extraños, en aquel barrio, en cualquiera de los lejanos barrios donde no eran mirados, viviendo una tarde de Tetuán o de Vallecas. Y qué grato, luego, el regreso a lo cotidiano, el sabido sosiego de las calles de ella, la conspicua arboleda, un barrio de embajadas. “Lo que pasa es que tú no sientes lo social”, se decían, bromeando, uno al otro. Pero ella gustaba del vino agresivo de aquellos bares y él vivía una comunicación, no sabía si literaria o verdadera —quizá tan verdadera como literaria—, como las gentes de gorra y percal, con las vecindonas que afluían desde Francos Rodríguez y el barrio del Pilar.

“Barata la merluza, la tengo barata”; “Beba Kas y nada más”; “¡Marche una tónica pues!”; “Seis a las veinticinco”; “Baratos los pollos para navidad...”. Pero la gente decía que los pollos no estaban baratos, y que los pavos ni pensarlo, y sólo en un escaparate espectacular y barroco había un gran pavo muerto, como un noble guillotinado en los primeros días de la Revolución francesa, y el pueblo se paraba a mirar al noble, al pavo, al personaje cadáver, y luego seguía a sus cosas, a sus compras, y el taxista, cuando regresaban ambos, cogidos de la mano dentro del coche, hacia el centro, les decía que el tráfico estaba imposible y que lo que había era mucho espabilao y mucho cara y que ya se podían ir todos los novatos del cupé a tomar vientos “y que me perdone aquí la señorita”. Y la señorita se reía de la parla del conductor y de sus disculpas, y ni uno ni otro tenían prisa porque cambiase el disco, por salir de aquel atasco de taxis, tranvías, motos, bicis, motocarros, cupés y peatones. Porque era su par de horas de cada tarde y creían estar viviendo la aventura del incógnito y lo popular, un poco como lo creían, quizás, aquellos personajes reales que se escapaban del palacio, antaño, para confundirse con la alegría de la calle. Sólo que ellos tenían una visión literaria del pueblo, una visión politicofilosoficosocialiricoide que les impedía un sentimiento sincero de lo popular. En todo caso, habían sido más libres, más ignorados, entre aquellas gentes, y esto les llevaba a amar de algún modo al peón que levantaba el raíl del tranvía haciendo palanca con la punta de un pico, que metía su cara terrosa y friolenta contra el cristal del automóvil, del taxi estacionado en el semáforo.

—Me gustaría apuntar las cosas que se oyen por aquí. Literatura. Ah, el complejo de culpabilidad de ser de otro barrio. No. No eran principitos escapados de palacio para jugar a golfos.

—Nadie puede ser ajeno al sentido social de la época —dijo él, avergonzándose inmediatamente de lo redonda y fácil que le había quedado la frase.

No sabían, en fin, cómo vivir lo social, si es que lo social se vive de algún modo, pero estaban contentos de haber vivido lejos de las acacias y los castaños de sus calles natales, contentos de haber instalado su amor —qué sentimiento tan novelesco— en el corazón mismo de lo popular. Con las vacaciones de pascua, empezaron a verse por la mañana. Se citaban por teléfono en una cafetería de Argüelles.

—Aunque te advierto que llevo las traducciones muy retrasadas y tengo que aprovechar el tiempo —decía ella. De Argüelles había desaparecido buena parte del vecindario estudiantil, pero quedaban remolonas y como desconcertadas pandillas de chicos y chicas, perdidas entre el remolino navideño de las tiendas; la gente que iba a comprar turrón o venía de comprar turrón, los recaderos con sus recados y toda la

población flotante que había acudido de provincias “a pasar estos días en la capital”. Ella leía y escribía largamente en aquella cafetería de Argüelles, y luego llegaba él —“Ya traigo estudiado lo mío”— y en torno de ambos, mientras estudiaban o conversaban, se movía la tibia actividad de los mazapanes, las tartas de regalo, los obsequios, el paquetito marrón y azul con su cintita verde, enlazada. Así entraron en el nuevo año, en la fría certidumbre de enero, y a veces se reunían con otras parejas, o ella se dejaba acompañar por un compañero de clase y luego le contaba a él lo pesado que era el tipo, cómo había intentado convencerla de que en la tecnocracia puede albergarse un humanismo o de que el porvenir del mundo está en las más antiguas disciplinas orientales.

—¿Por qué no pruebas con el humanista de la tecnocracia?

—¿Probar qué?

—A ver si él resulta ser un buen novio y un buen marido.

—Nunca entiendes nada. Pareces tonto.

—O con el de las disciplinas orientales...

—Déjame en paz.

—Pienso que yo no sirvo para novio formal.

—Lo que pasa es que no me quieres.

—¿Me quieres tú a mí?

Acababan siempre torturándose, atormentándose, porque quizá no sabían que el amor era aquello, o porque se sentían distintos de tantas otras parejas.

—Será que nos queremos más que ellos.

—O que nos queremos menos.

Era —él lo había anotado en alguna parte— un idilio falto de dirección porque ninguno de los dos se decidía a asumirla.

—Necesitas un novio o un marido como el de tus hermanas.

—¿Conformista?

—Conformista o inconformista. No hablo ahora de eso.

—Pero yo no puedo ser una novia al estilo de mis hermanas.

—Lo serás en cuanto encuentres el doble de cualquiera de tus cuñados.

—¿Quieres que me enamore de un cuñado? —saltaba ella, con su infantilismo avieso.

Pero en el fondo, espesando la taza de café, el ron del cuba-libre, engrosando la tristeza del último disco desganadamente bailado, quedaba la incertidumbre, el miedo de siempre, la falta de fe.

—Será que somos de otra generación.

—Hablas como los periódicos.

Él pensaba seriamente que ella debiera probar con otro tipo de chico más “matrimoniable”, aunque no soportaba, luego, la idea de confiársela a uno determinado, al humanista de la tecnocracia, el de las disciplinas orientales o cualquier otro. “Tenemos que buscarte un novio formal”, solía decirle en los ratos de buen humor, cuando su capacidad de ironía le apartaba artificiosamente de la duda.

En todo caso, empezaron a dejar de verse algunos días, deliberadamente, y ella acudió algún domingo a ruidosos guateques.

—¿Qué tal el domingo?

—De asco.

Pero luego empezaba a contarle y resultaba que no había sido tan aburrido.

—Acabarás encontrando lo que buscas.

—Oye, que yo no busco nada.

Y así llegaba, con esa rara asiduidad de las semanas, otro domingo.

Llegó con cierto retraso al guateque y fue presentada a algunos chicos y chicas que no conocía —el hombre es un compromiso burgués—; encantada, los fue saludando a todos, con desgana, con torpeza —el hombre es un compromiso burgués—; pero ¿cómo lo decía el que lo dijo, en francés, cómo demonios lo decía? El domingo, en las calles, en los tejados, en las chimeneas de lenta digestión, empezaba a odiarse a sí mismo, y sólo algunos gatos de portal o de cornisa, profundamente desentendidos de la fiesta dominical, se negaban a participar en absoluto de la marcha de los acontecimientos, ah, el gato con pies de sigilo, como recordaba que él había leído en algún sitio. El gato exhibe su aburrimiento heráldico en la gran tarde del hortera, lo mira todo con esos sus ojos en que “hay números de oro”, pero el hortera de la chaqueta holgada y la sirvienta del gran bolso blanco, como un acordeón enjalbegado, no se sienten mirados por el gato —bicho aristocrático condenado absurdamente a ser emblema de lo plebeyo— y arrastran los pies en su tarde ociosa, hasta la hora del cine, en tanto que sobrecargados ascensores van subiendo racimos de juventud, chicas recién peinadas, olorosas, muchachos con cara de aventura, a los pisos grandes o pequeños de los guateques, a los apartamentos sin padre ni madre, sin hermanos mayores ni menores: “Papá está fuera esta semana”. O bien: “He escogido la libertad, en este apartamento hago mi vida”. Como quiera que fuese, ella empezaba sintiéndose incómoda, lo miraba todo como lo miran los gatos, aun cuando no amaba en absoluto a este animal ni a ningún otro, y sólo muy lentamente se iba dejando ganar por la conversación, el whisky, las amistades.

Porque, ante todo, había que olvidarle a él.

“No olvides que has venido aquí para olvidar”, se decía a sí misma, y luego advertía la utilización repetida de un mismo verbo en una oración tan corta, y pensaba que esto se lo habría reprochado él con aquella manera que tenía de reprochar estas cosas, limitándose a repetir la frase sin ninguna clase de subrayado tonal, de modo que se advertía o no se advertía el error, pero no valía preguntarle “¿Qué es lo que he dicho mal?”, cosa que ella, por otra parte, nunca le hubiera preguntado. Si no juegas, no te diviertes; siempre hay que jugar con algo, yo juego con las palabras. Eran frases de él, frases que ella recordaba ahora, entonces, cuando no debiera recordarlas, cuando había ido allí para olvidar.

—¿Para olvidar? Qué tontería. Estamos jugando al amor imposible.

—Sin embargo, tú eras una buena bebedora de whisky.

—Tienes razón, Miguel.

—¿Insisto?

—Insiste, hombre, que eso no se pregunta.

Y se tomaba otro whisky en compañía de aquel Miguel que creía firmemente en el humanismo de la tecnocracia. Bueno, pero esta tarde no me cuentes lo de la tecnocracia. Hoy es domingo, Miguel, por favor.

—¿Y qué hacer el domingo si no es hablar de humanismo, tecnocracia y cosas así?

Pitigrilli dice que el domingo sólo se pueden hacer dos cosas, y fue a contarle la frase de Pitigrilli, pero luego dudó de que el tipo supiese quién era Pitigrilli. “Sí. Un tipo que escribe en *La Codorniz*”. Sólo sabía de Pitigrilli que escribía en *La Codorniz*. Decidió no explicarle la frase, porque, además, “era muy verde”, y al otro le ilusionó mucho saber que su compañera de Facultad contaba “chistes verdes”. Pero no es un chiste, exactamente, se defendió ella, completamente asqueada ya. La frase, empero, era de él, él se la había contado a ella, y poco le importaba a ella que la hubiese tomado de Pitigrilli o de cualquier otro señor.

—¿Por qué no quieres contarme lo de Pitigrilli?

—Es que precisamente he venido a este guateque a olvidar a Pitigrilli.

—Ah —dijo el otro, sin saber cómo seguir.

Él pedía otro café al camarero, por pedir algo, y la tarde del domingo se hacía incolora

dentro del bar-sotaniello y apenas si pasaban autobuses, pero el poeta del enebro estaba dispuesto a explicar más detalladamente toda su teoría eroticovegetal, quizá para escandalizar a las señoras reventonas que acudían a aquella hora —mediada la tarde— a tomar café y tortitas con nata o tortitas sin nata. “Que te está oyendo todo el mundo, oye”. Pero el otro dijo lo inevitable: que precisamente él estaba allí “pour épater bourgeois”, y esto ya enrareció definitivamente el aire —esa refrigeración, por favor, Ernesto (Ernesto era el camarero de turno)— y él sintió deseos de largarse, pero adónde. A la calle.

—¿Sin tomar tu café?

Se largó sin tomar su café, que quedó allí, humeante, enmarronecido, mirado y olvidado, con la cucharilla sobre el blanco mantel, brillante como una joyita de plata, inútil, desusada, esbelta, de curvas casi femeninas, inadvertidamente femeninas, y el paquetito del azúcar al otro lado: blanco y pequeño envoltorio cuadrangular con una inscripción en letra inglesa de imprenta que le daba la vuelta y escondía su última letra dentro del pliegue del papel.

—Anda raro con eso de la gachí.

Y la tacita humeaba como el espíritu mismo del ausente, entre los rostros contertulios del poeta de la barba y el poeta del enebro y el poeta sudamericano y el matemático de pueblo y el estudiante que pedía tabaco y el ligón que no ligaba nada, “Que no ligas nada, macho”.

—Ése se habrá ido a ligar por ahí.

Andaba abrochándose el abrigo de cualquier forma, por las calles solas y negras, huyendo de la gran soledad del domingo, adentrándose más en ella.

Tediosa tertulia de todas las tardes de todos los domingos, con repaso minucioso a la historia del cinema dicho así, “cinema”, para distinguirlo del cine que ve la gente en los programas dobles y en las sesiones continuas y en los estrenos de la Gran Vía. Porque, según aquellos teóricos que llevaban un chaleco encima de otro chaleco, la diferencia está precisamente en eso, en que el cine ya no es el cinema —de alguna manera hay que decirlo—, y si el cine es una industria, una política, un comercio, una ciencia, “bueno, un arte de masas también”, el cinema es lo otro, lo primero, la verdad de la verdad, todo lo que habían leído unos y otros en las revistas francesas especializadas; ah, la “limpieza narrativa” de *El regador regado*, ah, los obreros saliendo de la fábrica aquella, lo documental puro, cinéma-vérité, zarandajas, y así hasta el gran cine de Hollywood, cuando a Hollywood no lo habían devorado las “estrellas” y los banqueros, y el expresionismo fílmico alemán. Decir “la Ufa” era llenarse de aquella U profunda y mayúscula, sumergirse en aquel valle de sombras inolvidables, en aquel hondón en forma de U que ninguno había frecuentado, porque todos eran niños de la guerra, o ni siquiera eso; pero quién no ha visto en un cine-club, en una matiné, en una semana del cine alemán, en una filmoteca, las cosas de la Ufa. El poder del contraluz en el cine inglés, la elocuencia del cine ruso, aquella *Juana de Arco*, de Dreyer, toda en primeros planos. “Los soviéticos han acabado con el gran cine ruso”. “Que te crees tú eso”. “No hacen más que libelos”.

Podía ser que los soviéticos no hiciesen más que libelos, pero un tipo que había pasado el último año en Suecia —las suecas se dan como hongos, claro que no a todo el mundo, hay que saber, el español es un ingenuo, etcétera— aseguró que en Rusia se estaba volviendo a un cine-cine. “Y además con mensaje”. Esto del mensaje pareció tranquilizar un poco a la encenizada vajilla, a las copas y los platos.

El cine europeo es un violín sonando por calles mojadas de lluvia, había leído él en algún sitio, y ahora, caminando solitario por las calles húmedas, oscuras, solitarias, dominicales, lejos de la tertulia de los poetas de mañana y los cineastas de pasado mañana y los estudiantes de todo el año, se sentía cine europeo, él, sí, se sentía todo el cine europeo viviendo en un domingo de Europa; qué hermoso, un domingo de

Europa —y se lo repitió entre dientes—; se sentía Orson Welles y mister Alfred y Carol Reed e incluso Einseistein, no digamos Antoine de Autant-Lara, o el viejo Renoir, y hasta Marcel Carné o Jean Gabin —aquel Jean Gabin joven que empezó con Michele Morgan—, y hasta René Clair. Todo tenía música de entonces en el domingo sórdido. Bergman es ya otra cosa. Antonioni es ya otra cosa. Resnais es ya otra cosa. Pensaba en ella, se dejaba afrentar por el viento y la lluvia, ¿la lluvia?, no estaba muy seguro de que lloviese sino en las películas de su imaginación. “Pero ha sido una locura esto de pasar el domingo separados”. Se aburría, estaba triste, trató de pensar en otras, aquel baile-bolera, y hubo un momento, entre dos escaparates lucientes, en que comprendió, mientras pasaba del mundo planchado de la sastrería al mundo terso de la bisutería, que estaba jugando al masoquismo, literaturizando su dolor, exagerando la ausencia que efectivamente llevaba dentro. Fue cuando tomó el camino del metro para dirigirse al baile-bolera, y el solo hecho de entregar dos pesetas en la taquilla con absoluta decisión de llevarse su billete y pasar al andén que le aguardaba, sí, le aguardaba escaleras abajo, fue ya como una liberación momentánea, y llegó el tren y las puertas se abrieron y cerraron como aquellas puertas corredizas que el anfitrión, el dueño del apartamento, abrió y cerró para advertir a sus invitados, a la gente del guateque, para advertirle a ella, incluso, que andaba por su segundo whisky, de que “dada la animación de la fiesta iban a disponer de un salón más para bailar”.

El devoto de las disciplinas orientales trataba de explicarle cosas del yoga, que confundía a ratos con el Zen, a una muchachita que se moría de emoción y novedad bailando con él, y el individuo tardó en comprender que hay un yoga y un Zen cuyas últimas consecuencias se consiguen en pocos minutos con sólo bailar una música —una mala música conocida y amiga— con los ojos cerrados, en compañía de una muchacha, y que basta con olvidar y esperar, esperar y olvidar, olvidar y esperar... Pero había súbitos estrépitos en la casa, las botellas vacías se morían de sed por los rincones y una penumbra en la que ni la música ni las palabras conseguían poner malicia, llenaba de tedio los espejos. Te quiero de regreso lo saben los cafés que jamás han cerrado y se llenan de insomnio cuando la antigüedad desciende a sus espejos, pero a ella tampoco le bastaba con recordar versos, y bailó con el futbolista davídico que bebía naranjada y sonreía hasta los molares, bailó con el de la barbita, el amigo de su hermana, sonriente, nervioso, lúbrico, ingenuo, feliz. Bailó con el de la capa, aquel chico que había llegado al guateque en solitario, envuelto, casi anacrónicamente, en su gran capa azul marino.

—¿Por qué usas capa?

—Para taparte mejor —respondió el otro, poniendo la consabida voz del lobo de Caperucita.

De cualquier forma, era el tipo más interesante de la reunión, bailaba sencillamente, desganadamente, “no ha venido aquí a aprovecharse”, como dicen esos cretinos, y decía pocas cosas. Los hombres estáis mejor cuando habláis poco. “¿Tú crees?”. Y el tipo siguió hablando poco. Ella le miraba y pensaba que podía ser éste, podía ser éste, y aún no se daba cuenta de que en éste le estaba buscando a él. Y tampoco se trataba de eso, de volver a empezar, sino de encontrar algo absolutamente distinto, algo sencillo y corriente. “La gente es corriente y se casa”. “La gente es corriente y se aburre”. “La gente es corriente y parece feliz”. “Sí, son felices corrientemente”. “Ya estás jugando con las palabras”. “No pretenderás que las tome en serio”. Recordaba ahora, bailando con el de la capa —que naturalmente se había quitado la capa para bailar— este diálogo con él, lo recordaba puntualmente.

Y se alegró de haber tenido una evocación tan clara, fue aquel día, paseando por Francisco Silvela —¿por Francisco Silvela?—, cuando iban uno al lado del otro y se decían las cosas más definitivas, pues sentados frente a frente o mirándose a los ojos no eran capaces de llegar a tanto. Había unos enamorados que bailaban en el pasillo.

Un grupo de chicos y chicas jugaba a algo en el tresillo del living. Era el juego de la verdad, o el juego de las prendas, o sencillamente jugaban a los chinos. En todo caso, el de la barbita compartía una coca-cola con una adolescente tonta de ojos como espantados, que quería ser arquitecto, y ambos bebían directamente de la misma botella, y el humanista de la tecnocracia había entrado en un éxtasis beatletizado y yeyé cuyas contorsiones se repetían como en un femenino espejo en el cuerpo de la muchacha que bailaba frente a él, a medio metro de distancia, mientras el microsurco llegaba a sus últimas estrías y el ritmo parecía fatigado de sí mismo, jadeante, y el perfume de las chicas había entrado en relaciones atmosféricas con el de los chicos y una tenue nube de olor joven, corporal, lo llenaba todo, impregnando los viejos cisnes bordados en los almohadones de la abuela, sacándole invisibles gotitas de sudor a la fibra artificial de los muebles funcionales, lisos y fríos, en apariencia, pero que acaban siempre, al final de una fiesta, por llorar secretas lágrimas de estucado desestucado, de pintura despintada, de barniz desbarnizado. Como ese contacto húmedo que nos ofrece de pronto la barra del metro, húmedo de la humedad de otra mano, de una mano anterior a la suya, de modo que él la retiró rápidamente, se la frotó contra el abrigo y optó por apoyarse contra la pared metálica del vagón, hundiendo las manos en los bolsillos.

Pero habían llegado y salió al andén y subió las gastadas escaleras entre otras gentes endomingadas, tras una familia de luto que volvía al hogar después de merendar, sin duda, en una cafetería, y el mico de corbata negra se volvía de vez en cuando para mirarle a él, preguntándose quizá por qué aquel señor no llevaba corbata, si era domingo, y además por qué iba sin afeitarse. Las flechas azules con letras blancas, los indicadores luminosos, los letreros negros sobre grandes rectángulos marrones, conducían a la gente por los largos corredores y los anuncios de coñac y de películas, de cosas que estaban en la superficie, parecían prometer un paraíso, allá arriba, al final de la escalera, si bien en la boca del metro esperaba tan sólo una mujer con pañuelo de lunares arrugados para ofrecer a los que subían y bajaban su tabaco rubio, su tabaco negro, sus emboquillados, y los niños del domingo por la tarde voceaban la Goleada: ¡Goleadagoleadasalidogoleada!; y el baile-bolera estaba cerca, unas calles más abajo.

—Pero ¿tú no tenías un novio?

—¿Y a ti qué te importa lo que tenía yo?

Él que preparaba su tesina —qué horrible palabra, tesina— se había acercado con su traje de grandes almacenes y su sonrisa heredada de la conspicua sonrisa de papa, aun cuando los dientes del hijo —hay que suponerlo— no fuesen postizos, y se había acercado, aparentemente, para servirse seltz en el whisky, si bien lo que pretendía, en realidad, era preguntarle a la muchacha —cómo me gusta esa loca, si fumase menos— por aquel novio tan raro.

—Ya sabes que si uno pregunta es porque tiene interés. Era nauseabundantemente normal en su dialéctica.

—Claro.

—Lo habéis dejado...

Y volvió a sonreír dentro de él la dentadura postiza de papá.

—No lo hemos dejado ni lo hemos tomado. Yo he venido a un guateque. Eso es todo.

Pero el de la tesina y el traje de grandes almacenes no estaba dispuesto a arriesgar nada —sonrisas, timidez, tesina, porvenir— con una chica cuya situación sentimental no conocía exactamente.

“Eso, digamos tu situación sentimental”. “Viuda y con tres hijos”. “Siempre has tenido tus salidas, pero...”. “¿Por qué no te largas, macho...?”. Hay un guateque que languidece y ella comprende, desde el rincón donde se ha sentado, que sólo se dejará acompañar a casa por el chico de la capa; curiosidad, simple curiosidad, y el de las

grandes iniciativas, el experto en guateques, el estudiante de perito que nunca será perito ha colocado en el giradiscos algo muy fuerte, muy movido, “muy Liverpool-sound”, como él mismo dijo, porque hacia el final de una fiesta es cuando hacen falta “los discos de impacto”.

—Si metes algo lento, ahora que la gente está cursiloide, te cargas el guateque.

Las viejas carcomas de la abuela y los muebles funcionales de la generación siguiente, toda aquella batería danesa metaloide, e incluso las exquisitas antiguallas, adorablemente falsas, adquiridas por la familia propietaria del piso en los últimos años de esnobismo y prosperidad, vi-vieron los minutos eléctricos del Liverpool-sound, y el Liverpool-sound contagiaba al yoga y al Zen, aventaba la tesina y sus notas y pies de página, ponía un himno al humanismo de la tecnocracia, llenaba de deseos inconfesables al simpático muchacho de la barbita fáunica e incluso imprimió un leve calambre en la esbelta anatomía del de la capa, en tanto que las parejas más inexpertas y enamoradas decidían someterse al dictado de todos los relojes, dejando atrás la selva del ruido, como se abandona el bosque del pecado, casi como abandonaron Adán y Eva el Paraíso.

Empezaron a dispersarse los grupos y en la casa se abrieron raros vacíos, huecos que la noche no llenaba, ausencias de música y adolescencia, silencios por donde el hogar, sumergido en las aguas de aquella orgía blanca, afloraba de nuevo con sus muebles respetables y sus condignas panoplias, y él, dando un revés al viento de la calle, empezó a bajar despacio las escaleras del establecimiento, bajo el gran neón que le aureolaba con su estructura semicircular y deslumbrante, “baile-bolera”, y un rumor de multitud, como un aplauso de su llegada, por entre el que se distinguía el trueno rotatorio de las bolas en la bolera, le acogió igual que otras veces.

El invierno está ahí, enrollado dentro del paraguas, o goteante en el alero, mojando la luz de la mañana que despierta al muchacho —“anoche debí de quedarme dormido estudiando”—, a la muchacha, de su mal sueño, de su mala noche; el invierno corre en mil culebras heladas que asoman su cabeza por la boca de los grifos, en cien escalofríos deslizándose por las negras cañerías, por los gruesos tubos de conducción del agua, por los finos tubos que suben a los pisos, recorren las paredes, van entre tabiques, asoman aquí o allá, en la cocina, en el retrete, barnizados, enjalbegados; el invierno mancha las sábanas de la pensión, ensombrece el libro de texto, pone a arder cosas viejas, olvidadas, en la caldera de la calefacción, y entonces todo el aire de la casa huele a esa exhumación e inhumación de recuerdos, de memorias polvorientas, huele a carcoma y ala de sombrero que ya nadie se pone, ah, el olvidado sombrero de los muertos, dentro de cuya badana bullen aún, como abejas dormidas, los pensamientos que el muerto pensó cuando tenía el sombrero puesto y estaba vivo y pensante. El invierno enmohece las bielas del tranvía, los frenos del autobús, retarda la llegada del metro, adensando el negror de los túneles, poniendo paz en la desconocida carnicería de las ratas, que combaten allá dentro, y toda la pensión huele a invierno, y todo el metro huele a pensión, y toda la calle huele a metro y la vida toda del muchacho, del estudiante, de la muchacha, huele como huele la ciudad, con sus paraguas abiertos bajo la lluvia y su efluvio de alcanfor: un prado de alcanfor abriendo flores blancas e invisibles entre el pelo-hierba de los abrigos, en el prado azul marino o verdemar de los tres cuartos. Fantasmales naftalinas impregnan la ropa del año anterior, y uno va por la calle oliendo a fantasma, hasta que viene una ráfaga fuerte de viento y se lo lleva todo con el manotazo de sus hojas secas, esas hojas secas que son como las manos fuertes y desprendidas del invierno. A veces, él tomaba un taxi —el letrero de “libre” puede dibujarse en verde entre la niebla—, cuando se le había hecho tarde para llegar a la segunda clase, que “a la primera ni hablar”.

Hay que ir a los grandes almacenes a elegir un abrigo, una gabardina, una ropa de invierno —algo nuevo para este año—, aunque mirando siempre, previamente, la

etiqueta del precio —“Se lleva usted una prenda excepcional, ha tenido suerte”—, y entonces es cuando él se contempla en los deslumbrantes y acusadores espejos de las grandes galerías mirándose con ojos de ella, como ella se mira el suéter, la falda que quizá va a comprar, con ojos de él —le gustará, no le gustará— y hay días, semanas en que, aún sin verse, viven uno para el otro, pendiente uno del otro, como si lo llevase al lado.

El invierno duerme enrollado en la tela negra del paraguas, pero puede desenrollarse, como un gran pájaro, como un buitre-murciélago que se desprende del varillaje del paraguas y lo ensombrece todo con su vuelo, con su creciente ala de tristeza, de cotidianidad, que tapa el futuro; sobre todo eso, el futuro. Era absurdo continuar así, sin verse, sin llamarse, sin buscarse recíprocamente, cuando en realidad estaban viviendo, estudiando, durmiendo, despertando uno para el otro. Y la lluvia venía a veces a la ventana con su mensaje que no es de nadie ni va destinado a nadie, o el viento, incluso la nieve, alguna vez, en las tardes en que uno decide no ir a ver al grupo —barbitas rebeldes, erotomanías, política estudiantil y cantos al enebro— y quedarse en la pensión estudiando.

Frente a la ventana había una casa en construcción. Los albañiles estaban allí desde por la mañana, desde muy temprano, cantando en los andamios y moviendo su lenta actividad entre ladrillos y argamasas, vestidos con breves chaquetas sobre los monos marazulmahón, resguardados del frío con bufandas —“tapabocas”, como ellos decían— y guantes con los dedos cortados, y boinas o cascos que se calaban hasta la nariz. Los obreros comparten con obreros su pan y su saliva habituales; pero acaban siempre rompiendo aquellas cosas. “Mira que darte ahora por la poesía social”, le había dicho el matemático de pueblo.

Cuando volvía de clase, a mediodía, con el sol de invierno en las habitaciones sin techo de la casa en construcción, miraba a los albañiles, los veía durmiendo la siesta en hilera, entresonando al borde del andamio, tumbados al sol sobre el vacío de la calle, y había uno, solitario, que se había ido al fondo de la casa sin fondo a leer el *Marca*. Después de comer, mientras se afeitaba o le daba vueltas a los libros, sin decidirse por ninguna asignatura, miraba para los albañiles, que, perdidos ya el sol y la vacación del mediodía, ponían ladrillos hasta las cinco o las seis de la tarde, se intercambiaban tabaco, conducían una carretilla por un estrecho tablón, a muchos metros de altura, como por un camino lleno de grandes álamos, pacífico y estival.

Más tarde, la obra quedaba solitaria, como una ruina ya, más que como un proyecto de construcción, y una olvidada chaqueta con bubones de forro en los codos, colgaba de una larga astilla, junto a lo que iba a ser una ventana con flores y visillos, un día, meses más tarde, cuando el propietario de aquella chaqueta estuviese ya lejos, en otra punta de la ciudad, moviendo otra masa, haciendo girar otra mezcladora, construyendo otra casa.

Los obreros comparten con obreros... “Pero lo que yo quería era escribir un poema de amor”. Y se iba a la calle dándole vueltas en la cabeza a la última lección leída por encima, entreleída.

Se iba a la calle a forzar el encuentro, aunque, una vez más, fue ella quien le llamó: teléfono invernal, aquellas manos largas —con manos de muchacho y corazón alcohólico, etcétera—, luz gris de media tarde, esa hora en que todas las parejas del mundo vuelven a ser parejas, esa hora en que se necesita angustiosamente a la muchacha del día anterior. La ciudad que ha vivido una mañana millonaria de prisa y actividad, un mediodía compacto, con olor a guiso y a motocicleta, la ciudad que ha ido languideciendo a lo largo de las primeras horas de la tarde, con una falsa actividad de matasellos, grapadoras, tampones, troqueladoras, laminadoras, contrachapeadoras, todo ello embotado de cansancio y digestión; la ciudad, hacia la media tarde, más bien hacia el anochecer, reparte de pronto a sus millones de habitantes una inmensa

sensación de soledad, una triste súplica de compañía, un miedo antiguo a la noche. Y es cuando empiezan a girar de otro modo más sentimental las ruletas de los teléfonos, cuando sobre las muertas cifras telefónicas de la mañana —transferencias, cotizaciones, órdenes, consignas— se erigen los guarismos ilusionados, esperanzados, de la tarde, las conversaciones breves —la voz color de rosa—; las citas.

Paseaba ella, al anochecer, tras la tarde de estudio o de tediosa tertulia familiar, sintiendo dentro esa llamada, esa soledad casi campestre que se abate sobre la ciudad con las sombras de la noche.

“Sí, hay uno de capa que yo creo que me va. Bueno, no seas tonto, lo que yo quiero es verte. Cuántas veces tengo que decírtelo, era una broma, he probado, sí, con el de la capa, pero ahora necesito verte”. Son los diálogos que se producen al anochecer de punta a punta de la red tele-fónica, como en las afueras de la tribu, entre la orilla del bosque y la última choza, como en el caserío con perros y labranza, tras las últimas bardas, como en el lento y orante paseo provinciano, con el mar o la catedral izando su sombra nocturna. Es la búsqueda de una mano del otro sexo, al afianzarse desesperadamente en un tibio eslabón humano, la cadena infinita que se teje para cubrir la tierra, el tegumento de la sangre.

—No es lo nuestro lo que más me preocupa —dijo ella cuando estuvieron sentados en aquel solitario café, a espaldas de la plaza de España, en aquel café que tenía algo de gran salón de juego de trasatlántico decimonónico. Quizá, así había sido el salón de juego del Titanic, o, más exactamente, así era en el fondo del mar, pasados los años, así de húmedo y oscuro y goteante y negro.

—Tengo la sensación de que vamos a naufragar de un momento a otro —dijo él, mirando en torno, seducido por el hechizo literario del local.

—Lo que más me preocupa es que estoy perdiendo el curso. No estudio nada. Bueno, me paso horas enteras estudiando, pero yo creo que no me entero.

—¿Por qué?

—Si esto nuestro fuera más normal...

—¿Más normal?

—Ya me entiendes.

—Me parece que yo también estoy perdiendo el curso. A veces, ni siquiera recuerdo qué curso es el que llevo. —Ya estás haciendo literatura, como siempre.

—Y eso es lo malo. Que no hacemos otra cosa que literatura. Los dos.

Se cogieron las manos en silencio. Sabían, creían saber en aquel momento, que nunca pasarían de aquello, que nunca serían capaces de llegar más lejos, de edificar algo firme y duradero con su amor. Ahora es cuando se querían de verdad, en un café solitario y naufragado, confesándose sus mutuos fracasos, sus mutuos recelos.

—Lo que pasa es que somos unos débiles —dijo él.

No naufragaba el café, sino que se encendía en un rincón el televisor, o el viejo aparato de radio, con sus botones grandes y estriados, y era como si aquel viejo barco navegase hacia la actualidad, cortando las aguas del mundo entre el palabreo de los locutores, sus noticias y sus noticiarios de última hora, sus anuncios, el documental filmado de una guerra en el extremo Oriente o en el Oriente medio, en el cercano o lejano Oriente, y cuando en la pantalla incierta de la televisión se veía el mar, un mar viajado, fotografiado desde una proa hendiente, podía ser perfecta la sensación de estar navegando de verdad, dentro de aquel café-navio, y viendo el mar por el ojo de buey del televisor.

Había unas vetustas parejas —matrimonios o novios vitalicios— que entraban a tomar café en la barra o a jugar al parchís en el rincón habitual, repitiendo movimientos que se adivinaban iguales a los del día anterior y los del año anterior, y un habitual de la casa que hacía comentarios con los camareros sobre las cosas que salían por el viejo trasto radiofónico, por el moderno trasto televisivo —según los días— y completaba

cada información con un comentario chusco, mientras picaba anchoas en la barra y se tomaba a sorbitos una cerveza del tiempo.

El café vivía así una media hora de mínima agitación, como de travesía por alta mar, y él repitió aquello de que los dos eran unos débiles, aunque ya con menos convicción que la primera vez.

Pero ella hablaba y hablaba; lo que supone el tipo de la capa, o el humanista de la tecnocracia, o el de las místicas orientales, es un cuñado más en la familia, ¿sabes?, un nuevo cuñado, porque resulta que estoy en condiciones de terminar mi carrera, casarme y, además, añadir un nuevo y honrado cuñado o yerno a la familia, que comprenderá en seguida las cosas de papá y de mamá y tomará los domingos su anís infecto y escuchará las historias de las tías muertas o vivas hasta aprendérselas, hasta sabérselas de memoria, pero no por eso dejará de seguir escuchándolas y reirá cada vez que le cuenten una de esas historias como si fuese la primera vez que la oye, el primer domingo que se lo cuentan, el domingo más feliz de su vida, en tanto que tú no vas a aguantar nada de eso, y el problema no está en que no seas un buen cuñado, un buen yerno, un buen esposo, sino en que yo tampoco quiero que lo seas, porque te veo convertido en uno más de la familia y me da la náusea, ¿sabes?, la náusea.

¿El de la capa sí sirve para cuñado ideal, para yerno ideal, para esposo ideal?; no te produce náusea ver convertido en un nuevo y glorioso miembro de la familia al tipo de la capa, ¿verdad?, al tipo de la capa, o al humanista de la tecnocracia, o a ese otro pájaro que sabe de místicas orientales, porque todo lo que se traen es mucho cuento, y tú sabes que vas a hacer con ellos lo que te dé la gana, y que si hay que ir a casa de mamá, irán a casa de mamá, y si hay que escuchar las historias de papá, escucharán las historias de papá y... El barco de la polémica seguía su rumbo hacia aguas cada vez más violentas, pero se querían, se querían, y ella trataba de hacerse comprender, y él trataba de hacerse comprender, y el reloj del café, el gran reloj como de puerto o de camarote de capitán atunero, superando todas sus asmas, daba una hora cualquiera, una hora que seguramente no tenía nada que ver con la del Palacio de Telecomunicaciones de Madrid, como acababan de llamarle por la radio al desconcertantemente feo edificio de Cibeles: Correos. ¿Es que no te das cuenta?, yo no quiero que tú seas eso, tú eres todo lo contrario, te quiero porque te veo como la superación de todo eso, pero creo que tampoco seremos capaces de inventar algo mejor; al principio sí lo creía, o ni siquiera pensaba en ello, al principio estaba como loca...

Las fichas amarillas perseguían a las fichas azules sobre el plano tedioso del parchís y las vetustas parejas leían el periódico de la tarde, uno de los periódicos de la tarde, el más reaccionario seguramente, repartiéndoselo por hojas, por pliegos enteros, que luego se intercambiaban con gran revuelo del papel terso de tinta reciente. Date cuenta de que yo no voy a reír las gracias de tu padre ni voy a aceptar el anís de tu madre; de que lo nuestro va a ser distinto desde el primer día, es decir, desde antes de la boda; bueno, es distinto ya, ahora mismo, lo es desde que nos conocimos, ¿o no lo es? Y se cogían las manos más fuerte y ella volvía a lo de siempre, que no estás seguro de ti mismo, como yo tampoco lo estoy de mí misma, ni de ti, y tengo miedo a continuar la historia; si nos fuéramos lejos, quizá si nos fuéramos lejos... Pero no quieren, no querrán, además no podemos, adonde vamos a ir, qué vamos a hacer en un sitio desconocido, no querrás meterme en una provincia, sí, ya sé que tú tampoco quieres meterte en una provincia; pero Madrid, con ellos aquí, es peor que cualquier provincia; por otra parte no hacemos nada porque las cosas vayan mejor, ya te digo que estoy a punto de perder el curso.

También él estaba a punto de perder el curso.

En la televisión se habían visto unas borrosas imágenes de unos campeonatos olímpicos y ahora había una cara muy grande en la pantalla, la cara de un señor que se

obstinaba en sonreír, aunque sin duda no había sonreído nunca, jamás, en su vida, en su larga vida, pues ya debía de ser todo un tío viejo, y ahora, a estas alturas, intentaba sonreír para la televisión, convencer a la gente de algo, explicar algún procedimiento para evitar los accidentes de tráfico o contener la alopecia o mantener en los niños el estado de pureza moral hasta bien entrada la pubertad. Un viejo camarero con cara de torero antiguo, que no le iba nada a aquel café-transatlántico, a aquel Titanic ciudadano, discutía las cosas del periódico con una de las parejas adustas y parecía muy obstinado en llevarle la contraria a un señor que había hecho unas declaraciones deportivas muy interesantes o muy “descabelladas”, como dijo el camarero, en aquel periódico, en aquella página, precisamente, que el camarero golpeaba con su dedo índice, con la punta de su dedo índice, como si quisiera artravesar el papel o sacarle un ojo a la foto de aquel señor.

Escúchame, moña —a veces la llamaba moña—, vamos a ver si nos aclaramos y sacamos adelante el curso, lo primero sacamos adelante el curso; luego, ya veremos lo que se hace; pero te juro que encontraremos una solución para deshacer el clan de los cuñados y las cuñadas, de los hermanos y las hermanas, para vivir nuestra vida, como dicen en las películas; comprendo que soy lo menos parecido al novio formal que esperan conocer tus padres, pero... No seas tonto, no te obstines —la moña no parecía muy dispuesta a escuchar—, no trates de engañarte a ti mismo, nos hemos metido los dos en una cosa de la que no sabemos cómo salir, quizá nunca debiéramos habernos conocido, cada uno de nosotros necesita una persona que sea todo lo contrario de lo que nosotros somos; tú necesitas una hija de familia y yo necesito un licenciado en algo; bueno, sí, un humanista de la tecnocracia, si te empeñas; sí, ya sé que yo soy una hija de familia, pero no la que tú necesitas, y lo malo es que sí nos necesitamos, los dos nos necesitamos, ¿por qué romper esto, que es lo único que nos importa?; ¿por qué romper una cosa que no se volverá a repetir? La cafetera procuraba poner paz, desde el mostrador, con su silbido exprés en aquella conversación sin rumbo.

—Estamos locos, ¿sabes?

—Sí. Estamos locos. Pero eso es bueno.

—Te quiero.

Abandonaron el café poco más tarde, observados por las adustas parejas, que habían abatido inmediatamente sus periódicos para fisgar hasta dentro a aquel chico y aquella chica. “Parecen existencialistas de ésos”, dijo una novia miope y prepotente, que llevaba veinticinco años de prometida con el señor pelirrojo —calvirrojo, más bien— que tenía al lado. Abandonaron el café observados por la fina percepción del camarero con aire de matador —“Le digo a usted que viene cada pareja”—, por la mirada bondadosa del señor que no sabía sonreír en televisión —“Europa tiene una importante misión que cumplir en esta hora crucial del mundo, de la Humanidad” (seguramente lo había pronunciado con hache mayúscula)—, por los ojos guasones del habitual de la barra, que saboreaba su boqueroncito vespertino, o su vespertina aceitunita, o su prenoctámbulo champiñón y su prenoctívaga cerveza del tiempo: “Que este café se está poniendo indecente, jefe”.

Estudiar, habían decidido estudiar, como evasión de sí mismos y como única posibilidad hacia el futuro. El futuro, pensaba él a veces, es como esos grandes tambores con parche de celofán que ponen en los circos; uno está detrás del parche y tiene que decidirse a dar el salto, desgarrando el celofán, para caer al otro lado, ¡zas!; estar ya al otro lado, entre fieras o entre payasos, de cara al público, pero roto y superado; a la espalda, el telón de celofán que nos ocultaba la otra cara de la vida, de la luna, el más allá de nosotros mismos. Y se repetían sus horas de pensión y soledad, sus húmedas tardes de estudio, pasando de largo por el teléfono, que estaba en el pasillo —“La llamaría ahora mismo, seguro que está en casa”—, mirando de reojo, casi temerosamente, al invitador y negro artefacto.

Sólo marcar y ya está.

Pero no marcaba. Y quizás, al otro lado de la línea, ella esperaba también la llamada; sin duda la esperaba, e incluso salía al pasillo —los dos salían al pasillo: él, en la pensión; ella, en su casa— cuando sonaba el timbre del teléfono. “Es de la carnicería”, “Es de la pescadería”, “Es de la verdulería”. Un mundo de banastas y carne asesinada dentro de sus frigoríficos, y peces muertos e insepultos sobre los cementerios de sal, un mundo de coliflores y berzas y escarolas y repollos y boniatos agrupaba su garrulería entre ambos, los separaba, los distanciaba. Todo el pescado, toda la carne, toda la verdura que consume la ciudad, que devora cada día la gran ciudad, como mordiendo con quijada circular en torno de los campos y las aguas del país, era un inmenso mercado movible, un río alimenticio y digestivo que entraba en las casas por la puerta de servicio, que subía a las casas por la escalera de servicio, que se insinuaba a borbotones en la llamada del teléfono. Sólo entonces comprendía él en qué asombrosas cantidades consume seres vivos y seres muertos el ser humano, en qué voraces dimensiones deglute hortalizas, verduras, frutas, vegetales, paisajes enteros de trigo y escarola, panoramas de lechugas, perspectivas infinitas de melonares, como las que se ven desde el tren, rebaños y rebaños, barcos enteros de anchoas, kilómetros de merluza, mares de marisco. Y así, el teléfono era ya un instrumento de deglución, con olor a sal y a carne y a sangre y a coliflor cocida, y se le hacía repugnante tener que comunicar con ella a través de aquel apestoso teléfono de pensión.

“Cuando me decida a llamarla, la llamaré desde el bar de abajo”, pensó un día.

Ella estudiaba encerrada en su cuarto, teniendo cerca el rumor de la cocina, la conversación de la criada con el grifo que corría a caño suelto, los pasos de la madre por el pasillo, el adiós cansino del padre, el repentino alborozo de una hermana, que había tenido carta del extranjero. Era la angustia de los exámenes, la cercanía de los exámenes, la conciencia de estar resbalando sobre todo un embaldosado de asignaturas que no lograba hacer suyas. Se veían de tarde en tarde, tenían pocas cosas que contarse, tenían muchas cosas que decirse. “Hay dos con las que ya no cuento; suspenso seguro”. “Yo me presentaré a todas, a ver qué pasa”.

La primavera suele despuntar sobre la espalda de un estudiante, sobre la espalda de una muchacha que, perdida en la Grecia de Pericles, apenas si advierte lo que está ocurriendo en torno. La primavera llega a las oscuras pensiones de Madrid, a las mojadas pensiones de Madrid, a los cien pisos “todo interior”, mediante un juego de reflejos que recoge el sol del patio en la ventana de enfrente y lo envía, difuso y ya sin aroma, hasta la otra ventana, debajo de la que un hombre en zapatillas, envuelto de cualquier forma en un enorme suéter, estudia silenciosamente. Ha abandonado su habitación porque la ventana está abierta y el ruido de la obra de enfrente, las canciones de los albañiles, le impiden concentrarse. La primavera es ya una estructura metálica en torno de la que crece un edificio de ladrillo.

Sonó el timbre del teléfono. Era ella. Se vieron algunas tardes, a primera hora.

—¿No te parece esto una locura? Los dos tenemos mucho que estudiar.

Pero ella decía que así le costaba menos trabajo, luego, encerrarse en casa con el griego hasta la hora de cenar, “Y después de cenar, sigo, en la cama, hasta que me hacen apagar la luz”.

Cuando la primavera entra con su luz fisgadora hasta los tristes encerados de la Universitaria, cuando los árboles empiezan a ser verdes en torno de los edificios de ladrillo, en torno de las estatuas y las facultades, cuando los jugos, las savias, la ofensiva de la raicillas tierra adentro y la ofensiva de los brotes aire dentro, cuando el pigmento de la hoja de chopo empieza a ser exactamente el pigmento de la hoja de chopo y el pigmento de la hoja de álamo empieza a ser exactamente el pigmento de la hoja de álamo, y el viento tiene una mayor fluidez entre las ruedas del autobús, hay miles de chicos y chicas, muchachos, hay una juventud que combate el sueño con pastillas, con café muy cargado, con ese café que la madre o la patrona o la criada traen en un vaso, silenciosamente, y lo dejan junto al libro, junto a los cigarrillos, dentro del círculo de luz de la bombilla, al lado del flexo.

“Aunque haya nacido un mundo nuevo después de la invasión dórica, no hay, sin embargo, una ruptura absoluta entre la civilización egea y la civilización helénica que la sigue. Las antiguas poblaciones del Peloponeso, sometidas a los conquistadores, conservan sus procedimientos técnicos, a pesar de la regresión que lleva consigo el cataclismo, y continúan produciendo para los recién llegados que los abandonan el trabajo manual, despreciable a sus ojos y que, como casta poco numerosa en país hostil, se reservan la fuerza militar y el poder civil (1)”. La primavera le escuece ya bajo el asfalto a la noche de la ciudad y, por la mañana, cuando en la habitación hay un vaho de droga, café frío, humo y letra impresa, la calle se dora con el mismo sol que hace siglos doraba el Peloponeso, pero uno sólo desea dormir.

En arquitectura, el templo llamado “dórico” es la continuación del magarón micénico. Una puede estar segura de que el templo llamado “dórico” es la continuación del magarón micénico. Pero una, a pesar de todo, puede darse por suspendida.

—Te aseguro que, a pesar de todo, me doy por suspendida.

Se habían citado en un café inhabitual, al final del paseo del Prado, ya en el sol popular de Atocha. Él había llegado hasta allí en el autobús, y, aunque la tarde estaba sofocada y hermosa, el muchacho llevaba por dentro un rincón de sombra hacia el que no quería mirar. Cuando dejó el autobús, se vio envuelto en el torbellino de la glorieta. Los viajeros que subían de la estación, los coches, la gente que cruzaba hacia Delicias, el manoteo de los guardias en el aire, entre la fuente de gran espectáculo, que nadie miraba, y el alto y pretencioso edificio del Ministerio de Agricultura. Al fondo, la marquesina oscura de la estación, su frontispicio pizarroso, con un reloj o, sencillamente, una gran esfera en el centro, con algo parecido a una cúpula en lo alto, sobre el cielo sur de Madrid, que es, paradójicamente, no el más claro y azul, sino el más neblinoso y nórdico, con algo marítimo, empero, que en los días de buen tiempo puede parecer un primer trasunto mediterráneo, pero, por lo general, tiene algo entre fabril y cantábrico. Entró en el café haciendo girar la puerta de molino, empujando las gruesas barras doradas, horizontales, que quedaban a la altura del estómago de una persona y los clientes ventrudos del café empujaban con el globo empantalonado de la tripa.

—Te aseguro que, a pesar de todo, me doy por suspendida.

Había mirado a todas partes, desconcertado, como siempre que entra uno por primera vez en un sitio público de regulares dimensiones, tratando de diferenciar lo que era espejo y lo que era salón. En torno del mostrador circular, de mármol, había un corro de gentes diversas, viajeros, tratantes, tipos de gabardina o blusón, mujeres con maletas y cestas. A la derecha, un tingladillo de tabaco y periódicos. Él echó una ojeada al tingladillo, pero en seguida comprendió que era demasiado pronto para que hubiesen salido los periódicos de la tarde. A la izquierda, unas puertas verdes, lejanas,

misteriosas, con sus rótulos escritos sobre el cristal del montante —“Señoras”, “Caballeros”—, rótulos que uno se avergonzaba de haber mirado, de haber descubierto tan pronta e innecesariamente. Al fondo del café estaba ella.

Ah su manera de sentarse en un rincón, solitaria, inexpresiva, fumando muy lentamente, con el rostro inmóvil —una mancha blanca muy dibujada en la sombra— y las mangas del suéter un poco subidas, dejando ver sus brazos claros y jóvenes, fuertes, pero mucho más femeninos que las anchas manos de largos dedos nicotinados...

—Sí, el templo llamado “dórico” es toda esa historia, pero te aseguro que me doy por suspendida.

Él también se daba por suspendido. Ella había tomado ya un café negro y pidió otro —“doble, cargado”—, y él pidió café con leche, y estuvieron sentados uno junto al otro, en silencio, cogiéndose una mano de vez en cuando y volviendo a cogérsela al rato, de pronto, cuando uno de ellos reparaba inopinadamente en que las manos habían vuelto a abandonarse por sí solas. Miraban, por encima de las cabezas, más allá de las mesas, entre las columnas del café, salvando el revuelo de las primeras meriendas, la silueta confusa, el frontis pizarroso de la estación de Atocha.

Sabían que aquello tenía que ocurrir, los desolaba ahora la realidad de lo tan esperado, estaban fijos en una perplejidad que no era sino el impacto producido por la confirmación exacta y sin sorpresa de lo tan temido. Porque más aún que lo insólito, más aún que lo inesperado, pasma a la criatura humana la confirmación simple que la vida suele dar a los oscuros pronósticos del corazón. Esto no va a ningún sitio, esto tenía que acabar así, es una locura sin dirección. Efectivamente, no se trataba sino de la pérdida casi total de todo un curso, tanto por parte de él como por parte de ella —“A quién se le ocurre quererse de ese modo, en estos tiempos”, había dicho una amiga y confidente, quizá la de las gafas bifocales—, pero este fracaso estudiantil era para ellos como la respuesta de la vida a su pasión equivocada, como el “no” enérgico de las cosas, de las fuerzas operantes y complejas del mundo, de la sociedad, a su tímido “sí” sin esperanza. El café se iba llenando de gente y la puerta de aspas giratorias distribuía a los parroquianos aquí y allá, parecía asignarle a cada uno su lugar predeterminado en el café.

Somos unos locos; ahora todo ha terminado; qué vamos a hacer; no tiene remedio; ya ves que no hay solución; estamos destrozándonos; habrá que hacer algo; no vernos en principio; no volver a vernos, pero definitivamente, ¿definitivamente...? Las grandes negaciones del sentido común los tenían acorralados en aquel rincón de café, y la vida razonable, el viandar de las gentes, su honra de merienda y conversación, proliferaban en torno: bollitos, ropa de entretiempo, cafés no muy cargados, propinas, y el cepillo negro del limpiabotas obteniendo oscuros brillos del zapato provinciano, recién llegado, con carbonilla aún del ferrocarril, en la puntera, y barro de media España en el reborde de las suelas. Los madrileños, los forasteros, abrían, al fin, los periódicos de la tarde, en aquel café de tránsito, casi fonda de estación y ya ágora capitalina, sitio de estar, establecimiento general y público. Estuvieron largo rato, quizá varias horas, mirando la vida, su tranquilo discurrir sin tragedia ostensible, su manso desvariar, la broma de los camareros con las camareras, los idilios de rincón, las disputas familiares, el juego tozudo de los niños por el pasillo que formaban las mesas y las sillas alineadas, aquellos niños que perseguían y acorralaban al gato por entre las patas de los veladores: al solitario gato del café, aburguesado, peliverde, escéptico, cebón, en quien, con la cacería infantil de cada tarde, renacía de pronto la criatura selvática, la fiera mínima, en dos pupilas a la defensiva, inteligentes y fijas, mucho más inteligentes, quizá, que los ojos oscuros y entrecerrados, entrevelados por las largas pestañas, de aquellos niños morenos recién llegados del Sur. Todo ocurre naturalmente y no es cierto, aunque sí lo sea, que más allá, cruzando la calle, buscándole la vuelta a la gran

plaza, hay un hospital ocre y gris, enorme, donde la gente se muere envuelta en el bullicio de la calle de Atocha y la glorieta de Atocha, que asciende hasta las ventanas. No es cierto, no era cierto, nada iba mal en la vida, nada podía ir mal; los autobuses se sucedían regularmente, los semáforos pasaban regularmente del rojo al verde y del verde al rojo, con transición intermedia en el naranja, y los trenes rumiaban, presos en la gran marquesina, una noche de kilómetros y kilómetros, que empieza en un pitido impaciente y termina con el golpeteo de unos nudillos funcionarios en la puerta o el cristal del departamento.

Sólo ellos, como siempre ocurre, tenían la sensación cierta y precisa de ser culpables, de haberle llevado la contraria a la vida, de haberse ensartado juntos en una sola lanza, la oscura y penetradora lanza de sombra que nos enfilea el destino.

Mentira. Quizá no eran culpables. No había ocurrido otra cosa sino que “tenían curso pendiente”, pero de la calle llegaba el silbato estridente de los guardias, como una acusación y el pregón vocinglero de los vendedores de periódicos les decía que el mundo estaba en guerra, o iba a estarlo, por su culpa, por su culpa, por su gravísima culpa. “Sí, tienes razón, lo mejor será que no volvamos a vernos”. Nunca la astucia tierna de unos niños crueles será suficiente a reducir los saberes antiguos y felinos, luciferinos y rampantes del gato, de un gato de café.

—Vete tú por ahí.

—Y tú por allí.

—Hay que echarle mano.

—Le daremos gaseosa, para que se hinche.

—Cuidado, que araña.

Han pecado, han pecado, el pecado está en algún sitio, lo han cometido, aquí tienen el castigo, la respuesta, la confirmación, la culpa, el arrepentimiento, ¿el arrepentimiento? Pensaban en el regreso a casa, en las familias, en todo el tedioso trámite de las notas y las explicaciones y la justificación premiosa de cada suspenso, asignatura por asignatura. “Pero ¿todas para septiembre?”. “No, todas no, naturalmente”. Nunca unos niños malcriados tendrán la satisfacción cruel y negra de dar captura al gato listo y escéptico, que lleva siglos y siglos viviendo a costa del hombre y despreciando al hombre. Ella se puso a fumar, o en realidad no había dejado de hacerlo en ningún momento, y él también fumó, y el tabaco le supo mal y tiró pronto el cigarrillo, y se quedó mirando para ella, que se llevaba hasta el rostro aquella mano grande, inútil, con el cigarrillo entre los dedos corazón y anular, apresado más arriba de la falange, y se llenaba el rostro de humo y lumbre, pero no cambiaba de expresión, no lloraba, como aquella otra vez, cuando presintió, en una lejana tarde con música, la estúpida predestinación de todo aquello. La muchacha tenía los ojos fijos en quién sabe dónde, quietos, y su boca de labios largos, ligerísimamente vueltos hacia fuera, sólo se movía para expulsar el humo, para saborear el humo, para pronunciar en silencio palabras de humo.

—¿Dónde se ha metido ahora?

—No hay quien lo cace.

—Maldito gato.

—¡Chicos!, ¿queréis dejar tranquilo al gato?

Puede terminar en cualquier momento la captura del gato entre las patas de las sillas y las mesas, puede terminar en cuanto el gato se aburra de la estupidez de sus enemigos y decida largarse o echarles una uña encima, y también puede volver a recomenzar en cualquier momento, en otro rincón del café, la persecución del egregio y solitario animal, entre los pies embetunados o no embetunados de los parroquianos, entre los zapatos con dibujo blanco de verano —“ya de verano, qué tiempo tenemos, es una bendición”— y los zapatos con refozado de invierno, todavía de invierno, y los zapatos femeninos de alto y fino tacón y las sandalias de la adolescente que se rasca

un tobillo contra el otro mientras apura la primera limonada que Dios envía, con los primeros calores. Eran desgraciados, se sentían desgraciados, y si no se habían despedido ya, abandonando el café por separado, quizá fuese por miedo al adiós definitivo, que ni uno ni otro tenía valor para intentar. Una tristeza joven se había fijado en sus rostros, sobre la mascarilla del estupor, y cuando el café encendió todas sus luces, todos sus neones, todas sus bolas de cristal con bombilla dentro, repitiendo en los espejos una verbena monótona que deslumbraba a los recién apeados en la estación, se movieron ambos un momento, parpadearon, y él sintió que tenía una pierna dormida. Ella había echado dentro del bolso ¡ah su revuelto bolso con cuadernos y horquillas y billetes del metro y libros y tabaco! el paquete de cigarrillos, y él se dispuso a llamar la atención de un camarero para pagar la cuenta, y cuando se pusieron en pie y salieron a la calle, sin pronunciar una sola palabra, la confluencia tumultuosa de Atocha y el paseo del Prado en aquella gran glorieta los envolvió en sus ráfagas humanas más espesas e indiferentes.

Caminaban uno junto al otro sintiendo que algo se había roto o se había anudado más fuerte entre los dos, dejándose llevar, habitando su doble fracaso con un arrastrar de pies que, pese a todo, no dejaba huellas entre el pasar apretado y discontinuo de la multitud, entre la reiterada y olvidadiza marea de las gentes, su prisa y su casi alegre manera de andar.

Se levantó temprano, impaciente, como si en toda la noche sólo hubiera pensado en lo mismo, sólo hubiera soñado con lo mismo, desde que ella se lo propuso, la tarde anterior. El agua de la ducha, su lluvia ya estival le trocó en otro hombre, le llenó de una salud nueva y repentina, y, mientras se frotaba con la toalla y reencontraba su rostro en el espejo, lo único que persistía en él, fijo, era aquella sensación de fuga, de huida, aquel jugar a la libertad que iba a ensayar. Se afeitó de prisa, y su prisa suprimió el acostumbrado renqueo de la maquinilla eléctrica, su inevitable encasquillamiento, de pronto, en un punto fijo, la intermitencia de su motorcito de insecto segador.

—¿Nos vamos mañana a la sierra?

Eso había dicho ella el sábado. Buscó su pantalón de dril o de mahón, o de lo que quiera que fuese; aquel pantalón del verano pasado, que no era ya mahón ni dril ni tervilor ni ningún otro tejido, sino un pantalón tegumentado por el polvo y los roces y las adherencias de todo un verano, una prenda con tacto y olor de aquel otro julio, de aquel otro agosto; luego eligió una camisa blanca, quizás un poco estrecha, que le marcaba los hombros e incluso el tórax, y metió el faldón, a empellones, por dentro de la ceñida cintura del pantalón, y se dejó desabrochados los dos botones altos, de modo que el vello del pecho asomaba entre el lienzo blanco. Buscó las polvorientas sandalias, las encontró debajo de un armario y se las puso, con su cruce de correas, tan simple, con su sabia adaptación al pie, como usadas que estaban, asimismo, del verano anterior. Todo era como un preparar la fuga, la huida, y habían llegado a aquello sin saber de qué manera, lejana ya la tarde del café de Atocha, la tarde en que habían decidido no seguir viéndose y habían seguido viéndose, suspensos y culpables.

Pero regresarás al anochecer, imbécil, en el mismo tren de cercanías en que te vas con ella, o en otro, y eso habrá sido todo.

Un pañuelo limpio en un bolsillo, unos billetes y unas monedas en el otro; qué sensación de ligereza, de ingravidez, y una prisa tonta que le echó en seguida a la calle. La mañana de domingo estaba solitaria y soleada, era ya el prólogo perfumado y pacífico a la larga boqueada del tedio, al largo domingo —“cómo se nota que han estirado los días, oiga”— en que la ciudad se quedaba sola, paseada por unas criadas tristes y un hospiciano que hacía cola en todos los tranvías, en todos los autobuses y luego no tomaba ninguno.

Los coches cruzaban llevando sobre el techo toda la impedimenta excursionista: paquetes y sillas de niño, chismes de plástico, una pelota de colores dentro de una red,

y él entró a desayunarse en aquel bar de Diego de León, donde sonaba ya un transistor bajo el mostrador, con su música de concurso y sus aplausos de festival y su ritmo yeyé, que seguían de algún modo, levemente, sin abandonar sus labores, las dos camareras, una con delantal, y otra, la cajera, sin delantal. Había un tipo con camisa de cuadros, al aire los velludos brazos rubios, tomándose una copita muy pequeña de algo muy fuerte, sin duda muy fuerte, y todos estaban pendientes, en realidad, de la hora en que iba a ponerse en marcha el televisor, con sus anuncios y sus caras bonitas y sus cantantes peinados o despeinados. Sobre una silla estaba la prensa de la mañana, con sus portadas coloreadas dominicales, con su domingo a tres tintas, que reproducía una vista de un pueblecito español o una muchacha sonriente vestida de azafata.

Se desayunó lo de siempre, mirándose de reojo en el espejo del fondo, observando el blancor de su camisa un poco estrecha —“a lo James Bond”, pensó, no sin rubor—, que le marcaba los hombros e incluso el tórax, sí; incluso el tórax. El tipo de los brazos rubios y velludos se volvía de vez en cuando para mirar hacia el televisor, como si temiese que aquello empezara a funcionar sin él advertirlo, como si la magia de la pantalla fuera a deslizarse a su espalda con todo un mundo de canciones y parloteo al que él podía haber quedado repentinamente ajeno: ¿sordo?; sí, era como si temiese haberse quedado sordo, porque “eso debía de estar ya funcionando, ¿no?”. Él tiró de uno de los periódicos y se entretuvo en hojearlo, pero el huecograbado no le decía nada y la tipografía le mareaba, casi le mareaba, o ni siquiera la veía —sin embargo, es demasiado pronto, debo hacer tiempo—, y las gentes cruzaban por delante del cristal del escaparate, cruzaban por delante de la puerta abierta del bar, endomingadas, limpias, lentas, madrugadoras, y un perfume ya cálido llegaba de la calle a mezclarse con el clima de desayuno que reinaba en el pequeño local, favorecido todo ello por la música entusiasta y apasionada —tanta pasión a aquellas horas de la mañana...— del transistor. Pagó y se largó a la calle.

Anduvo paseando por la acera de sol, por la acera de sombra, se limpió en el pañuelo la huella de tinta que le habían dejado los periódicos, miró como un paleta el paso de aquel tranvía matinal, casi vacío, que se hilvanaba con estruendo en un hilo aéreo, y caminó hacia el lugar de la cita, que estaba cerca, cada vez más poseído de aquella ilusión rara, de aquel señuelo de liberación que suponía un domingo en el campo, esa cosa tan vulgar —“tan hortera”, hubiese dicho ella— que es un domingo en el campo. Como si el tren de cercanías, aquel tren de palo y jadeo, fuese a llevárselos lejos, hacia los callados países del anónimo, cuando no había tal cosa, cuando no había tal cosa; pero quién es capaz de razonar contra la fresca ilusión de un domingo por la mañana.

Llegó despacio, sofrenando con pasos lentos la impaciencia del pecho, y en la gran acera arbolada, viniendo hacia él, o parada, estaba ella; era ella, sí, con su gastado pantalón vaquero, deslucido, desazulado, ceñido, adorable, y una camisa como de muchacho colgándole hasta poco más abajo de la cintura, y las mangas vueltas hacia arriba, con el doblez encima mismo del codo.

¡Ah la increíble criatura!, sus pies largos y desnudos dentro de las viejas sandalias, sus hombros fuertes y niños, el descuidado cabello, todo el desmañado y adolescente estar de su cuerpo, de su presencia amada, aquella aparición matinal, bajo las acacias, cómo era, Dios mío, cómo era, en la calle larga, amplia, silenciosa, grata, dominical, azuleante. La amó de golpe sobre el amor de tantos días, la amó de una manera súbita y ahogante, qué luminosa angina por el pecho, y estuvo torpe, casi esquivo, y entraron en un bar, sólo porque había un bar allí mismo, al lado, en una esquina, entraron “a tomar algo”, porque la emoción del encuentro, después de tan repetidos encuentros, los ponía a veces así de envarados y mudos. Luego, aliviada un poco la tensión —“qué locura, quererse de ese modo, en estos tiempos”—, salieron del bar y tomaron un taxi de aquellos que, ociosos, iban de acá para allá, despacio, libres, porque la ciudad estaba como desierta y el conductor podía detenerse en cualquier esquina y abrir sobre

el volante las anchas páginas dominicales del periódico, mientras el hocico negro y metálico del automóvil parecía pastar sol y silencio —quieta bestia mecánica— entre la luz y la sombra. “A la estación de cercanías”.

Aquel pelo ahora corto, el cuello de la muchacha, que emergía, largo y libre, de la entreabierta camisa, su manera casi masculina de volverse las mangas hasta el codo, los brazos con sol, reunidas las manos entre las rodillas, que atirantaban el tejido tosco y dulce del pantalón. El taxi corría por las calles extensas, abandonaba una ciudad de nadie, bordeaba las estatuas.

Qué largas piernas valerosas dentro de aquel pantalón desastrado. Entre la confusión de las taquillas haciendo cola con los excursionistas de todos los domingos, cogiéndose de la mano y volviendo a soltarse, tenían la sensación de que todo el mundo los veía, los miraba —se van juntos, se van juntos—, y al fin obtuvieron sus billetes, sus cartoncitos marrones, con números escritos en tinta negra, mecánicamente, y números y letras marcados como muescas, y un agujerito en el centro.

Salieron al andén soleado, dudaron entre subirse al tren, que esperaba estacionado, o pasear hasta el momento de la partida, se acercaron al quiosco y ella buscó una revista entre las revistas y él también eligió algo, cualquier cosa, un semanario, y pagó con algunas de las monedas que llevaba en el bolsillo del pantalón. Eran apremiantemente felices; vivían, sin decírselo, minutos tan inmotivadamente decisivos como los de su primer encuentro, y volvían a tener aquella jubilosa y mareante sensación de disponibilidad, de estar uno a merced del otro, de estar ambos a merced del mundo, como el mundo estaba a merced del sol y el sol a merced de otros poderes más inconcebibles, la armonía de las esferas, ah, la armonía de las esferas, y descubrir de pronto que el mundo está bien hecho; decía el libro aquel que el mundo es un todo por su unidad, sí, el mundo debía ser una unidad, pero los excursionistas de las cestas y las bolsas y las canciones y las cantimploras los empujaban, los ceñían por todas partes, y optaron por subir al tren, buscar unos asientos, ponerse a leer. Se sentían muy al margen de todo aquel mundo veraneante y dominical, muy al margen de los grandes collares de familias, de las madrepóricas asociaciones de amigos y parientes y conocidos, pero no los disgustaba, sino que los turbaba gratamente, de algún modo, dejarse llevar por toda aquella energía compacta y dispersa a la vez de la masa voceadora y suburbial.

El tren se puso en marcha, era una partida sin despedidas, un viaje en el que todos se iban, en el que nadie se quedaba, y el estrecho andén de cercanías se llenó de sol cuando la sombra del tren fue deslizándose sobre el cemento, despacio, despacio. Los niños pedían fruta y las familias entraban en relación con otras familias, se enganchaban súbitos parentescos a través casi siempre de la infancia, del niño revoltoso que pegaba a otro niño revoltoso —“¡Qué malo es, señora; no sabe usted lo malo que es; no hago vida de él, Jesús, Jesús!”—, y la redecilla viajera se llenó de paquetes, meriendas, bultos reventones dentro de un periódico, olores de cocina, botellas, revistas, semanarios de princesas y huecograbado, publicaciones a todo color con la historia de la ex emperatriz y la historia de la reina infecunda y la historia de la multivorciada y la historia del que había sido espía tras el telón de acero, y todas esas historias que la gente lee en los viajes del metro, en los trenes de cercanías, en los largos trayectos ferroviarios. Ellos iban sentados uno junto al otro, frente a dos señoras pujantes y menopáusicas que se contaban las trastadas de sus hijos, de sus nietos, y le pedían asentimiento al marido cuando algo era tan extremo —“Qué dirá usted que me hizo”— que necesitaba la aquiescencia varonil, su garantizada sobriedad afirmativa, si bien más tarde el másculo quedaba desautorizado por el vozarrón que le hacía temblar en la boca el cigarrillo recién liado, no encendido aún: “¡Fumas demasiado; eres un golfo, hay que ver lo que fumas, te estás matando y vas a acabar conmigo,

demonio de hombres!”.

El plural “hombres” identificaba definitivamente al género masculino con el género infernal, y el esposo-lucifer, así transfigurado, fumaba su tabaco infernal, envuelto en su humo infernal, con una expresión torpe e infernal. El tren iba saliendo de entre la maraña de raíles, cruzaba un paso a nivel, dejaba atrás edificios de ladrillo, tapias, verdores lejanos, y pasó sobre el río. Los viajeros ponían una docena de cabezas seccionadas en cada ventanilla, se guillotaban en el cristal, en el borde de vidrio que asomaba apenas dentro de su ranura, los excursionistas voceaban desde las ventanillas y desde los estribos a las bañistas, a los bañistas, que estaban allí abajo, en la piscina, en torno del agua verde, en un fragor de sol y agua y carne dorada. Inmediatamente se perdía la visión de la piscina, como la visión del paraíso terrenal se pierde en las páginas de un viejo texto bíblico hojeado velozmente.

El tren se desentendía del río para hacerse cómplice de la carretera, corría paralelo a ella, o ambos se distanciaban para volver a acercarse y volver a distanciarse, como en un ejemplo elemental y gráfico de los destinos gemelos o divergentes de la vida, y por la ventanilla pasaron los últimos chalets de Madrid, que eran ya los primeros chalets de la sierra, con su verdor en torno y su piscina con agua o sin agua y su perro ladrador y sus niños desnudos o semidesnudos. Ellos habían abandonado pronto las revistas y leían los dos en un mismo libro. La conversación de los excursionistas estaba en torno, palabreante y repetida, nutrida solamente de hechos, de sucesos, de relatos, sólo remansada un instante en el falso remanso de una reflexión que no lo era: “Cada uno es cada uno”, “Más vale tarde que nunca”, y otras metafísicas igualmente acomodaticias, arrastradas en seguida por el turbión de lo narrado, por la necesidad que cada hombre y cada mujer llevan dentro de contar lo que les pasa, lo que han hecho el día anterior, lo que han hecho y dicho y pensado hacer y decir un día antes o una semana antes.

La torrentera de la charla se llevaba el légamo de la frase y ellos se miraban de vez en cuando, con el libro delante, sonriendo de todo aquel charloteo, divertidos y abrumados entre tanta conversación ociosa, innecesaria, vital, meramente bucal, nunca mental. El tren cojeaba por las laderas de la llanura y el sol empezaba a entrar en los vagones por todas partes.

Llegaron a la primera parada, al primer apeadero, y ellos dejaron de leer para mirar en torno, para mirarse a los ojos, directamente, y no como se habían mirado durante todo el rato que llevaban de viaje y lectura, a través del libro, en el espejo del libro, hilvanando en los renglones el pensamiento y el sentimiento para que el otro, el que venía leyendo detrás, se lo encontrase allí, reciente y fresco, como en un surco. De nuevo la sensación de aventura, de huida, de incógnita, la fe secreta en que aquel viaje no se iba a acabar nunca, nunca, en que aquel tren iría despojándose de sus viajeras parladoras, de sus señoras gordas y sus viejas excursionistas y sus pandillas de juventud hortera y sus niños enracimados, hasta ser sólo un vacío y soleado ferrocarril que se iba lejos, lejos, ligero, sin cestas ni meriendas, sin bocadillos ni transistores, hacia lo profundo de la sierra.

Algunos grupos se apearon en aquella primera parada y otros grupos ascendieron al tren, y una pareja, un chico y una chica, descendieron a comprar algo para volver a subir en seguida, cogidos de la mano, y el tren volvió a ponerse en marcha, como de mala gana, entre la doble fila de gentes endomingadas que estaban en el apeadero con sus corbatas de color de fresa, viendo llegar los trenes de cercanías, viendo partir los trenes de cercanías. Un niño lloraba en un extremo del vagón, un grupo de chicos y chicas cantaban canciones traducidas y hubo unos minutos de silencio en que sólo se escuchó, sobre el rodar del tren, un solo de guitarra no muy afinado, pero que perfumó el coche de cierto sentimiento y puso tiernas a las duras esposas de los obreros y los empleados, a las correosas o compactas madres de familia, sobre la madera amarilla

de los asientos. Ella y él leían, se adaptaban al movimiento del tren, tenían sus manos unidas por debajo del libro.

Contra el olor a humanidad que iba llenando el vagón, un aroma de jara, un mensaje de campo y tomillo entraba a bocanadas por las ventanillas, y ellos se sintieron embargados de aquel perfume de libertad, lo respiraron como si lo llevaran dentro.

Fueron tres cuartos de hora de viaje, tres cuartos de hora de conversación de la señora ensortijada y enjovada y encollarada con la otra señora de menos posibles —sin duda, sí, de menos posibles— (o así debía de estarlo pensando su interlocutora); tres cuartos de hora en que las adolescentes leyeron y releieron el último reportaje de Soraya, impreso en tinta azul, y las no adolescentes le pidieron el periódico al marido para enterarse de la crónica de sucesos, y los esposos, una vez recobrado el papel, buscaron las páginas deportivas y se pusieron a leerlas con aire de estar muy en lo suyo, en cosas de hombres, y así hasta que el tren, efectivamente, fue quedándose casi vacío, a medida que la gente se apeaba en los apeaderos, y entonces daba gusto viajar y se iba fresquito, y los pocos que quedaban no podían evitar el observarse de soslayo, y las revistas, los papeles arrugados y desarrugados, un cordel en el suelo, los rastros de la gente que se había ido, estaban como tristes en el sol del mediodía.

—La nuestra es la próxima.

Había sido un viaje a través del domingo, “el tren no va hacia el mar, va hacia el verano”; el tren no iba hacia ningún sitio, huía del domingo, huía del verano, los llevaba a ellos dos al refugio imposible de ningún sitio, y en la memoria les quedaba, entre la prosa del libro leído a medias —“... en resumen, en contra de lo que se venía diciendo desde don Marcelino, Jiménez Patón, nacido en 1569, poeta y dramaturgo en su juventud, no ilustró su retórica con ejemplos del siglo XVI especialmente...”—, una estela de apeaderos, estaciones, gritos, saludos —“Media hora de retraso, llegamos con media hora de retraso”, “¿Quién lleva las cantimploras?”—, pueblos vestidos de domingo, campanarios, todo en un álbum matinal y vivo.

El Escorial. Verdiores más intensos, una adivinación de la piedra gris y oro, y el fondo de la sierra, como una sombra inmensa, como un ceño del cielo. Se apearon en El Escorial. No llevaban equipaje. Sólo un libro. Cruzaron la vía cogidos de la mano. Salieron de la estación y tomaron un taxi. El vehículo corrió cuesta arriba. Estaban tonta e inútilmente emocionados.

Ella tenía allí a la familia. “Vuelvo en seguida, espérame un momento”. Y él estuvo sentado en la terraza de un bar, leyendo un periódico, bajo las grandes hojas de los árboles, entre jóvenes gestantes y ancianos matrimonios y niños bien educados que se tomaban la primera copa de helado de la temporada, muy conscientes de su calidad de niños de provecho, dentro de sus calcetines blancos y su traje blanco, veraniego, dominical. Por el centro de la calle pasaban los grupos de chicos y chicas, haciéndose a un lado apenas, cuando algún automóvil los rozaba ya con el morro, suavemente, y era el paseo un río de colores jóvenes, la aventura de las bicicletas: él se quedó, de pronto, mirando para una bicicleta, para ese raro ingenio de la bicicleta, que tan olvidado tiene uno en la ciudad, donde apenas si se ven bicicletas. Una niña, tensa y valiente, llevaba su bicicleta llena de níqueles por entre la gente, iba repartiendo la calderilla de sonido de su timbre —glin, glin, glin—, como una propina de niña rica distribuida generosamente entre todos los otros niños, los niños pobres o, sencillamente, los niños sin bicicleta, que la miraban sentados en el bordillo de la acera, y, sin duda, aquel timbre, aquel alegre regalo sonoro los hacía un poco felices y un poco desgraciados. Él pensó que así habría pedaleado ella, unos veranos atrás, por aquella misma calle, por aquellas cuestas y curvas: “Llevan muchos años veraneando en El Escorial”. Mientras la esperaba, la vio, sí, en aquella niña de la bicicleta, la vio con ocho o diez años menos, niña y alta, en ese aire invariable de la colonia veraniega, con sus blancos calcetines o sus pies desnudos dentro de las sandalias. Ella regresó por sorpresa, le sorprendió por detrás.

—Ah, eres tú. Te estaba viendo pasear en bicicleta.

—¿Cómo dices?

—No, nada. Que miraba a una niña. A esa niña de la bicicleta.

—¿Seguro que era una niña?

Celosa. Por primera vez, explícita y sonrientemente celosa. Celosa de sí misma, de la visión de ella que, sin ella saberlo, él había tenido por un momento. Abandonaron la terraza del bar. “Bien, ya los he visto a todos”, dijo ella. Libres y solos. Tomaron uno de los taxis que había estacionados, en fila, junto a la acera.

En el monasterio sonó una espesa campana y el domingo todo se llenó de una onda mística y antigua, sobre los colores de moda y las músicas de moda y los letreros de los bares y los anuncios de colas y refrescos y bebidas blancas y alcoholes para tomar on the rocks.

La carretera se adentraba en la sierra, subía y subía, y él se volvió un momento para mirar, allá abajo, el monasterio, como una maqueta de sí mismo dándole sombra al pueblo, hecho de la misma materia que el paisaje y la luz. Otros coches les pasaban delante o se cruzaban con ellos por la estrecha y serpenteante carretera. Por las abiertas ventanillas del taxi entraba un aire alto que los despeinó. A Robledo de Chavela. Iban a Robledo de Chavela. Porque ya saben ustedes lo malo que está por aquí el tráfico y la carretera no hay que hablar esto no lo arreglan en la vida menos mal que ahora les han dado una mano aunque así y todo pero no puede uno fiarse que es un mal camino éste y bajan los de los seats como locos que ya ha habido más de un accidente por aquí arriba bueno más adelante que es donde viene lo malo le digo a usted que uno va volado cada vez que tiene que hacer este viaje si es que yo no sé cómo no arreglan ya de una vez esta maldita carretera y luego con tanto coche con tanto coche que todo el mundo quiere coche adónde vamos a parar es lo que yo me digo adónde vamos a parar... La conversación del taxista era un monólogo al que había que asentir de vez en cuando, y el paisaje se iba haciendo hosco a medida que se alejaban de un pueblo y se iban aproximando al otro, y la luz de un alto verano lo engrandecía todo, o lo empequeñecía, calcinando los colores, desnudando el ocre rosado de la tierra bajo el azul prieto de los cielos. Tuvieron entonces una más punzante sensación de libertad, y hablaron poco durante el viaje, porque una rara

ansiedad crecía en ellos.

Él hubiera querido abstraerse un momento, irrumpir en el presente, que era su ejercicio favorito, tomar conciencia de que habían ganado la infinitud del presente, aquellas horas de libertad y viaje y verano y amor y campo y soledad y altura. Pero el presente aturde —le aturdiría incluso a él, tan enamorado del presente—; necesitamos refugiarnos en el pasado o volar hacia el futuro: el presente son montañas, rocas “como topetazos contra el vacío”, los reinos de lo evidente, la verdad en orden de la materia, el colosalismo de la vida y unas manos donde se halla ahora el molde de las propias manos. Eludimos inconscientemente la actualidad, nos embarullamos de recuerdos o de proyectos, de proyectos como recuerdos —proyectos hacia el pasado— y recuerdos como proyectos —recuerdos del futuro—, sin apenas acertar nunca con la dicha redonda y plena del domingo y el universo, de un universo que vive siempre en domingo y por eso es sagrado. Te quiero.

Pero no bastaba con decir te quiero. “Ahí está Robledo”. El pueblo aparecía en una hondonada, en un vallecito sombreado y verdeante, allí donde el paisaje volvía a ser frondoso. Había casas blancas y casitas aldeanas y villas de verano y hasta puede que una estacioncita en la que se hilvanaba, tras mucho divagar por las lejanías, el doble hilo de la vía férrea. El automóvil inició el descenso. Entraron en el pueblo mirando cada uno por una ventanilla. Ella ya conocía el lugar. “Verás cómo te gusta”, le había dicho. Él pagó al taxista y se quedaron mirándolo todo en torno, sin pensar en cómo harían el regreso, a la noche, desde aquel rincón de la sierra, desde aquel pueblecito apartado. Detrás de las construcciones encaladas y entoldadas, detrás de las tapias y los grandes árboles, se adivinaba el pueblo de siempre, la perennidad de sus vacas, un trasfondo de establo, la densidad vegetal de la alfalfa. “Hace calor en este pueblo”. “Sí, hace calor”. Su amor había nacido entre mesas de cafetería y rincones de club; era un amor ciudadano, hecho a la penumbra y a la multitud, de modo que, sin saberlo, se encontraban un poco extraños allí, en pleno campo, al aire abierto, obligados a una conducta de algún modo montaraz, que quizá cada uno de ellos, por separado, hubiera sabido afrontar, pero que estando juntos los cohibía y desconcertaba un tanto, y así fue como, inconscientemente, buscaron la imitación de la ciudad, lo confortable, una manera madrileña de estar en el campo. En aquel restaurante-club-bar-baile-campo de deportes había una terraza entoldada y enjardinada, con camareros circunspectos que los atendieron en seguida con ademanes, efectivamente, muy madrileños, por decirlo de algún modo. Esto le sirvió a él, tan poco campestre, para encontrarse o empezar a encontrarse a sí mismo, para sentirse otra vez medianamente seguro entre el balancín y el toldo, mientras esperaban los cubalibres que habían pedido. Ella sacó cigarrillos y fumaron ambos. Había otros balancines ocupados. Familias, una señora joven con shorts, veraneantes en mangas de camisa, algún foulard al cuello, la hora de la cerveza y las gambas y la broma de barra, ese ingenio español que espumea junto al acantilado de una barra de bar, no siempre con fortuna por parte del tipo de las canas pretenciosas, pero siempre con risa y picardía y ganas de vivir. Hablaron una vez más de la gente, se sintieron una vez más distintos de la gente, quisieron ser diferentes, tomaron sus cubalibres, tan comunitarios, como si fuera el bebedizo mágico que los iba a hacer libres y otros; porque eran eso, más que nada, dos descontentos, dos terribles descontentos— ¿inconformistas?; sí, quizá eso; inconformistas—, que querían una gente mejor, una convivencia más natural y menos manida, y no hubieran sabido decir si esto lo querían por un prurito de igualdad o por un raro aristocratismo que renacía en ellos cuando se creían de vuelta de toda discriminación clasista.

—Es que cada día aguanto menos a la gente.

Éste era su nexo de unión ante el mundo, contra el mundo; pero era también el punto débil de su amor, el secreto de su falta de confianza y la carencia de alrededor en que se confiaban “solos y torturados”, como había dicho él una vez, demasiado

literariamente. Se dejaban hendir por el sol del mediodía, por la sombra del mediodía, por la espada estival con una cara de luz y otra de no-luz, viviendo con los ojos entrecerrados la sensación del calor, la quietud del calor, que es como una ciega inmortalidad de la carne. Fumaron y bebieron.

Más tarde llegó el camarero con la carta y pasaron al interior del establecimiento, pasaron al comedor, donde una pulcritud de copas transparentes, inexistentes casi, salvo en sus reflejos —cada reflejo del vidrio era como el alma visible de la copa—, y manteles claros y claras y dobladas servilletas, se ordenaba en la penumbra grata, en el frescor circular distribuido por un enorme y lejano ventilador.

Dudaron al elegir una mesa. Se sentaron, naturalmente, en un rincón. Otros comensales parecían haber brotado, acá y allá, escasos, de los asientos de las sillas. El comedor era grande y, sin duda, arquitecto y decorador habían dudado entre lo suntuoso y lo campestre, a la hora de los planos y los bocetos. Él descubrió sin entusiasmo que el mural del fondo era de un pintor amigo, joven. “Mediocre”, dijo.

Repetían, recordándolo o sin recordarlo, sus comidas de Madrid, aquellas comidas esporádicas, espaciadas, en el bar de la Facultad, o en una taberna de Legazpi, o en un restaurante elegante, si había llegado el giro —“¿Sabes que ha llegado el giro?”—; en un restaurante circunspecto donde ella quedaba como una sonrosada bestezuela callejera entre los conspicuos camareros y la genuflexión casi musical del maître. De buena gana, él hubiera jugado otra vez a ordenarle a ella que fuese a lavarse las manos, pero la verdad es que fueron los dos, por turno, y sin acuerdo previo, porque las traían “sucias de tren”, y luego, a la hora de repasar la extensa carta bajo la mirada distante y espía del camarero, ella volvió a decir que cualquier cosa, que comería cualquier cosa, y tuvo que ser él, como siempre, quien organizase un menú de cierta coherencia, porque a ella le daba lo mismo pedir una tortilla de patata y luego una ración de paella y después un consomé con yema o sin yema —“Mejor sin yema, me dan como asco”—, y, desde luego, al jerez. “¿Y no puede ser que me traigan el jerez solo, sin yema ni consomé?”. Cuando el vino espumoso, oloroso, rosado, burbujeaba en las copas, y los cubiertos les clavaban sus brillos, sus aceros, sus púas y sus hojas afiladas; cuando los dos pellizcaban de modo displicente el pan, dejando un rastro de miguitas ocre, de la corteza, y miguitas blancas sobre la servilleta, él volvió a ironizar sobre el mural de su amigo, de aquel pintor conocido, que había llenado las paredes de ciervos disneanos y alusiones a la sierra que estaba en torno, afuera, asomándose a los ventanales, tan hermosa y real, tan irreductible a las dimensiones planas de un mural de encargo. De lo que se trataba, en realidad, era de ser los mismos de siempre, de hacer humor a medias o por separado, de que ella se divirtiese un rato oyéndole llamar cretino a aquel pintor, a la vez que él se divertía viendo como ella jugaba a colgarse la servilleta del escote, a modo de babero, porque este continuo romper situaciones mediante la burla o el absurdo era ya algo natural en ellos, algo tácitamente convenido para evitar eso que siempre acecha; la trascendencia.

Acababan, empero, quedando en silencio y mirándose a los ojos o cogiéndose una mano.

—Eres tímida. Nunca me miras a los ojos porque eres tímida.

Los comensales lejanos, las familias veraneantes comían sin demasiado bullicio, un disco de Lola Flores sonaba en los trasfondos del establecimiento —en la cocina, quizá—, y aquella pena, penita pena, tan falsa y tan contagiosa, se perdía en seguida, por las ventanas, en la inmensidad del paisaje. El cielo se había nublado y la sierra perdía colores, se quedaba reducida a sus verdes y sus grises más elementales. Salieron a la carretera y ella le dijo:

—Ven. Yo sé un camino.

Enlazados de la cintura, de cara al baluarte sombrío de la montaña, bajo un cielo que las nubes iban empujando y acercando, caminaron por el camino pedregoso, se

alejaron de aquella zona cosmopolita, por decirlo así, y luego tomaron un atajo que iba al monte, una calle de guijarros por la que cruzaban gallinas, unas solitarias gallinas muy puestas en plan de asueto dominical. Más adelante había una fuente de piedra, con el caño cegado, y junto a ella algunas mujeres del pueblo, jóvenes y maduras, que los miraron con curiosidad.

Un perro avanzó hacia ellos, con la cabeza levantada, como dispuesto a darles las buenas tardes o a preguntarles algo, llena de inteligencia su mala raza, con aire de entablar conversación, que es lo que parecen desear los perros siempre que se enfrentan a un desconocido. “Que no se acerque; me dan asco los bichos. Y los perros más, le baban a una”. El perro parecía haber entendido esta confidencia y se detuvo a cierta distancia, sin dejar de mirarlos, pensativo.

Salieron a campo abierto, a un camino que bordeaba los sembrados y, a la derecha, limitaba con una tapia inútil, de ladrillo, semiderruida, irregular. Ella tuvo el impulso de encaramarse a uno de los remates de aquella tapia, y él se encaramó también, y la besó, y luego miraron el paisaje, y respiraron el clima del nublado: “mira que si llueve”.

El camino ascendía hasta desaparecer en las rugosidades de la montaña. Saltaron de roca en roca, unas veces cogidos de la mano, otras, cada uno por su cuenta, distanciándose entre sí o acercándose y coincidiendo en un punto, bajo un árbol, en una repentina hondonada. El monte descendía todos sus aromas hacia ellos, como rebaños apelonados por la inminente tormenta, y él respiró aquellos olores mezclados de encina y jara y flores desconocidas, menudas, solitarias, que se le iban apareciendo como repentinas ofertas de aquel ser grande y torpe y tierno que era la montaña.

Ella renunció a su condición de guía y decidió tumbarse en una rampa con hierba, entre dos árboles bajos y retorcidos; él se sentó a su lado y, con las rodillas en pico y los codos sobre éstas, estuvo contemplando la lejanía, las sucesivas gradaciones del infinito, mientras deshacía una mata de algo entre los dedos y se le humedecían las manos de un jugo verde y ácido, de una sangre fresca y silvestre. La rosa de los vientos le soplabla en el revuelto cabello. Pasó un tren a lo lejos, oculto por las rocas y la distancia, estableciendo un corte vertical en el paisaje, un silbido que fue rodeando, como una cinta de sonido, la vastedad de la sierra, hasta dejarla, luego en el silencio, más sujeta al horizonte.

—¿Quieres que subamos más arriba?

—No. Déjame descansar.

Ella volvía a estar dispuesta a conducirlo. A lo lejos, un labriego orillaba una tierra precedido de un buey.

—¿Qué labor es esa que hace el labrantín?

—Y yo qué sé.

Aquel hombre diminuto se movía casi imperceptiblemente en la inmensidad del campo; sin embargo, su silenciosa y casi inexistente actividad debía de tener un sentido, una misión, un resultado. La tarde llegó a estar casi completamente negra, y el distante silbido de un tren, con su traqueteo por debajo, era como un relámpago horizontal y sostenido. Ambos guardaban silencio. Él se echó de espaldas, con las manos cruzadas bajo la cabeza, a modo de almohada, y cerró los ojos.

—Mira que si le da por llover.

Volvió a incorporarse. La miró. Estaba tendida en el suelo, con la cabeza hacia un lado y los ojos cerrados. La breve melena caída hacia el suelo dejaba al descubierto su oreja derecha, casi redonda, la desnudez del cuello, la zona ganglionar, aquella blancura envolvente bajo la que se insinuaban dulces tendones. Tenía la camisa entreabierta, sueltas las puntas por abajo; una rodilla doblada, tenso el pantalón, con arrugas que eran como leves pliegues geológicos, como grietas sobre aquella forma dibujada y esbelta; tenía la otra pierna estirada, arrugado el pantalón de cualquier

forma, emergente la pierna adolescente, el blanco tobillo, el pie delgado y largo, del que parecía desentenderse la apenas calzada sandalia gastada y polvorienta.

—Oye.

—Qué.

La contempló largamente, acercó su mano a ella, comprobó aquella blancura, bajo un cielo abuhardillado, entre grandioso y mínimo, del que parecía pender, en suspenso, la espada inmensa de la lluvia, y el labriego seguía bordeando la tierra, despacio, despacio, detrás de su buey, y del pueblo llegaba una lejana voz o una lejana música, y un tren más feroz que los anteriores pareció borrarlo todo con su ramalazo distante e inmediato, y ella se dejaba hacer, y todo estuvo a punto de ocurrir, porque el cielo estaba en suspenso y el paisaje estaba en suspenso y la montaña estaba en suspenso, y había una tensión precipitante que inclinaba a hendir el propio destino, a ahondar la propia vida hasta ese fondo sangrante que es herida, pero él advirtió, o creyó advertir, en ella un momento de rebeldía, de defensa, de negación, y todo quedó así.

Cuando descendían de la montaña, uno cerca del otro, pero sin cogerse de la mano, tomando a veces senderillos distintos, el cielo comenzaba a aclararse, la tormenta se enrollaba a sí misma como una alfombra-serpiente y fue dejando libres los espacios azules, y él pensaba que ahora sí iba a terminar todo, porque había estado a punto de forzar su destino, el destino de ambos; a punto de jugarse su amor y el de ella: el destino de los dos podía haber rodado pendiente abajo como una piedra desprendida de la montaña, pero eran ellos, tristemente dueños de ese destino, quienes descendían con pasos contados. Y no sabían si allí podía haberse anudado o desanudado para siempre su amor; mas sentían —qué estremecimiento— que habían tocado el final con la mano, y ambos retrocedieron asustados.

—¿Tomamos otra cerveza?

—Bueno.

Era la caída de la tarde y el pueblo, en el bar-restaurant-club-campo de deportes y sus alrededores, vivía una animación pequeña y apretada; veraneantes y gentes del lugar paseaban por la carretera, que era calle principal, haciéndose constantemente a un lado para dejar paso a los coches que iban y venían, que se cruzaban en una u otra dirección, y la música de un baile que se debía de estar celebrando en algún sitio añadía fervor a aquella alegría estival, dominguera y campestre. La montaña había quedado atrás, con su sombra inmensa proyectándose sobre las espaldas de ellos, pero lo que ahora los envolvía era la dulce despedida que iba adueñándose del pueblo y del campo todo a medida que la tarde avanzaba y los bueyes densos del calor iban arrastrando campo adentro, pueblo adentro, el lento carretón de la noche, todo alfalfa y estrellas y silencio. “Que esté fresca la cerveza”.

Había en el bar-restaurant-club-baile-campo de deportes una animación de colonia veraniega, un cosmopolitismo reducido a media docena o una docena de esnobs y un descapotable. Él estuvo sentado en una banquetta de la barra, una de aquellas banquetas de asiento rojo, circular, breve, y patas metálicas, abiertas de la mitad para abajo, como patas de antiguo palanganero, y ella estuvo a su lado, y tomaron cerveza y llamaron por teléfono a El Escorial y ella le cogió una mano.

—Te aburre el campo, ¿verdad?

No. No era el campo. Era la clara y cercana visión que había tenido de lo inminente. “No ha ocurrido hoy. Pero puede ocurrir mañana. Cualquier otro día. Hay que cortar. Esto es el final”. Mas se limitó a apretar a su vez la mano de ella, que tenía dentro la otra mano de él, y siguieron bebiendo cerveza y tratando de comunicar nuevamente con El Escorial, y la gente, en torno, jugaba a los dados y ponía discos en la gran máquina del fondo y hacía planes para después de la cena. Ellos salieron a la carretera, pasearon en silencio, torcieron por un camino empinado y llegaron a unas traseras silenciosas, a unas tapias bajas y blancas que limitaban por detrás la breve extensión de unos bosquecillos de pinos reunidos en torno de los chalets que se adivinaban entre las ramas.

Un olvidado crepúsculo dejaba sus telarañas de sol en las ramas de aquellos árboles. Se sentaron en una de aquellas cercas y todavía tuvieron un momento de breve e indecisa y quizá desganada —cómo será posible, cómo era posible— pasión. Luego, regresaron cuesta abajo y volvieron a encontrarse entre los paseantes de la carretera. Andaban cada uno de los dos con sus pensamientos, que quizá no eran sino un único y obsesivo pensamiento, y se sentaron en una derruida escalinata de piedra, al borde del camino.

—A ver cómo salimos de aquí.

—¿Quieres que llame otra vez a El Escorial?

—No vas a encontrar un taxi que quiera venir a buscarnos.

—Como no hagamos auto-stop...

Los faros de los coches los deslumbraban, de pronto, con su manga-riega de luz que batía contra las piernas de los paseantes, contra los pantalones arrugados de ellos y los pantalones tensos de ellas, contra el polvoriento calzado de verano. Con los ojos cerrados contra aquella luz rauda que se acercaba, él volvió a tomar las manos de ella, las buscó como un ciego, en la doble ceguera de la noche y sus párpados caídos. Estaban derrotados. Se habían derrotado a sí mismos. “Es tarde, vamos a intentar algo”. Echaron a andar carretera abajo, como si se propusieran recorrer a pie todos aquellos kilómetros de montaña y camino, dejando a su espalda las luces verbeneras del pueblo, su música, la dulce madeja nocturna de las voces y la alegría, aquel mínimo y apretado haz de risas, canciones y botellas que lucía en la soledad inmensa de la sierra, como la terca y mínima voluntad de los hombres, obstinada siempre en prender

hogueras de felicidad y convivencia en un planeta no absolutamente habitable. Los coches que venían de frente los deslumbraban y los coches que venían por detrás echaban sobre ellos un vértigo, una ráfaga de luz y velocidad.

—Mira, un taxi de Madrid.

Él había vuelto la cabeza un momento y de pronto descubrió, acercándose como sin prisa, la luz verde, tan familiar, de un taxi madrileño.

Una vez que se hubieron sentado dentro del vehículo, el conductor se lanzó a una carrera vertiginosa hacia El Escorial, y las curvas del camino, las cuestas, los repentinos virajes para evitar a otros coches, los mantuvieron a ambos muy juntos, silenciosos, oscuros.

Había sido un día perdido, o más bien un día decisivo: en todo caso, una tarde demasiado difícil como para vivirla en aquel su epílogo.

Ella pensaba que había sido un error llevárselo allí, al campo, tan lejos de sus cosas habituales, y le encontraba como forzado. Sin duda, lo de la montaña no habría ocurrido en otro sitio. Él se sentía frustrado, odioso para sí mismo, casi ridículo, y vivía la angustia de que aquello se estuviese terminando —se me va de las manos, se me va de las manos—, al mismo tiempo que se afirmaba en su voluntad de terminar, de acabarlo todo por sí mismo. A lo largo del viaje hubo varios intentos, por parte de él o por parte de ella, de comunicarse la ternura de siempre, aquella secreta ternura que andaba entre las palabras y los gestos frecuentemente bruscos, casi desabridos.

Desde lo alto de la carretera, el monasterio aparecía iluminado en la noche, allá abajo, como un cartel turístico o un reducto de otros siglos milagrosamente resurgido entre los montes, y él perdió unos momentos en la contemplación de aquello. Llegaron al pueblo. Ella se quedó en la parte alta, en la colonia; se despidieron de algún modo confuso y el taxi voló hacia la estación. “Estoy a punto de perder el último tren”, le dijo él al taxista. Hendiendo la noche con los faros, llegaron a la plaza de la estación, y el coche se detuvo con un frenazo violento, como si el conductor e incluso la máquina llevasen ya, contagiado, el fervor de huida, la loca escapada que él emprendía, con su corazón latiendo a favor o en contra, que esto no hubiera sabido ni podido decírselo a sí mismo, ni siquiera preguntárselo. Ya en aquel último tren de madera, donde los últimos y exhaustos excursionistas regresaban a la capital, viajó con los puños apretados bajo la barbilla, sintiendo una rueda, una biela, un émbolo que giraban bajo su asiento, que demolían y trituraban la distancia, la noche, la tierra. Todo ha terminado, ahora sí que ha terminado. Y se quedaba sin pensamientos, y el tren iba desprendiéndose de algunos viajeros en cada parada, y él llegó a estar casi solo en su departamento, aunque, por supuesto, no lo advirtió, sino que, pasada la tensión de los primeros momentos, al abrir lentamente sus puños, su nariz encontró dentro el perfume de ella, aquella tibieza niña, una invisible mano —con manos de muchacho y corazón alcohólico, etcétera— que aún yacía entre las palmas de las manos de él.

La verbena era una fiesta polvorienta, ruidosa, una charanga herida una y mil veces por los estampidos del pim-pam-pum, un trasiego de vino y manos amigas, donde ella fue acogida con risas y alegría. “¿De dónde sales?”, “No te hemos visto en todo el día”. “Creíamos que estabas en Madrid”. “Qué manera de esconderte”. “Te vendes cara, oye, te vendes cara”. “Qué barbaridad, ya creíamos que no se te iba a ver el pelo...”. La verbena de la colonia veraniega era un estampido nocturno en el que ella se sumió huyendo de sí misma.

El tren gemía impaciente a medida que su poderoso morro olfateaba la cercanía de la estación, y se le escapó a la máquina un silbido entre jubiloso y agónico cuando aparecieron las luces de Madrid, sus desiguales rosarios de bombillas, los difusos collares del alumbrado, como caídos a los pies de la ciudad, y la muchacha probó a tirar al blanco con la escopeta que le ofreció el primer tirador de la colonia, todavía caliente la culata del contacto de él, todavía tibio el gatillo de su mano viril, de su dedo

diestro y certero; y luego probó el vino de todos los grupos, y salió a bailar con el de la escopeta y con otros escopeteros, y la orquesta —“Complacemos una distinguida petición”— ponía toda la devoción de sus maracas y su trompeta, de su batería y su clarinete, todo el esplendor pueblerino de sus chaquetas azul eléctrico y sus pantalones crema-hueso, en la gran aventura de aquella canción de Charles Trenet, y luego en aquella otra de Gilbert Becaud, e incluso en una de Aznavour, que quedaron estrangulados en el micrófono, cantando con la voz falsa y peluqueril del vocalista, mientras el chinchín de la batería iba punzando la noche y el vino, espesos de polvo, de sueño de insomnio, de calor, de angostura. Se diría que el tren avanzaba en sueños, sin avanzar, sin llegar nunca a Madrid.

Sabía que ella se había ido a la verbena, “porque le divierten las verbenas y porque ha sido demasiada tensión; qué tarde le he dado, qué tarde nos hemos dado”. Los músicos habían bebido y la orquesta sonaba peor que nunca y él descendió, sonámbulo, del tren de cercanías, y salió de la estación desierta, salió a Madrid, dejó pasar los taxis libres, lentos, solitarios, anduvo por aquel paseo que iba de la estación al puente de Segovia, caminó bajo grandes árboles y altas farolas iluminadas sólo para él. Hasta la madrugada.

Nadie teje ni desteje estas historias que son el tegumento humano de la ciudad, nadie escribe nada en el aire del verano, en el agua verde del verano, pero los destinos se van enhebrando unos en otros, la lenta torcedora de los días complica y descomplica las cosas, ejerce su azar como profecía, y es el vivir, sólo el vivir —“Todo por vivir”. (Fernando de Rojas: *La Celestina, Tragicomedia de Calixto y Melibea*), Melibea: voz de miel—, la mala hierba que va creciendo sobre el asfalto, pudriendo la geometría pura de una ciudad, sus grandes esquinas, sus altas y apaisadas escalinatas. En silencio se producen los más trascendentales encuentros; en silencio se desposan destinos evidentes y completos como planetas; en silencio también sobrevienen las rupturas, sea invierno o verano, porque un fragor de humanidad y de máquinas lo sumerge todo, y el solo estridor del metro en su frenazo rechinante, el solo retumbar del tranvía entre railes y adoquines, bastan a hacer inexistente, muda, la tragedia que no lo es, la disyuntiva de unos corazones que no suenan. El corazón, ¡ay!, late, pero no suena.

Se le siente, mas no se le oye, y hay mucho griterío en todos los bares, mucha impaciencia en la hora punta, mucho hervor en las marisquerías y los altavoces, de modo que el derrumbe de un corazón, como paredes que se derriban hacia dentro, como torre que se derruye sobre sí misma, es el jamás ocurrido incidente, el múltiple y diario suceso que da a la ciudad su secreto aspecto de ruina, aunque la ciudad siga fulgiendo en sus cosas. No son aquellas fotografías de las ciudades bombardeadas en la última guerra mundial, en la penúltima guerra universal, no es un cine de ruinas por donde se mueven los ángeles perdidos, los supervivientes; muy al contrario, las ruinas son los hombres, y lo que vive entre hombres-torre derruidos, entre hombres-fachada, caballeros-palacete, ciudadanos-despacho, gerentes-factoría, poceros-cloaca, funcionarios-consulado, muchachas-mercería, señoras-parterre, señoritas-taller, son las cosas, los automóviles, los anuncios luminosos, los semáforos, los ferrocarriles... Las cosas, sí, y los edificios, vivientes y bullentes entre las ruinas humanas, entre la derruida e inmensa grada ilicitana o emeritana de los rostros piedra, romanos o románicos, gangrenados, vinosos, comidos de siglos y de cáncer. La salud de las cosas, de los objetos y las máquinas con vida autónoma, el dinamismo de la automatización, son la verdadera civilización poderosa y esplendente, la vida superviviente en un teatro romano de huesos y carnes y músculos y sangres y caries y miopías y penas interiores que trabajan desde dentro como arañas de mil patas, que son las mil arrugas de un rostro.

Vagan los objetos entre seres gastados, entre estatuas descabezadas y cabezas

colocadas de cualquier forma sobre cuerpos que no les corresponden. Es el perfecto funcionamiento de las cosas, la automatización y la cibernética, lo que mantiene vivas las ciudades, lo que ordena los días, distribuye ocios y trabajos, usos y consumos, productos y degluciones.

Es la racionalización de la máquina lo que lleva y trae de un lado a otro, dentro de la gran ciudad, escombreras humanas, arqueología visceral, materiales de derribo, cascote de seres, cascote que se aplica acá y allá, según la necesidad de cada día o la sabida rutina de los días, para surtir una máquina bancaria, taponar un establecimiento mercantil, apuntalar un cine, poblar unos despachos, henchir un estadio o revestir de vida y calor humanos la aséptica y suficiente materia de la civilización.

Entre este acarrear de vidas muertas, de muertos prematuros, de actividad siempre póstuma, un corazón caído al fondo de sí mismo, desinflado hacia dentro, un hombre con sabor interno a desenterrado, con segregaciones constantes, clandestinas, interiores, de yeso y arcilla y granito que se le diluyen hacia el paladar, no es sino unos pocos kilos más de cascote, lo que no sobra ni falta, una vieja estatua ni demasiado valiosa ni demasiado vieja, con su ticket de metro en el bolsillo alto de la americana, con su billete de tranvía o de autobús perdido en cualquier bolsillo, como la banderita mínima y arrugada que deberá exhibir en son de paz cuando la sociedad con gorra deflecada de revisor le declare la guerra. Así estaban las cosas en la ciudad en aquel verano de mil novecientos tantos, que trajo, paso a paso, día a día, el otoño.

Así estaban las cosas en su alma sola —todo ha terminado, ahora sí que ha terminado, y para siempre, no insistas, te digo que no insistas, no debes intentarlo, que todo acabe aquí— cuando el otoño empezó a acompañar todo aquello, el espectáculo del incendio de Roma, la caída del imperio estival a manos de Nerón y de Calígula, con el arpa de sus músicas doradas, con el temblor de cuerdas pulsadas que alguien advirtió en ciertos álamos, con el sabor a pecado original que iban madurando por dentro las manzanas. Aunque ya no había otoño ni verano, ni invierno ni primavera, en realidad, sino una masa de ciudad y tiempo, una ciudad-iceberg flotando en el tiempo, en los quietos mares de la más activa indiferencia —esta ciudad que amo te me trajo instantánea, etcétera—, en los boreales espacios del frío —¿por qué el frío?— y la noche. Sin esperanza sin esperanza cartas donde habla de irse a Francia cartas donde habla de casarse cartas que ni siquiera son para él que ni siquiera son para mí que ni siquiera ella ha escrito nunca y es como si otro padre más severo y más omnipotente y menos distraído que el padre de ella hubiese pronunciado su largo “no” ululante nooooo..., dentro de las conciencias. Uno viste el propio cadáver y lo amortaja cuidadosamente, rasura al muerto como el muerto mismo se rasura —“Si está tan natural, aún parece vivo”— cuando le dejan a solas a eso de la madrugada, rendidos todos de sueño y vigilia, y entonces él se incorpora hasta el cuarto de baño y por una vez en la vida, más allá de la vida, se rasura sin prisa, minuciosamente, sin raspase la piel, sin arañarse, aunque sacándole al cutis sus más finas tonalidades, para estar presentable a la hora de las visitas madrugadoras y los capellanes y los de la funeraria; sobre todo, los de la funeraria, esos mozos de cuerda de la muerte, esos obreros de mudanzas negras, esos chicos de almacén que en un momento despachan el asunto. Él se miraba así en los espejos de la pensión, en los espejos de los aseos de las cafeterías, en el negro espejo del cristal de la portezuela del metro, cuando la negrura de muerte del túnel pone azogue a ese cristal. Y el caso es que estudiaba.

Mejor no saber nada mejor no esperar nada ni siquiera esforzarse en olvidar ese esfuerzo es una manera de recordar es el olvido voluntario luchando contra el inevitable y verdadero olvido de los días, del tiempo del girar de las esferas que todo lo ignoran para no perder su armonía ¿la armonía de las esferas?, alguna vez lo había leído y no sabía si era lo que deseaba ganar; el consuelo a que aspiraba su único futuro posible integrarse en la armonía de las esferas tan ignorantes del hombre.

Vivía la presencia interior de ella, convalecía o agonizaba —lo más parecido a una agonía es una convalecencia— de ella, y eso era todo, porque luchar contra el recuerdo hubiera resultado tan vano como luchar en favor de él. Una lenta transformación de la vida en melancolía, del presente —tan amado, tan conquistado— en intemporalidad, era lo que se estaba operando dentro de él, y no para constituirle en cosa eterna, para hacer clásico su corazón, sino más bien de la manera como el agua se va posesionando del ahogado, a la manera como el mar va haciendo suyo el cuerpo muerto, no para transformarle en mito o especie marina en criatura de sal, en pez, sino —mucho más lamentable— sólo para establecer en él sus sabores, henchir su vientre, meterle un pez dentro de cada ojo, trocarle en branquias las aletas de la nariz, hacer del muerto un muerto anfibio que, sin la grandeza del mar ni el calor humano de la tierra, queda luego depositado en la frontera de la espuma, en un límite inútil, sobre una vieja arena, al sol, con osamenta de barca desguazada.

El tiempo trabajaba dentro de él como el mar trabaja dentro de los ahogados.

Pero siguió viviendo, leyó sus libros, estudió sus asignaturas, tomó tranvías, pidió el café muy cargado o poco cargado, sonriendo incluso —¿sonriendo?— a la muchacha azul de la cafetería, y un día descubrió que estaba sordo de más adentro de los oídos, sordo para sí mismo.

No se oía vivir.

Eso era todo.

Buscarla en todas las otras o tratar de olvidarla en ellas. Esto es lo que hacía él. El primer movimiento de salud, de rebeldía, de reacción, su primera respuesta de resucitado era buscar otra mujer, otro amor, o la imitación del amor; apelar, en fin, a drogarse de sí mismo, a esa única droga de deseo, libertad y gusto de uno mismo, de que está hecho el más fuerte alcohol con que el hombre puede embriagarse, alcohol que, por otra parte, se destila dentro del ser. Si existir, según él había leído, es beberse a sí mismo sin sed, también todo lo contrario es existir: sentir, de pronto, una tremenda sed de sí mismo.

Porque he perdido mucho tiempo viviendo en ella ese café por favor señorita dejándola vivir en mí y había olvidado ya mi propio sabor todo me sabía a ella que no me despierten mañana no iré a la primera clase de modo que enamorarse es eso olvidar el gusto de la propia vida para vivir a través de los sentidos de la persona a quien se ama y he aquí que de pronto me encuentro con mis cinco sentidos que tenía olvidados y aunque lo cierto es que apenas me oigo vivir poco a poco me voy recuperando me voy ganando a mí mismo pero esto son razonamientos para argumentar el olvido la necesidad de olvidar sin embargo es indudable que uno necesita contrastarse a sí mismo, de vez en cuando unas cuantas veces a lo largo de la vida y para eso nada como el encuentro con otra persona con una persona del sexo contrario sí ya sé que llevo arrastrando esa asignatura pero he dicho que mañana no iré a la primera clase... No hubiera podido decir, en fin, si buscaba a otra ella o trataba de borrarla en cada nueva mujer que conocía o deseaba conocer.

La argentina de aquel anochecer, cuando salió a la calle nublado todavía por el estudio, traduciéndose a sí mismo del mundo egeo al mundo madrileño de mil novecientos sesenta y tantos; “Ustedes, los europeos, son tan antiguos”, era, por cierto, lo primero que había dicho la dama argentina, y supo que lo era por el acento, cuando se le acercó a preguntarle por algún restaurante típico, “muy madrileño, ¿sabe?; algo muy madrileño”, y aceptó aquello de buen grado, porque no era una claudicación miserable, una caída demasiado vergonzante, como en el caso de Olga, la antigua criada de Argüelles, sino que ahora se trataba de una mujer de clase —sí, “una mujer con clase”, habrían dicho exactamente los de la tertulia, los del bar de la Facultad—, quizás un poco mayor que él, lo que suponía una experiencia absolutamente nueva, un jugar al mundo al revés, que a su ingenuidad le pareció deliciosamente perverso.

—Naturalmente, vos sois español.

—Sí, soy español.

Cenaron en la plaza Mayor, al aire libre, protegidos por una barrera de macetas, y el gran cubo austriaco cobraba irrealidad en la noche, perdido ya de vista el rey que cabalgaba en el centro de la plaza, en la iluminación fantasmal del lugar, al costado de los lentos automóviles que venían a aparcar dentro de aquel patio general de Madrid, como los elefantes a morir en su gran cementerio. Las manos de la argentina, enguantadas de elegancia y de edad, sí, de edad, le redimieron de las manos escamosas de la criada de Argüelles, y de pronto se sintió incorporado a los tapices del galanteo tradicional, a las formas correctas y armoniosas que, en determinados estamentos sociales, deciden los primeros acercamientos entre hombre y mujer; incorporado a todo aquello que con ella había estado abolido, sustituido por una naturalidad convencional y a veces agresiva. Lo que le faltaba de edad, con respecto de aquella turista argentina, había de suplirlo con hombridad, y así fue como, al elegir los platos, al pagar la cuenta, al llamar un coche, al recompensar al abrecoches, iba creciendo en él el adulto, retardado durante largo tiempo en aquella adolescencia de su amor. Era como el muchacho que algunos días se siente crecer, se advierte por dentro la estatura, se sabe, de pronto, más alto que el día anterior. E hicieron el recorrido típico del Madrid de los Austrias y el Madrid de Galdós y el Madrid de Arniches y el Madrid de los Borbones y el Madrid de Luis Candelas, y la argentina quería retratarse

en todas partes y cantar en los mesones, escribir su firma en las paredes, con una fecha debajo, la fecha en que vivían, en que se habían encontrado, y luego se lo llevó —le llevó a él, recién salido de su primer amor, ¿recién salido de su primer amor? ¿Pero es que aquello había acabado?— a un tablao flamenco, donde se cogieron las manos y bebieron manzanilla, y él, como no llevaba corbata, tuvo que ponerse —la corbata era obligatoria— una que el conserje accedió a prestarle y que sin duda estaba prevista en el juego de las propinas, y el porrón-pompóm-porrón-pompompompón los acunó largamente cuando la locura de los faralaes, y todo era deliciosamente falso para él, apasionantemente cierto para ella. Una modelo, una mujer conocida en Buenos Aires, “Salgo en el tercer canal de televisión, todo el mundo me ha visto en el tercer canal”, una mujer con historia y amistades y mundo y años y clase, “mucho clase”, como habrían tenido que reconocer, muy a su pesar, el poeta de la barbita y el poeta sudamericano y el matemático de pueblo y el del montaje poudokiano; una mujer dispuesta a asombrarse de esto y de lo otro, a asombrarse de todo, pero “allá no era así”, “allá decimos de otro modo”, “oh, ustedes no saben que lindo puede ser todo allá”; una mujer que encontró desfalleciente toparse con una florista a la salida del tablao y que él le regalase un clavel rojo, así como la noche, la gran noche del turista tejía su tópico, enredaba su capullo, doraba su chalaneo a la puerta de tantos otros colmaos y restaurantes y salas de fiesta y clubs de baile.

Anduvieron por las calles —él con la cabeza absolutamente hueca— hasta la hora de los mangueros municipales, hasta la madrugada de escobas y arcos triunfales de agua regadora, cuando Madrid sonaba a hueco bajo las grandes botas de madera de los de la brigada de limpieza, y luego se sentaron en la glorieta de Bilbao, poniendo del derecho un par de sillas de café que los camareros habían colocado del revés, sobre los veladores, a la hora de cerrar el establecimiento.

—Ah, España... —dijo ella.

Esto no era la aventura de la criada de Argüelles, pero esto terminaba en el hotel de Suecia, adonde la argentina deseaba recogerse —“Me ubico allí, ¿vos sabés?”—, muerta de sueño, rota de cansancio, emocionada y feliz, en tanto que Marijuana dormía su primera noche en el colegio, después de las vacaciones, y quizá soñaba con llamarle por teléfono al día siguiente, porque alguien le había advertido en sueños a Marijuana que lo de ellos dos había terminado, quizás ese ángel perverso que entre todos hemos forjado para nuestras confidencias y que durante la noche se dedica a trabajar por su cuenta y se nos aparece con la imagen del ángel caído que hay en el Retiro y nos avisa para el día siguiente: “Debes llamar a ése”; “Debes encontrarte con aquélla”; “Recuerda que lo de aquel día quedó en el aire...”.

Por eso se despierta uno por las mañanas con ese furor telefónico: “Ya ves, no sé, se me ocurrió llamarte, a lo mejor es que he soñado contigo; acabo de levantarme, ¿sabes?”. La melena lacia de Marijuana, su blancor manchego, aquel dulzor entre cínico y monjil de su sonrisa, pudieron ser un peligro, algo demasiado parecido a ella, demasiado semejante a lo que trataba de olvidar o, sencillamente, de distraer, porque la miniatura del ser inolvidable estaba ya grabada para siempre en alguna corteza de su alma. Suponía la muchacha, empero, una vuelta al mundo universitario de las mañanas y el mundo vagamente cultural de las tardes, a esa tierra de nadie en que se mueven, indecisos, barbuditos ellos, desmadejadas ellas, los disidentes de la Universidad que quieren entrar en el caballo de Troya de “la verdadera cultura”. —“No creerás que la verdadera cultura es la que se explica por las mañanas en la Facultad”—, los añorantes de la Universidad que prolongan tibiamente su edad universitaria en conferencias, ateneos, exposiciones, coloquios, tertulias, conciertos, sesiones de cámara, reuniones, cursillos, cine-clubs...

Recordarla y olvidarla en aquellas dulces bestias de Vallecas y el Gran San Blas, en aquellos tiernos y brutales seres del baile-bolera, en las chicas que le presentaba el

practicante-pedicuro-callista, en aquella otra mujer prodigiosamente joven y prodigiosamente vieja —“El último amor de mi vida, quiero que seas el último amor de mi vida”— y a la que él hubiera soportado porque, asimismo, “tenía clase”: “¿Estéis de acuerdo en que tiene clase?”. Si bien el erotomaniaco del enebro detentaba la experiencia de que sólo las muy jóvenes huelen a enebro, de modo que no acababa de darle su aprobación al romance —“¿se dice romance?”— con la rubia señora de las boutiques de Serrano. Buscarla y olvidarla en el whisky de Elena, en el cabello de Marijuana, en la tierna agresividad de Olga, en cualquier desconocida del baile-bolera, en las amigas del anarquista que aspiraba a comprarse un bastón de Loewe y el ex seminarista embriagado que decidía, a última hora, enamorarse de una meretriz: “Es buena, te digo que es buena; le repugna hacer lo que hace”. Buscarla y olvidarla en las cartas, las tarjetas, los recuerdos, la correspondencia falsa y perfumada con media docena de mujeres, la fragilidad de aquella inglesa enamorada de Hemingway —“¿Tú has leído a Hemingway, tú sabes por qué se mató Hemingway?; me gustaría que un día escribieses como Hemingway”—, el tabaco de Mili, su piso lleno de alemanas y holandesas, los bailes de todas las tardes, de todas las noches, los alegres asaltos a la cocina, el huevo pasado por agua y sazonado con sal, el ascensor lleno de pintores malditos, la boliviana con novio formal, el mal humor de la portera, la sonrisa rural del sereno, repulida por el bigotillo ciudadano, discos y libros sobre la alfombra, distribuidos entre los vasos, las copas y las botellas por la mano irregular y alegre de la fiesta, hasta la charla a solas, en el suelo, sobre la tarima, con Mili, de rasgos fuertes y piel oscura.

—Empiezo a estar enamorada de ti.

Su energía de tabaco y soledad, un amor al que le hubiera gustado ser capaz de corresponder, aquella mujer fuerte que acababa hundiendo la cabeza, resignada, en un almohadón de sombras.

Descubrir, de pronto, que él gustaba a las mujeres, que podía gustar —quién lo hubiera dicho— a unas y a otras: “Tú tienes posibilidades”. Alguna de aquellas hembras sabias le había dicho que él tenía posibilidades.

—¿En qué has malgastado tu tiempo hasta ahora?

—Ya ves.

—Los estudios. Tienes cara de estudiar demasiado.

—Bueno, no sólo eso...

—¡Ah!, ya sé. Un amor. ¿Un gran amor?

—Sí, quizás un gran amor. Pero no te rías...

Y las hojas del otoño, “todas a un tiempo quieren ser amarillas”, por decirlo guillenianamente, y el apartamento de la chica que sabía francés y acababa de llegar de París y había trabajado en las galerías Lafayette; sí, en las galerías Lafayette, “Que no creas tú que se quedan con cualquiera en las galerías Lafayette”, aquella chica de nariz respingoncilla y estilo Jours de France, “muy Jours de France”, o la dulce y madura profesora de baile, e incluso los ojos inmensos, como insectos femeninos y bellos, de la maniquí, aquel dibujo del lápiz oscuro sobre los párpados, bajo los párpados, aquel rasgo sensual que de cerca se tornaba un poco siniestro, y no es que el rostro de la modelo perdiese erotismo, sino que su natural erotismo humano se trocaba en erotismo de máscara, y, pasada la primera impresión, él tampoco quería renunciar a esto, porque “todo son experiencias”, como decía luego a los chicos de la Escuela de Cine y a los de la poesía pragmática y a todos los que se reunían para hablar de mujeres y de “Las nuevas texturas de lo expresivo”, los cuales no dejaban de admirarse un poco rabiosamente de tanta actividad, “porque es que en este rincón no se liga nada, ¿sabes?; pero lo que se dice nada”. Cada rostro femenino, por la calle, en el metro, en la penumbra rosa de los descansos de los cines, podía ser una posibilidad, y, de este modo, las disponibilidades de su vida podían multiplicarse hasta el infinito

por cada una de aquellas vidas que hubiera querido seguir y sitiar, llegando a constituir todo ello un juego meramente en el que se balanceaba la nostalgia de ella, como algo que ha caído al mar y que nadie mira, aunque está ahí, a flote, y las olas lo sostienen inútilmente.

Mili le miraba fijamente a los ojos. La japonesita guisaba para él. La dependienta de galerías Lafayette le hacía guiños cuando estaba con otro. La maniquí le dejaba muy dentro sus grandes ojos, aquellas libélulas de sombra que le acariciaban el pecho desde dentro con alas como pestañas. Todo era vano y rápido, mas él había descubierto la velocidad como evasión, la velocidad vital, y ahora comprendía mejor a esos locos de los descapotables, a esas locas de los descapotables —“Llevo el motor trucado y puedo pasar a cualquiera”—, que pisaban más y más el acelerador, hasta dejar perdida entre los árboles de la carretera su propia imagen; cuando uno no puede ser captado sino en ráfaga por la más rápida máquina fotográfica, es que uno ya no es más que eso, efectivamente, una ráfaga; lo que quiere decir que ha conseguido hacerse transparente, dejar atrás todo lo que nos hace opacos: dolores, esperanza, conciencia, pasiones, lentitudes del vivir. Sólo que a él le bastaba con la velocidad mental.

—¿Te vienes en el Jaguar? Hago los doscientos como quien lava.

—No, gracias. Me basta con la velocidad mental.

—¿Y eso qué es?

Velocidad mental era la que él había impreso a su vida para que el objetivo fotográfico de la conciencia no le sorprendiese nunca en reposo, para ser sólo una ráfaga a los ojos de ese fotógrafo que se esconde dentro de uno mismo y que no es sino uno mismo fotografiándose en la memoria, o en la conciencia o donde sea, a sí mismo. Mili le ofreció un cigarrillo y la japonesita le avisó de que ya estaba el guisado, y la encontró en la cocina, con una blusa de su país, color de té la piel bajo los delgadísimos cabellos de la nuca, y la discreta señora marcó una y otra vez su número de teléfono, y él, más tarde, en el cuarto de la pensión, a solas, tendido boca arriba, con el libro abierto sobre el pecho, como esas corazas medievales en ángulo, se repetía aquello de la velocidad mental, pensaba en su gran amor como en un sueño y decidía, por fin, leer la carta de Yvette.

Yvette llegó a la ciudad por ferrocarril, pero con el equipaje dentro de dos bolsas de compañías aéreas; era como si hubiese llegado por el aire.

—¿En qué has malgastado tu tiempo hasta ahora?

—Ya ves.

—Los estudios. Tienes cara de estudiar demasiado. Yvette encontró rápidamente una buhardilla que era lo más parisiense que se podía encontrar en Madrid, y se asomaron algunas tardes a la balaustrada de aquella buhardilla para ver los aldeanos tejados de la ciudad, su marea de tejas rojizas envolviendo los barrios del cemento y la geometría, las calles del neón, las torres del nuevo Madrid. Yvette, Yvette; aquélla era una francesa de verdad, y no como la chica que había trabajado de dependienta en las galerías Lafayette o vaya usted a saber en qué galerías, y él creía respirar París respirando aquella ropa, aquellos maquillajes, aquel mundo femenino y parisiense que le olía al cuché y al huecograbado de *Elle*.

—¿Te vienes en el Jaguar? Hago los doscientos como quien lava.

Velocidad mental. Velocidad vital. Velocidad interior era lo que él necesitaba para embarullarse por dentro, para ser su propia imagen multiplicada por mil, y la cubana morena y pálida le hablaba de amor y la dependienta de galerías Lafayette sonreía con sonrisa de midinette falsa, y la dulce Yvette sonreía con verdadera sonrisa de París, comprensivamente, inteligentemente y Carmen, Carmen, tan divertida con las cosas de papá —“Vente por la clínica a ver a mi hermana, que ha vuelto a partirse la pierna esquiando”— y las cosas de mamá y las cosas de su hermana, que había vuelto a

partirse una pierna, siempre la misma, esquiando en la Bola del Mundo.

La voz de Yvette llega al anochecer, cuando la muchacha se coloca las microlentillas y la modelo se coloca las pestañas artificiales, que han yacido sobre el tocador como dos arañitas negras y miedosas, y Carmen se coloca sus gafas de decoradora y le habla de decoración y de dibujo y le propone hacerle un retrato —“Creo que me interesaría hacerte un retrato, un estudio de cabeza, ¿sabes?”—, y en la rosa de sus vientos, que él olfatea ávido, hay viento gris áureo de los Campos Elíseos y viento guadarrameño y señorial de Serrano y viento cálido de la isla de Cuba, de donde a la pálida cubana la había exiliado la revolución: “Fidel no nos dejó nada. Hubo una época en que no había clases y todo estaba perdido”. Carmen no empezaba nunca su retrato, Yvette escribía en sus cuadernos, allá en lo alto de la buhardilla, con letra redonda y menuda, en su francés de profesora de Liceo dulcemente saganizada, la maniquí pasaba modelos con esa gélida cortesanía de las maniqués aburridas de su oficio, Mili fumaba en silencio, reclinando su cabeza fuerte en un almohadón de sombras, y la cubana contaba cosas de Fidel: “Como ya no importaba nada, como nos lo habían quitado todo, nos dedicábamos a divertirnos, entrábamos y salíamos, íbamos a las playas, nos divertíamos con cualquier cosa...”.

Y ahora, en el exilio —Miami, Madrid, Nueva York, Nuevayorkmiamimadrid—, continuaba el tibio y doloroso y melancólico y disipado olvido, el raro y resignado y lúcido desprendimiento de las cosas, el pasado, el ayer y los ayeres: “Cualquier día voy a enamorarme de ti”. Descubrió lo que tantas veces había leído en los libros, pasándolo por alto: que la mujer ama, se enamora; que la mujer no es esa esfinge sin secreto que puede verse y admirarse por la Gran Vía, en determinadas horas, cuando el no excesivo tránsito permite un andar armonioso por la acera y, al mismo tiempo, una ordenada y evidente admiración en los viandantes; que la mujer, ese algo de maquillaje, laca, esmalte, perfume, seda natural y seda artificial, encaje, ónix, fibra inarrugable, rouge invisible, es, en fin, un corazón que ama.

Ellas son una patria para el hombre, ellas son una patria para el hombre, lo había leído en algún sitio y se lo repitió una y otra vez, queriendo hacer de esta frase su lema, su patria, queriendo salvarse en el plural, en la diversidad, de la perdida unicidad; “ellas”, había escrito el que lo escribió. Manos en sus manos, recuerdos en su piel —¡ah, la piel y su memoria!—, ojos en sus ojos, ese animal selvático e inofensivo, o agresivo e ignorante, que hay al fondo, muy al fondo, en los ojos de cada mujer.

El corazón se le fue descortezando.

¿Caía, escrito en alguna de aquellas cortezas, el nombre de ella, su tatuaje leve e indeleble?

—¿Te vienes en el Jaguar? Hago los doscientos como quien lava.

Un día tuvo que aceptar la invitación a viajar en el Jaguar y superar los doscientos. Porque ya no le bastaba con la velocidad mental. Comprendió que estaba engañándose a sí mismo. En su interior, el fotógrafo-conciencia seguía tomándole inmóviles y dolorosas fotografías.

"... lidad sea pecaminosa —empezaba diciendo la página 92— (no lo es más que la sensibilidad); pero en cuanto está puesto el pecado, significa la temporalidad pecaminosa. Por eso peca quien, abstrayendo de lo eterno, vive sólo en el momento. Si Adán no hubiese pecado —hablo adaptándome e insensatamente— hubiese pasado en el mismo momento de la eternidad. Tan pronto, por el contrario, como está puesto el pecado, ya no sirve de nada querer abstraer de la temporalidad, como tampoco se puede abstraer de la sensibilidad (28)". Y decía la nota de pie de página: "Lo aquí expuesto hubiera podido encontrar también su puesto en el capítulo primero. No obstante, preferí este lugar, porque lo expuesto es la introducción a lo siguiente".

El corazón descortezado, el extraño comportamiento de los días, la lejanía de un amor, el olvido, casi; y de pronto, entre las páginas de un libro, de aquel libro, mucho tiempo antes, mucho tiempo después, en una tarde sombría de lectura y dolor de cabeza, este cartoncito rectangular, este ticket del metro que ella dejara un día lejano entre las páginas del libro que él le había prestado.

Cómo volvieron los recuerdos, enlagunados en la memoria y ahora erguidos, como ese espejo para reflejar la Historia entera que sería el mar puesto en pie; 2 3 1 8, eran los números que un numerador y fechador automático, entintado en malva, había inscrito en aquel billete de metro. "Ella siempre guardaba los billetes del metro en cualquier libro, en el libro que llevaba en la mano, y los dejaba allí para siempre". JUN 15, ponía a continuación de los anteriores números. "Seguirá, sin duda, con la misma costumbre". Más abajo había unas aspas borrosas —todo en la misma tinta— y una palabra en mayúsculas: VELÁZQUEZ. Debajo de la palabra en mayúsculas decía así: "Valedero solamente para este día".

—Valedero solamente para este día...

Dio la vuelta al cartoncito. En el reverso había un texto más largo, en la misma tinta. Y esto le emocionó, después de tanto tiempo, de tanto olvido —cómo era, Dios mío, cómo era—, igual que si se tratase de una breve carta de ella, de un mensaje que ella le había dejado allí oculto, entre las páginas del libro prestado y devuelto. El mensaje de amor le llegaba a las manos a través de los meses y decía así:

METRO 121

Sirve para cualquier trayecto
desde la estación indicada.—Será
intervenido en la Revisión de Entrada,
conservado a disposición de
los empleados y entregado a la
SALIDA.



FRANCISCO UMBRAL (Madrid, 1932 - Boadilla del Monte, 2007).

Fruto de la relación entre Alejandro Urrutia, un abogado cordobés padre del poeta Leopoldo de Luis, y su secretaria, Ana María Pérez Martínez, nació en Madrid, en el hospital benéfico de la Maternidad, entonces situado en la calle Mesón de Paredes, en el barrio de Lavapiés, el 11 de mayo de 1932, esto último acreditado por la profesora Anna Caballé Masforroll en su biografía *Francisco Umbral. El frío de una vida*. Su madre residía en Valladolid, pero se desplazó hasta Madrid para dar a luz con el fin de evitar las habladurías, ya que era madre soltera. El despego y distanciamiento de su madre respecto a él habría de marcar su dolorida sensibilidad. Pasó sus primeros cinco años en la localidad de Laguna de Duero y fue muy tardíamente escolarizado, según se dice por su mala salud, cuando ya contaba diez años; no terminó la educación general porque ello exigía presentar su partida de nacimiento y desvelar su origen. El niño era sin embargo un lector compulsivo y autodidacta de todo tipo de literatura, y empezó a trabajar a los catorce años como botones en un banco.

En Valladolid comenzó a escribir en la revista *Cisne*, del S. E. U., y asistió a lecturas de poemas y conferencias. Empezó su carrera periodística en 1958 en *El Norte de Castilla* promocionado por Miguel Delibes, quien se dio cuenta de su talento para la escritura. Más tarde se traslada a León para trabajar en la emisora *La Voz de León* y en el diario *Proa* y colaborar en *El Diario de León*. Por entonces sus lecturas son sobre todo poesía, en especial Juan Ramón Jiménez y poetas de la Generación del 27, pero también Valle-Inclán, Ramón Gómez de la Serna y Pablo Neruda.

El 8 de septiembre de 1959 se casó con María España Suárez Garrido, posteriormente fotógrafa de *El País*, y ambos tuvieron un hijo en 1968, Francisco Pérez Suárez «Pincho», que falleció con tan sólo seis años de leucemia, hecho del que nació su libro más lírico, dolido y personal: *Mortal y rosa* (1975). Eso inculcó en el autor un característico talante altivo y desesperado, absolutamente entregado a la escritura, que le suscitó no pocas polémicas y enemistades.

En 1961 marchó a Madrid como corresponsal del suplemento cultural y chico para todo de *El Norte de Castilla*, y allí frecuentó la tertulia del Café Gijón, en la que recibiría la amistad y protección de los escritores José García Nieto y, sobre todo, de Camilo José Cela, gracias al cual publicaría sus primeros libros. Describiría esos años en *La noche que llegué al café Gijón*. Se convertiría en pocos años, usando los seudónimos Jacob Bernabéu y Francisco Umbral, en un cronista y columnista de prestigio en revistas como *La Estafeta Literaria*, *Mundo Hispánico*(1970-1972), *Ya*, *El Norte de Castilla*, *Por Favor*, *Siesta*, *Mercado Común*, *Bazaar*(1974-1976), *Interviú*, *La Vanguardia*, etcétera, aunque sería principalmente por sus columnas en los diarios *El País*(1976-1988), en *Diario 16*, en el que empezó a escribir en 1988, y en *El Mundo*, en el que escribió desde 1989 la sección *Los placeres y los días*. En *El País* fue uno de los cronistas que mejor supo describir el movimiento contracultural conocido como *movida madrileña*. Alternó esta torrencial producción periodística con una regular publicación de novelas, biografías, crónicas y autobiografías testimoniales; en 1981 hizo una breve incursión en el verso con *Crímenes y baladas*. En 1990 fue candidato, junto a José Luis Sampedro, al sillón F de la Real Academia Española, apadrinado por Camilo José Cela, Miguel Delibes y José María de Areilza, pero fue elegido Sampedro.

Ya periodista y escritor de éxito, colaboró con los periódicos y revistas más variadas e influyentes en la vida española. Esta experiencia está reflejada en sus memorias periodísticas *Días felices en Argüelles* (2005). Entre los diversos volúmenes en que ha publicado parte de sus artículos pueden destacarse en especial *Diario de un snob* (1973), *Spleen de Madrid* (1973), *España cañí* (1975), *Iba yo a comprar el pan* (1976), *Los políticos* (1976), *Crónicas postfranquistas* (1976), *Las Jais* (1977),

Spleen de Madrid-2 (1982), *España como invento* (1984), *La belleza convulsa* (1985), *Memorias de un hijo del siglo* (1986), *Mis placeres y mis días* (1994).

En el año 2003, sufrió una grave neumonía que hizo temer por su vida. Murió de un fallo cardiorrespiratorio el 28 de agosto de 2007 en el hospital de Montepríncipe, en la localidad de Boadilla del Monte (Madrid), a los 75 años de edad.